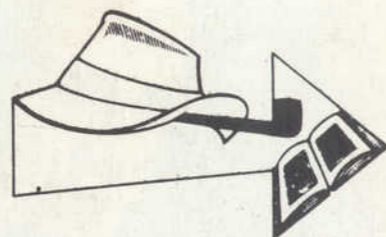


«A todos los que creen que la actividad de un novelista es igual a cualquier otra... me gustaría demostrarles que, por el contrario, es una vocación, una renuncia e incluso una enfermedad o una maldición.»

GEORGES SIMENON



A partir de diciembre, Tusquets Editores comenzó a publicar toda la obra del genial escritor belga, considerado como uno de los grandes de la literatura contemporánea universal. Simenon (1903-1989), creador del personaje que más tarde conseguirá ensombrecer su propio nombre: el comisario Maigret, es autor también de una extensísima obra que leída hoy, será para mucho lectores de lengua castellana una auténtica revelación y, para otros, muchos también, más jóvenes probablemente, todo un descubrimiento.

Además de los 76 títulos que conforman la serie Maigret, Simenon escribió 117 novelas, que los expertos llaman "roman de destinée", 84 cuentos y 24 novelas cortas, miles de artículos de toda índole y 25 libros de carácter autobiográfico.

Los primeros títulos que Tusquets editores publicará son:

El hombre que miraba pasar los trenes
(ya apareció)

El alcalde de Furnes
(aparece en marzo)

Los vecinos de enfrente

La ventana de los Rouet

La nieve estaba sucia

Carta a mi juez

VOE VIAN

Una revista de literatura

Nº2 \$6

CUENTOS,
CUENTOS,
Y SÓLO
CUENTOS

Especial
Ficción

ESCRITORES

ARGENTINOS

INÉDITOS

TODA MAFALDA ES UN REGALO PERO TENEMOS OTROS

Es cierto, si se quiere regalar un libro para las vacaciones, el monumental tomo de Quino -648 páginas en tapa dura con toda, pero toda, toda Mafalda- parece ideal para cualquier destinatario, grande o pequeño.

Pero hay otras alternativas entre nuestras novedades recientes. Algunas son obvias, porque ¿Qué mejor regalo para el mundo "psi" que *Buffet Freud 2 (Carne de diván)* de Rudy, una desopilante colección que continúa el brillante disparate del tomo 1 y que acaba de aparecer?

También parece evidente que el médico de la familia recibirá con regocijo *Meiji y los médicos*, un libro de humor gráfico que divierte con los gajes del oficio: el autor, Meiji, los conoce bien, por ser doctor en medicina, además de dibujante.

Despertar el interés por razonar en los jóvenes puede ser un regalo eternamente agradecido: eso intenta *Conciencia rockera (La experiencia del mundo)* de Alejandro Rozitchner, un filósofo inspirado por Hegel tanto como por The Police. Y los mucho más jóvenes (y sus padres y madres) gozarán con *Yo, Matías 1*, la historietita de Sendra que aparece todos los días en "Clarín", ya con el pequeño como único protagonista.

Uno tiene a menudo amigos queridos (y a veces hasta parientes) que gustan llevarse de vacaciones buena lectura: si les regala *Fábula de la Virgen y el Bombero* de Angélica Gorodischer o *El samovar de plata* de Eduardo Stilman, lo recordarán agradecidos a cada página. La primera es una novela de intrigas no exentas de metafísica, ambientada en la prostibularia Rosario de la década del 20, con Mafia, Zwi Migdal y oscuros límites entre el poder y el delito. El segundo es un magistral libro de cuentos del más secreto y mágico de los narradores argentinos contemporáneos.

Si su regalo da risa, habrá acertado (siempre que haya elegido un libro de humor). Los más fresquitos son el *Código (completo) de la comunicación judía* de Molly Katz (un suceso no sólo para la "cole": enseña a entender mejor) y la antología de Rudy *Chistes de Carlitos (El humor en los tiempos de Menem)*, para leer y contar en la playa. Y de humor gráfico, para lectura veloz: *Todo es cultura* de Caloi y *Ríanse 5: Será justicia* de Daniel Paz & Rudy, con lo mejor de la primera plana de "Página/12".

Para fanáticos de Fontanarrosa, los cuentos de *Uno nunca sabe*, ya en su segunda edición, base del espectáculo premiado por ACE como el más divertido del año.

Para gente de teatro, nada mejor que el *Teatro 3* de Carlos Gorostiza, un grande de la escena nacional, con sus obras más famosas. Para adolescentes inconformistas los cuentos de Bobby Flores -ídolo de la Rock & Pop- *A la larga terminan curtiendo*. Todo bien.

Pero también publicamos un libro cuya destinataria/o deberá elegir usted cuidadosamente: *El silencio erótico de la mujer casada* de Dalma Heyn. De éste no queremos hacernos responsables...



EDICIONES DE LA FLOR

Anchorís 27 (1280) Buenos Aires - Fax 27 6372



Oberly

Distribución y Venta de
Dr. Lecter
V de Vian

Esculpiendo Milagros
Barrio Jalouin

Cancioneros Stones
Almanaque Luca Prodan
Comics Españoles:

El víbora
Kama Sutra
Erótica

La vida sexual de Tintín

Esmeralda 570 7° 24

CON V DE VIAN

Especial N°2
Enero de 1994

DIRECTOR
Sergio S. Olguín

COORDINADORA
Flavia Torriceli

PARTICIPAN
Osvaldo Aguirre
Gonzalo Carranza
Diego Fischerman
Eduardo Hojman
Christian Kupchik
Sergio Olguín
Andrea Rabih
Pedro B. Rey
Cecilia Szperling

COLABORAN
Santiago Pazos
Javier Vandenberg

CORRECCION
Gisela Picca

ARTE Y DIAGRAMACION
Gabriel Miró

FOTOS

De aquí, de allá y de todas partes.
La foto de tapa es de Wilfred Azencoth, un fotógrafo aficionado francés. Un fotógrafo inédito para un número de escritores inéditos.

Con V de Vian es publicada por Ediciones Magara.
Registro de la propiedad intelectual en trámite.
Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización previa. Las notas firmadas representan las opiniones de sus autores y no necesariamente de la revista.

REDACCION
Esmeralda 570 7° 24
327-2434

COMPOSICION
Heartbreaker
Esmeralda 570 7° 24
327-2434

IMPRESION FOTOMECANICA
T.L.

DISTRIBUCION
Oberly
327-2434

Capital Federal
República Argentina
Tercer Mundo

ESPECIAL FICCIÓN

ESCRITORES ARGENTINOS INÉDITOS



- | | |
|------------------------------------------------------|---------------------------------------------------|
| 3/ Sumario y Equipo | 28/ Mi vida en el teatro, por Cecilia Szperling |
| 4/ Introducción y Cuestionario | 34/ En concierto, por Eduardo Hojman |
| 5/ Nuestro domingo en La Habana, por Pedro B. Rey | 40/ El principio del terror, por Diego Fischerman |
| 12/ Cera Negra, por Andrea Rabih | 43/ El Turu, por Osvaldo Aguirre |
| 18/ El preservativo justiciero, por Sergio S. Olguín | 44/ Taxi al Cairo, por Christian Kupchik |
| 24/ Ad Majorem Dei Gloriam, por Gonzalo Carranza | |

Identikit de nueve cuenteros jóvenes inéditos

Ni tan jóvenes, ni tan inéditos pero absolutamente cuenteros. Los nueve cuentos (número cabalísticamente salingeriano) de otros tantos escritores que publica V DE VIAN en este especial, intenta mostrar parte de una nueva camada (¿generación?) de narradores nacionales. Sus edades oscilan entre los 26 años y los treinta y pico y tienen como común denominador ser inéditos en libros de narrativa.

Hay otros puntos de contacto entre los nueve o entre algunos de ellos. Por lo pronto todos conocen el placer de ver sus nombres en letras de molde ya que, salvo Andrea Rabih, se dedican al periodismo. Varios de ellos tienen publicados libros de poesía (Pedro Rey, Christian Kupchik, Osvaldo Aguirre), narrativa juvenil (Gonzalo Carranza) o periodísticos (Eduardo Hojman, Kupchik). Casi todos (excepción momentánea: Cecilia Szperling, Aguirre y Diego Fischerman) ya publicaron en V DE VIAN. Debe de haber otras coincidencias entre ellos pero es mejor que ustedes las descubran leyendo los cuentos y las respuestas al cuestionario.

Este especial de V DE VIAN es, de alguna manera, una respuesta a una situación editorial lamentable. Después del tibio auge de publicación que se vivió hace un par de años, las editoriales grandes parecen empecinadas en no publicar nuevos escritores. Se conforman con apostar a lo ya conocido, sin que esto sea garantía de éxito o de obras de valor. Todo queda en manos de editoriales chicas que ponen excelente voluntad y una bienvenida locura pero que carecen de conocimiento para manejar temas tan básicos como la distribución o la promoción de sus productos (los libros son, además, productos). Mientras las editoriales grandes miren para otro lado y las chicas carguen con tantas espadas de Damocles, se hace necesario buscar nuevas viejas formas de llegada. Digámoslo de una vez: esta revista que tienen entre sus manos es un libro disfrazado. Nada nuevo bajo el sol; simplemente no queremos que las obras primigenias de los nuevos narradores se pierdan en la nada. Y si hasta ahora es imposible mostrar a tantos escritores inéditos en forma de libro el truco nos permite burlar las leyes de un mercado indiferente.

Tampoco nos engañemos: tres de los autores publicados (Olguín, Rey, Kupchik) forman parte del staff permanente de la revista; algunos otros, de una u otra forma, están cerca de V DE VIAN. La caridad bien entendida empieza por casa.

Pero todo esto sería inútil si no tuviera un correlato en los próximos V DE VIAN (comunes o especiales). Porque también es fácil tirar la piedra, tirar la mano y hacerse el distraído. No es nuestro caso. Varios narradores debutaron en los números anteriores de V DE VIAN y otros tantos lo van a seguir haciendo en los números siguientes en feliz conturbamiento con los ya conocidos.

Hay toda una nueva generación que se abre paso como sea. Parte de ella se encuentra en este libro. Perdón, en esta revista.

En cuanto al cuestionario adjunto es necesario aclarar que no se puso límites de extensión a las respuestas y que los nueve usaron el espacio que quisieron para contestarlo. Ellos mismos dibujaron su identikit que servirá para reconocerlos a partir de ahora.

Tanto el primer cuento como el último transcurren en un taxi. La literatura (permítanme el chiste fácil) es un viaje de ida. Estos nuevos escritores lo saben. Por suerte.

Cuestionario

- 1- Nombre:
- 2- Fecha y lugar de nacimiento:
- 3- ¿A qué te dedicás?
- 4- ¿Qué escritores despiertan tu admiración y/o envidia?
- 5- ¿Qué libros fueron importantes en tu vida?
- 6- ¿Cuándo y en qué circunstancias sentiste que te ibas a dedicar a la literatura?
- 7- ¿En qué momentos y en qué circunstancias escribís?
- 8- ¿Cuáles son tus proyectos literarios?
- 9- ¿Quiénes son tus primeros lectores?
- 10- ¿Qué manifestaciones culturales y hechos sociales te influyeron?
- 11- Discos favoritos.
- 12- Películas favoritas.
- 13- Contáanos algo de este cuento.

SANTIAGO PAZOS

Nuestro domingo en La Habana

POR PEDRO B. REY

*al hijo de puta de mister Papa,
allá en el cielo*

Ustedes deben creer que soy un doble espía o algo así, perdido en la ciudad, sin valijas, documentos, ni nada. Pero les aseguro que se trata de una gran confusión. Quisiera poder explicárselo. Lo único que yo quería era tomarme un mojito, pero no un mojito cualquiera, de esos aguados, insípidos, pura agua y ron adulterado, que inundan los lobbies de hotel. Tenía que ser uno de los famosos mojitos de la Bodeguita del Medio (la B del M, como la llaman acá) y todo porque el viejo Hemingway los publicitó de todas las formas posibles, paseando su ancho y ocioso cuerpo entre esas paredes hace ya demasiado tiempo. Seguramente oyeron hablar de él. Pero no era tan fácil, después de todo. No fue tan fácil, como pueden ver. Llegué al Martí desde Santiago de Cuba después de un caótico viaje de una hora y tenía apenas seis para conocer la ciudad. Demasiado poco para poder disfrutarla. Me habían mandado a cubrir el Festival Internacional de coros y así pasé quince aburridos días, flagelando mis oídos entre gorgoritos venezolanos, caribeños, suecos y hasta argentinos, yo que siempre odié la música coral, y mis únicos instantes de paz eran aquellos en que podía huir de todo ese imbécil complot, de esas voces melifluas y soporíferas, tratando de conseguir alguna mezzosoprano para matar el tiempo y, quizás, echarme un polvito para recuperar energías, como sabrán entender. Ya sé que tienen su profesión, pero les doy un consejo: nunca se metan a críticos de música. Pero en realidad eso ya había pasado, había quedado atrás. Las crónicas habían sido enviadas, como si alguien realmente las fuera a leer, y era momentáneamente libre. Lo pasado pisado, siempre digo yo. Ahora La Habana surgía por fin ante mis ojos y ya estaba pensando en cómo llegar al bar en cuestión, pensando en todos los paseos de los que me habían hablado -el malecón, el castillo del morro, el Museo de la Revolución- y que no iba a tener tiempo de visitar. En mi bolsillo ya tenía la guía, todavía la tengo, con la que describiría detalladamente, como un perfecto turista, cada rincón de la capital a esos amigos mongoloides que siempre se creen todas mis historias de viaje. Si les contara la verdad no me creerían.

Pensaba que después, en el avión, iba a tener tiempo para

elucubrar mis aventuras con las jineteras, mis excursiones por los barrios bajos, mis fabulosas pesquisas periodísticas, pero mientras tanto lo que único que yo quería en ese momento era un mojito en serio, quería que el ron me quemara las entrañas, fresco y ardiente a la vez, quería sentir el alcohol levantándose el falo de un golpe seco y caliente. Siempre me pasa cuando tomo.

Pero los planes perfectos no existen. Nunca me dieron resultado. Siempre hay algo que viene sigilosamente y los parte en dos, los aplasta contra el suelo hasta dejarlos convertidos en vidrio molido.

La cosas ocurrieron así. Ahí estaba yo, solo, solito, sin compañía alguna, sosteniendo mi valija como si fuera un animal desmayado, anonadado por quién sabe qué, pero al atravesar la puerta de salida y recibir la dosis de aire cálido que inundaba la ciudad ya no estaba solo, solito, sino acompañado por mí mismo. Cómo explicarlo. Justo a mí me tiene que dar un ataque esquizofrénico en ese momento, el menos indicado de todos: el día en que por fin voy a cumplir con un sueño adolescente -el sueño adolescente de todos aquellos adolescentes anémicos que leyeron demasiados libros y demasiadas biografías de ese viejo megalómano-, el día en que por fin voy a tomar un mojito a la Bodeguita del Medio, como me lo recomendaba el escritor que todos llevamos dentro, aunque nunca hayamos escrito ni una frase aparte de nuestras torpes reseñas periodísticas. Pero ya no soy adolescente y cuando me viene a la memoria una sola línea de las novelas de aquel tipo me dan arcadas. Se los juro. Y tal vez, ahora lo veo más claro, el ataque se produjo por eso, por haber recordado aquellas épocas juveniles. De repente yo era dos veces yo, me fragmentaba de una manera indecorosa, y era cuatro, y por momentos hasta nueve o quince yo mismo que discutían conmigo y entre sí. Cómo explicarlo.

Ahí estaba yo, multiplicado, parado bajo el sol, pensando en que me importaba un bledo ir a Finca Vigía (que además me habían comentado estaba cerrada) para reconciliarme con mi vieja admiración, y, sin embargo, ya estaba acomodado en el asiento trasero de un taxi ilegal, un particular en apuros, como ya sabrán, con el mazacote de mi valija en el baúl y con el conductor que me pregunta amablemente que a qué hotel iba y cuando se entera de que no, no hay ningún lugar donde me esperan me

dice con sonrisa campechana que sí, él me puede hacer el recorrido Hemingway, y yo que no, no, no, que tengo sólo apenas seis horas para escudriñar la ciudad y ya tengo mi orden de prioridades, y el que sí, sí, sí, se lo veo en la cara, y no hubo caso. La educación y simpatía cubana son proverbiales, aunque las caras de ustedes dos me demuestren lo contrario, y entonces pensé en quién de los míos me estaba traicionando los rasgos, cómo hacerle ver al hombre que ese día estaba fragmentado, que el cosquilleo en la base de la garganta crecía segundo a segundo imaginándome el mojito que me venía prometiendo desde hace días y que si yo no reaccionaba para la mismísima mierda podía ser el de al lado, y si no el de la izquierda, o, simplemente, el que estaba sentado sobre mis rodillas, tan diferente a pesar de todo a mí mismo.

A todos lados menos a la casa, le imploré, sintiéndome condenado ante tanta insistencia criolla y dándome momentáneamente por perdido. En mi país los taxistas sufren las más variadas psicosis y en ese momento, pensando que se trataba de un rasgo universal, me recorrió un escalofrío. Estaba en manos de uno de ellos.

Era domingo -¿todavía es domingo?- y el pálido Lada rojo era uno de los pocos autos que atravesaba las calles plagadas de un enjambre de bicicletas que serpenteaban esquivándonos apenas, a punto de clavarnos sus agujones metálicos. Si quieren mi impresión les voy a decir la verdad. La ventanilla me mostraba un paisaje irreal. Si levantaba un poco la vista parecía una ciudad fantasma, con sus edificios en ruinas, descascarados y esqueléticos, pero al ras del suelo se producía un hormigueo constante de gente. Ese movimiento frenético me inyectaba vitalidad. El hombre al volante hablaba de la falta de combustible, de la carencia de alimentos, de la mar en coche, mientras en mí -en nosotros- la carencia era otra -alcohólica-, a pesar de la botella y media de ron 5 años que me había tomado en el avión y la imagen ideal de los mojitos llenos de hierba buena que se multiplicaban uno tras otro. Saqué lo que quedaba de la botella de mi bolso de mano y la extendí a mi guía. Desapareció unos segundos y volvió a mi mano como por arte de magia. No sé si habrá tomado, pero después de olfatearla, le di un largo sorbo infinito.

Lenin -el taxista se llamaba Lenin, a pesar de llevar muy bien puestos sus sesenta años y de que tenía casi 30 años cuando combatió en Playa Girón- empezó a tejer con timidez diatribas contra el Comandante en Jefe. Que si lo había traicionado a él personalmente, que si había traicionado a los cubanos generalmente, que si había traicionado a la revolución abstractamente, que si estaban estafando a los turistas haciéndoles pagar todo en divisas cuando el cambio

en el mercado negro no era de uno a uno sino ochenta a uno y cosas por el estilo. Ustedes pueden no estar de acuerdo, pero es lo que me dijo. De a poco, cuando dejé de meter un monosílabo sí uno no, su cadena de palabras se convirtió en un monólogo, una suerte de catarsis; para él yo ya no estaba ahí. Por unos momentos mi yo revolucionario, el de pasado rojo, empezó a angustiarse, pensó retrucar en legítima defensa, dejar en claro que se estaba equivocando de confidente, pero no, mejor no, mejor el mojito, y todos los pensamientos se fueron a la mierda por la borda de la ventanilla mientras miraba el asfalto de las calles calcinándose a ritmo sostenido.

Durante unos minutos me dediqué a la botella y entonces, después de haber estado a centímetros de atropellar a dos mulatas ciclistas de secundario y de observar las pintadas de "socialismo o muerte", me anunció que íbamos en primer término a la Marina Hemingway. Ni Margot ni Mariel, Marina. Qué hermoso nombre, me dije a mí mismo, cohesionándome otra vez por unos segundos y volviéndome a fragmentar en múltiples pedacitos desperdigados. De repente me imaginaba en alta mar. Pescaba, sentado en la popa de un barco en óptimas condiciones, pipa en boca, tratando durante días y días de enganchar un maldito pez espada usando como carnada merluzas, salmones, langostas de primera, y dale que dale frente al mar sin límites, bronceándome como un camarón, y se me traban los pensamientos, y deben haber pasado varios minutos desde que comenzó a activarse mi imaginación porque yo seguía bien quietito sin pescar nada, ni un zapato viejo, cuando el Vladimir Ilich vernáculo me informó que habíamos atravesado la ciudad de lado a lado -y me señaló un mapa que colgaba de una de las viseras simulando el recorrido- y todavía ensimismado logré recordar que no había visto nada de nada, apenas un gran océano quieto que me balanceaba.

Atravesamos unas casillas y un guardia que controlaba con desgano, pegamos algunas curvas veloces entre turistas canadienses que nos esquivaban y llegamos al parque de estacionamiento, en el extremo opuesto del lugar por el que habíamos ingresado. Parecía un gran acuario infestado de extranjeros que se exhibían a sí mismo como raros ejemplares de otro mundo.

Bajamos por fin, pude estirar las piernas mientras el sol me golpeaba como un látigo, a pesar de que estábamos en invierno. Mi vestimenta estaba -está, como bien pueden ver- en total desacuerdo con el clima de la isla: traje negro, como para obligar a los rayos a condensarse sobre mi cuerpo, zapatos blancos como la leche (puaj, le tengo fobia a la leche) y esta especie de boina a lo Che Guevara, mi compatriota, que había comprado en Oriente, no muy lejos de Sierra Maestra.

Y esta es la famosa puta de la Marina Hemingway, me dice Lenin arremangándose las mangas de su camisa blanca, suspirando como si hablara de una mujer y, a la vez, como si repitiera la frase por enésima vez en el día. Famosa o no, es la primera vez que ofamos de ella, le contesté, y por un instante me prendo al cuello de la botella. Nuestro domingo en La Habana estaba comenzando y no podía determinar con exactitud cuántos eramos los que estábamos allí, parados en un lugar aparentemente mítico. Creyendo que se trataba de una especie de Finca Vigía II (una suerte de sucursal, pensaba) le pregunto como al pasar que dónde era que vivía el viejo Hem. Y señalo hacia ambos lados, al este y al oeste, suponiendo que no dormía en el barco que debía atracarlo en el norte. Claro, ustedes ya lo saben pero yo

LA B DEL M

Una BODEGONA que no ha dejado de ser LA BODEGUITA DEL MEDIO

El único restaurante del mundo en que SE LE COBRA LA COMIDA Y USTED PAGA LO QUE DEBE.
Bébase también su MOJITO como lo han hecho todas las celebridades que por aquí han pasado. Conviértase en adicto a los FRIJOLES NEGROS DORMIDOS y al LECHON ASADO.
Tenga lista la pluma para firmar en las paredes. Y recuerde CARGUE CON SU PESAO.
La Bodeguita del Medio y de Cuba, Martínez, Ayón, Guillén & Cubanos de Gran Gusto.
Calle Empedrado, No. 207 en el mismo medio de la cuadra, La Habana Vieja. Teléfonos: 62 4498, 61 8442

It's still LA BODEGUITA DEL MEDIO

Where you pay for what you eat and we collect for what you drink.
Taste a minty MOJITO and savor ROAST PORK, BLACK BEANS and all the trimmings.
Try your hand at graffiti and leave your name on the walls next to that of some other celebrity.
La Bodeguita del Medio with Martínez, Ayón, Guillén and other Cubans of great taste.
207 Empedrado Street (right on the middle of the block) in Old Havana.
Phones: 62 4498, 61 8442



jamás hubiera pensado que me iba a salir con esa respuesta.

¿Hemingway?, se sorprende mi taxista perdiendo la compostura que siempre supuse debía guardar todo guía que se precie, aunque no fuera profesional. Papa no debe haber pisado nunca este suelo, comienza, pero las palabras ya me pican en en el oído. Todos estos islotes son artificiales, los constuyó el cabrón del hijo de Batista, entre paréntesis un reverendo hijo de puta, para los yanquis, y cuando la revolución se los expropiaron muy bien expropiaditos. Hace una pausa y aprovecho para mirar las obras en construcción que parecen abandonadas. Doy el último sorbo y tiro la botella contra unos arbustos. Si van para allá todavía la pueden encontrar.

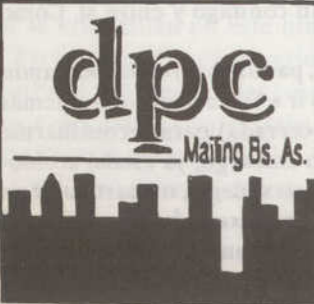
Lenin mira emocionado y sigue explicándome, como si le estuviera hablando a un ente indefinido. El barco suyo ni debe haber pasado cerca de esta parte de la costa, dice. Le pusieron su nombre para atraer a los turistas y después también se lo pusieron al concurso de pesca que se hace aquí, nada más. Y se entra a reír solo, como un poseso de manicomio mientras me veo tirando del riel que engancha un puto pez espada. Miro los restaurantes caros -hay por lo menos cinco-, las reposeras en la punta derecha cargadas de mujeres en topless y narcisistas afeminados y me vienen ganas de mandarlo a la reputa madre que lo parió, deben ir dos horas perdidas por nada, para que nos expliquen la historia de un nombre absurdo, y debería aclararle que odio tanto a los turistas que si me pusieran un Kalashnikov en la mano los barrería a todos, mujeres y niños incluidos. Y mis mojitos esperándome en la otra punta, y yo que le digo vamos, sin haber estado ni cinco minutos fuera del auto, y ya estoy de nuevo en el asiento trasero buscando la última botella que traía conmigo, y mientras me aumenta el prome-

dio de latidos pienso que es la sed y no mis precoces fallas cardíacas las que me van a matar...

Lo convido de nuevo, como para sobornarlo, para hacerlo desistir, pero no hay caso. Es odioso no poder negarse a hacer algo. Lenin insiste, y persiste y me lleva para otro lado. El conduce después de todo y no tengo las pistolas que tienen ustedes para apuntarlo y obligarlo a enfilar hacia la calle Empedrado. No es culpa de él. Los flujos y reflujos de la disgregación son los que no ayudan. Voy y vengo, vuelvo para para volver a partir multiplicado. Intento con la bebida, siempre me estabiliza e estos casos, pero hay algo que falla. La cabeza que me da la espalda, en el asiento de adelante, me dice que haberlo sabido antes, si quería conocer un lugar donde el viejo fuera habitué debíamos ir a Cojímar, vamos para allá entonces. Yo sólo quiero decirle que detesto al tipo en cuestión, que lo mejor que hizo en su vida fue pegarse ese tiro que revoletó su cerebro contra el techo, allá lejos y hace tiempo, en Idaho. Pero él repite Cojímar, ya lo sabía, como si yo hubiera dicho que sí, aunque ya en ese momento no recordaba mi respuesta. Yo sólo quería decir la Bodeguita del medio y me salía la B..., la B..., sólo eso, la lengua rebotando contra el paladar. Pero por algo me estaba llevando, tal vez alguno de mis fragmentos descompuestos, rebeldes a la plana mayor que ya olía la hierba buena y el ajetro del local con sus frijoles a la cubana y las masas de cerdo transportadas en alto. Sé que les resulta difícil entenderlo, pero es así.

Y allí íbamos, lanzados a través de La Habana, pero para las playas del este ahora, dejábamos atrás uno de los túneles, entrábamos -no se lo pedí, juro no habérselo pedido- para otear desde el auto la Villa Panamericana, quince minutos más de tiempo desperdicia-

Prestaria postal N°165



TEL.: 775-3570

O RADIO LLAMADA

TEL.: 311-0056 o 312-6383

CÓDIGO:3418

Entrega Puerta a Puerta

Tramitación

Envíos / Invitaciones

Circulares

DPC

MAILING BS. AS.

do, y seguíamos hacia nuestro destino, un barsucho llamado La Terraza. Y Lenin empezó a contar que había un viejito de 95 años, Gregorio Fuentes, que siempre lo frecuentaba a la hora del almuerzo, que había sido el piloto del Pilar, el barco que Hemingway usaba en Cuba, y que en él, remata, se basó para aquella novelita, que no sé si habrán leído. Pero a mí me importaban un rábano los marinos veteranos que habían conocido a quien fuera y ya hasta había perdido la cuenta del tiempo que me quedaba hasta el momento en que tuviera que volver a subir a un avión, ese avión que me haría surgir en el frío. La botella de ron se había transformado en mi reloj de arena y ya había pasado de la mitad. Así que la nuca parlante -me había empezado a intimidar y pensé en pedirle que me dejara pasar adelante, así le vería al menos el perfil, pero me avergoncé- acalló su voz por unos instantes mientras apretaba el pedal hasta el límite que indicaban los letreros y aproveché para bajar de una vez la ventanilla gris salpicada por gotas disecadas, como si fueran los restos fósiles de una lluvia lejana y perdida en el tiempo. Me mandé a los pulmones, en reemplazo del alcohol, una bocanada de aire dominical. Era -o sigue siendo- uno de los días más frío del año en la isla, según me confirmó el ex revolucionario, y a pesar de ese dato, que me hacía pensar en frescas brisas de toda clase y estirpe, hilos babosos de sudor empezaban a condensarse a la altura de las comisuras de mi boca. Supuse que había empezado a perder saliva, la boca anestesiada, pero el gusto salado me descompuso. Me sentí extraviado, un alga de mierda perdida en un infernal laberinto de asfalto, vehículos, bicicletas, en diagonal, adelante, atrás, de frente, pederastas, ninfas, supermachos caribeños. Y había una única pregunta -espero que puedan entender esto- que empezaba a obsesionarme: ¿Qué hago aquí? Y mientras empezaba a dudar sobre cuál era mi sexo, alguien de mí corroboraba con un ágil toqueteo, aunque sin disimulo, a la altura de la entrepierna. El ventolín me da en plena cara y en ese preciso instante descubro que el veterano combatiente de Girón, el revolucionario desilusionado, me mira atentamente desde lo que queda del oxidado espejito retrovisor, tan cerca de su frente que parece que al menor movimiento lo va a golpear frontalmente. No podría entender, cómo podría entender si le digo, le confieso, le declaro que a veces se me olvida, que debo palpar por un instante para recordarme quién miércles soy. Cómo hacerlo comprender que algunas de mis fragmentaciones son femeninas. No, no puedo hablar más despacio y además veo que ustedes tampoco saben de qué hablo. Ahí está de nuevo. Trato de desentenderme subiendo y bajando el vidrio, como si algo me disgustara, un olor interno, algún hedor cálido que proviene de los bordes de la ruta. Me mira fijo, tan fijo, que apostaría me voy a cagar encima. Por favor, no me miren así que estoy sintiendo en este exacto instante algo muy parecido. Doy un último sorbo. Noventa a uno, sí, pero no, si inicio la conversación puedo, podría, seguramente...

Estimado Lenin, oía que decía mi voz conteniendo esfínteres al unsono, no me debe quedar mucho tiempo de vida (quise decir: de tiempo en esta ciudad), peguemos la vuelta, peguemos la vuelta...

Lo último que sentí fue el chirrido atroz de los frenos. Los apretó a fondo, tan violentamente que casi sale despedido por el parabrisas. Seguramente por eso me miraba con tanta persistencia. Debía tener algún poder telepático. Abrí la puerta y empecé a vomitar lo que tenía en el estómago, que no era mucho. En el avión apenas nos habían dado unos caramelos, que

acompañé con la botella de ron que llevaba a escondidas. De hecho, cuando, totalmente escindidos, mis estómagos empezaron a hacer sonar su música experimental, tan poco coral, y a arrojar líquido como en una sesión de guantes de boxeo me di cuenta de que todo era una gran broma. Sí, una gran conspiración universal. Me quedé devolviendo aire, aire y más aire sintiendo que un globo se desinflaba convulsivamente dentro de mí.

Lenin, que automáticamente había bajado a ayudarme, me sostenía por los hombros y se refa. Me quedé feliz porque era un acto antes ridículo que vergonzoso, y a la vez había dejado en el olvido la escena anterior. O al menos eso creía, porque mientras me calmaba empezó a hablar de sexo y a contarme que se clavaba a uno de sus vecinos, que me disculpaba pero que yo no era su tipo y cosas por el estilo. Demasiadas confidencias, ¿no?

Cuando encendió el motor y volvimos a arrancar, el viento me recompuso -más aire, seguramente me estaba hinchando de nuevo- y ya estaba parlotando de nuevo, él, el conductor de mi góndola con chasis. Me empezó a decir que hacía un rato venía viendo cómo mi cara se iba transfigurando, que parecía un búfalo rabioso, el último de la especie, a punto de extinguirse, y él seguía hablándome y hablándome, y usted de repente dice algo incomprensible, pegar vuelta o algo así. Pero ya no tenía fuerzas para explicar, el ejercicio muscular se había llevado mis últimas dosis de energía. Algo se estaba despedazando. Si por lo menos estuviera fragmentado continuamente, pero no. Era yo y venían esas especies de burbujitas, empezaban a trepar hasta llegarme a la cabeza y veía triple o cuádruple, y más tarde volvían a bajar, y volvían a subir. Por algo me llamo Siemes, apellido de mierda. En mi país es una marca de soda y de chiquito siempre me decían que no asumía las propiedades de su nombre.

Y ahí vamos hacia Cojímar, tierra añorada, suburbio de promesas. Y de repente todo se aceleró. El viento me hacía chicotear la camisa y en los que me parecieron dos minutos vertiginosos pegamos un giro memorable, pasamos por arriba de la ruta por la que habíamos llegado y penetramos, a la izquierda, por una callecita de un pueblo manso y tranquilo. Ustedes deben conocerlo.

Estacionamos frente a una casa donde una vieja dejaba transcurrir el tiempo sentada en la vereda y caminamos una cuadra hasta llegar al local. La pierna izquierda se me había paralizado y me costaba caminar decentemente, y empecé a rogar que no ocurriera lo que era una consecuencia lógica: que mis miembros también empezaran a tener autonomía, que se rebelaran y me despedazaran. La Terraza no era el bar pueblerino y polvoriento que yo esperaba. Seguramente lo fue hasta hace poco, pero ahora tiene una entrada a lo Far West y no parece un lugar con sabor local. Al pasar frente a la puerta, sentí uno de esos olores a lavanda que me descomponen. Todo muy limpiito y desodorizado. Venga, me dice Lenin, y esquivando la entrada me señala una escalera lateral de cemento que se va a pique hacia el agua. Aquí, dice, aquí, y señala una puerta que no se debe abrir desde hace unos años, Hemingway entraba todos los atardeceres a charlar con los pescadores de la zona. Acá, y señala el suelo en el que estamos parados, preparaban el pescado para venderlo, y después se encerraban aquí adentro a hablar vaya uno a saber de qué. Ahora no se qué mierda hay, y golpea la puerta, pero en aquel entonces estaba el Club de Pescadores. Miré a través de un ventanuco oscuro y no vi nada, pero pude imaginar al viejo machote colándose

HEMINGWAY NUNCA DUDO: Para su daiquirí, el Floridita Y TENIA BUENAS RAZONES



La próxima vez que visite La Habana Vieja, venga a la *Esquina del Floridita*, un lugar de cita obligada, donde esperamos contar con la presencia de amigos, los nuevos y los de siempre. El ambiente perfecto del bar-restaurant *Floridita* con su distinguida coctelería y soberbia cocina, reflejan la excelencia de mariscos y pescados del "Gulf Stream". Y la *Piña de Plata*, bar-cafetería al lado del restaurante nos proporciona un descanso reparador después de haber visitado La Habana Vieja, al final de la calle Obispo.

Hay buenas razones para no perderselo.

Obispo No. 557 esquina a Monserrate, La Habana, Cuba. Teléfonos: 63 1063, 63 1111 y 63 1060

por esa entrada reducida para charlar en un cocoliche balbuceante, lleno de errores y acentos pervertidos. Y después imaginé lo de siempre: que su cuerpo informe, macilento, hinchado por el alcohol, había penetrado ese marco ahora clausurado y pensé que algún día se inventaría la máquina que hiciera coexistir todos los hechos que ocurrieron en un lugar dado y que ese día los dos chocaríamos uno con otro, o nos superpondríamos, o me aplastaría con su peso, o nos agarraríamos a trompada limpia. No habría podido conversar ni dos palabras con ese viejo de mierda. Miré el paisaje. Una bahía roñosa, con pinta de abandono, acumulaba todos los sedimentos que arrastraba la desembocadura de un riacho diminuto. Y la voz a mis espaldas que dice, allá a la salida atracaba el Pilar, mientras un brazo surge desde atrás como un ala señalando hacia el otro extremo. Por la arena revuelta de la costa correteaban unos chicos al ritmo de la calma que por primera vez en toda la tarde había empezado a invadirme.

Y ahora vamos a ver si está el capitán. Nos sentamos a la barra, un bloque de madera nuevo nuevito, recién reconstruido, con asientos recién estrenados en los que Hem jamás apoyó su culote alcohólico y pido un daiquiri frappé. Los daiquiri ni me van ni me vienen pero un poco antes Lenin me había asegurado, como si realmente me pudiera interesar, que era la bebida de la casa y la que aquí él prefería en aquellos tiempos. El hielito molido ocupa la mitad del vaso, bebida de putos, digo en voz alta, sin que nadie se preocupara por mis afirmaciones, ciertas o no. ¿Y el dueño de Hemingway está?, oigo que pregunta por lo bajo a un barman petizo y regordete que lustra y lustra una copa cualquiera y que parece sacado de una mala película mexi-

cana de los 40. Ni lo oigo cuando contesta, gordo mierdoso, podría subir un poco el volumen, pero su gesto lo dice todo. La barbilla inflamada se mueve apenas un centímetro de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Parece una boya bamboleante. Ya se ha ido, acota el muy basura como si hiciera falta aclararlo. Qué hubieran echo en mi lugar, díganme.

Yo simplemente empecé a hablar conmigo mismo. Lo que me imaginaba, me recontractago en todos los santos, debe ser mucho más tarde de lo que me parecía indicaba el sol en su cenit y exclamaciones por el estilo. El viejo éste se quedaba hasta las cuatro y ya había comido, tomado, fumado y se había mandado a mudar. Quiero estrangular a alguien, vuelven las burbujas pero la cara de Lenin rebosa tanta desilusión que me inhibe, así que salto por sobre la barra y trato de calzar la chaqueta del gordo que pule, pule y pule, pero apenas le rozo el ojal siento una mano que me tuerce el brazo. Es mi hombre de confianza, sí, que me hace una llave inglesa a la cubana, paga las bebidas (casi no las probamos, como en las películas) y me lleva al carro, como lo llaman acá. Estoy tan fragmentado que logro salir corriendo. La Bodeguita, grito, quiero ir a la bodeguita, pero por un momento descubro que la ausencia del viejo me había deprimido. Nunca lo voy a ver en mi vida, nunca, insisto sorprendiéndome de haber caído finalmente en las redes del circuito. Sí, sí, me dice mi acompañante, como si se tratara de un loco y abriéndome la puerta al mejor estilo mayordomo me deposita en el asiento, mientras me abraza como si él mismo fuera un chaleco de fuerza, y yo pataleo, pataleo y pataleo.

Estoy partido en dos. Lenin sigue abrién-

dome la herida, hablándome y hablándome, y me dice si usted lo viera 95 años y siempre de excelente humor, es un ejemplar único. De repente, ya sobre el puente que nos devuelve a la autopista, empieza a jadear como sobresaltado y me indica abajo, señalando una hormiguita diminuta que camina enérgicamente por el pueblito, y me dice es él, es él, y yo miro la figura que avanza entre las casas hasta que finalmente se pierde en una esquina. Ya no hay tiempo. La imagen queda flotando en mis retinas y empiezo a llorar por no haber logrado conversar con él. No se imaginan lo deprimente que es confirmar que hay algo en la vida que ya no vamos a poder hacer.

Pero algo se había quebrado entre nosotros dos, Lenin lo descubre antes que yo, que apenas me puedo reconocer a mí mismo, acelerado y melancólico al mismo tiempo. La bodega, grito, como un borracho empedernido al que le hubieran prohibido terminantemente volver a probar una sola gota de alcohol, y el auto se lanza al ruedo como una saeta, más rápido que nunca. Tengo la sensación de que mientras nos servían los daiquiris algún saboteador incrustó en el chasis un propulsor o un explosivo porque salimos disparados y en un santiamén estamos de nuevo avanzando con movimiento acelerado uniforme hacia el lugar del que habíamos salido volviendo a repetir el mismo paisaje aunque la gente sobre la bicicleta, que parece la misma, sea otra, y aunque los coches descoloridos y achacosos se repitan. Y me digo a mí mismo que ojalá que el simpático del taxista - a estas alturas, una suerte de protector- no empiece con algunas de sus diatribas confesionales sobre la carestía y esas cosas porque mi brote psicótico, psicológico y psicosomático está creciendo otra vez, acercándose a su apogeo y no respondo de mí ni pongo la manos en el fuego por el resto

de los hijos de puta que me componen. Veo la boina que se refleja en el espejito retrovisor y sorprendentemente, como salida de la nada una ráfaga con aroma a hierba buena se cuele por la ventanilla y se trepa a los orificios de mi nariz gastados por el uso y abuso, y el efecto es instantáneo. Me calmo, algo se descomprime y siento un gran agujero negro que me chupa hacia adentro hasta devolverse a mí mismo y entonces sí me reconcilio con el hombre que me lleva sobre ruedas. Pero sé que ya no se lo diré, que el tiempo se acaba.

Ahí estamos, y todavía debo tener tiempo de mandarme entre pecho y espalda un mojito bodeguero. Según su reloj, me debe quedar cerca de hora y media. Los segundos corren, el agujero se expande y se vuelve a comprimir y ya estamos acercándonos a la ciudad vieja y cuando menos me lo imagino frenamos y oigo su voz que me dice que son dos cuadras para abajo y una a la derecha, que ahí está la bodeguita y que el auto no puede llegar hasta allí. Le pago, bajo y lo saludo efusivamente, exageradamente, sospechosamente me atrevería a decir. Una mano sale de adelante y me extiende un papel que después perdí. Tenía una dirección -antes me había dicho que él podía alquilar un departamento para la próxima y yo se lo recordé en ese momento- y pienso mientras leo los datos que debe ser falsa, que un hijo de puta como yo ya debía haber sido declarado algo así como una persona non grata en el reino móvil de su Lada azul. Ustedes hubieran pensado lo mismo, no lo nieguen.

Caminé como un sonámbulo las tres o cuatro cuadras, impulsado por el entusiasmo. Por fin, estaba por llegar, y a pesar de arrastrar la valija y el bolso de mano como dos cadáveres por las calles, me sentía momentáneamente liberado. La gente me miraba como si fuera un marciano, pero me importaba poco porque mi objetivo ya estaba a la vista.

La Bodeguita me pareció a primera vista un lugar tortuoso, esa entrada a lo far west y los dos tipos grandotes parados al lado de la puerta como vigilándola, el laberinto que conduce al sector de comidas, demasiado complicado, y en la parte delantera ese mundo aparte, con la barra diminuta que da la espalda a la vidrierita repleta de fotos. Dejo las valijas en el suelo -por eso finalmente las extravié- y empiezo a pensar. Ahí debe estar Hemingway tomando, me digo, abrazando gente, bebiéndose mojitos, pero me niego a mirar esa franja de tiempo congelado. No, no quiero, sólo quiero verme tomar a mí, y cuando se acerca el hombre de la barra y me pregunta le digo si tienen mojitos y me contesta -me lo merezco por ridículo, ¿no?- que es la especialidad de la casa. Y delante mío, este tipo que por la edad y porte debe haberlo conocido, mezcla el agua con el ron, hecha el azúcar, oprime contra el fondo las hojitas verdes apenas opacas. Dejo reposar la mezcla durante unos minutos, miro las partículas que suben y bajan como las burbujas, que terminan decantándose, y me lanzo, por fin, después de tantas horas y deseo contenido. Lo logré, susurro, y vacío el vaso en dos segundos. Tres dólares pienso, cuando no cuesta en realidad ni un céntimo. Y me tomo otro y otro y otro tratando de complacer a todos mis componentes, que reclaman más y más líquido, que salen a la superficie tentados por el sabor que se expande sobre la lengua, el paladar, las amígdalas, los dientes sensibles al frío del hielo. Ustedes dos no se imaginan qué placer. Y pienso que apenas me queda plata, y que debe faltar una media hora todavía para el avión, y que otro taxi. Cuando ya perdí la cuenta, a

mi derecha un morocho venezolano -seguramente un pichón de escritor- pregunta algo y el hombre que me había atendido le dice con una sonrisa que no, que él lo tomaba con triple medida de ron, sin agua y sin azúcar, nada que ver con esta basura, y pienso que ya no tengo qué gastar y pienso en los falsos mojitos que estuve tomando y en el insípido, aguado, que todavía sostengo entre los dedos. No es justo, puedo asegurárselos. Y estoy a punto de partir la madera de la barra de un karatazo, mientras las burbujas trepan, y pienso seriamente en romperle la cara a los imbéciles que cantan en un rincón, con una sonrisa de oreja a oreja, su musiquita criolla, y me imagino mendigando para llegar al aeropuerto. Podía verme sentado en la butaca entre azafatas inútiles y una cáfila de lisiados, tullidos, hespásticos, infradotados que vuelven a sus casas y me pisan las manos, los pies, y me hunden sus muletas en el estómago y zonas non sanctas, y entonces tambaleándome me acerco al vidrio que sostiene aplastadas las fotografías contra la pared y lo veo, por fin lo veo, sonriendo mientras toma su mojito triple, sin azúcar, la barba blancuzca haciendo de coraza y le digo por lo bajo, bajo bajito, viejo hijo de puta, maldito viejo hijo de puta, otra vez te saliste con la tuya, y golpeo el vidrio, y lo hago trizas, mientras observo el reflejo de dos siluetas que se me acercan por la espalda, y del puño empieza a manar sangre, una sangre opaca y dócil que titila sobre los cristales como si no me perteneciera.

La Habana-Buenos Aires, 1993

Identikit

- 1- Pedro B. Rey
- 2- 3/8/67
- 3- Secreto profesional periodístico.

4- En épocas en que todo depende de las fotos en la solapa, admiro a aquellos que saben mantener las distancias, aunque no por eso me atrae todo lo que hacen. Después, es cierto, me gustan muchos libros de demasiados autores, pero eso es harina de otro costal.

5- Odio la idea de tener "libros favoritos". Leo cualquier cosa que llega a mis manos. Ultimamente, los libros de Conrad.

6- El 3/10/76 me desperté y pensé: voy a empezar a escribir. Podría haber dicho también: voy a ser astronauta o el futuro puntero izquierdo de la selección, pero mis fines eran a corto plazo y mercantilistas. Quería empezar a publicar ese mismo año y hacerme multimillonario. Unos meses después

pensé que iba a ser historiador, un año más tarde arquitecto. Alguna noche, casi sin darme cuenta, volví a la idea original. Sigo sentándome ante páginas en blanco, pero de la plata mejor ni hablar.

7- Quisiera poder sentarme doce horas diarias (de 5 de la mañana a 5 de la tarde, digamos) y seguir un método. A pesar de todo no pierdo las esperanzas. Empiezo a mano, sigo en la máquina de escribir y paso a la computadora. Siempre necesito corregir sobre el papel.

8- Carpe Diem

9- Soy un poco reacio y depende de cada texto. En todo caso, los primeros lectores de este cuento fueron mis dos gatos que, pese a ser analfabetos, se paraban sobre las hojas y seguían las líneas, como si entendieran.

10- Personalmente, la época cultural más movida que me tocó vivir fue

el bienio 84-85. Y ni siquiera sé si apostaría algo a su favor.

11- Los de John Cale, varios de los Stones (*Aftermath*, por ejemplo), Television, The Clash, casi todos los de Keith Jarrett, los de Miles Davis-Coltrane, *Little Creatures* de los Talking Heads, algunas cosas de Pescado Rabioso, Sumo, Divididos... Lo poco que dejó Robert Johnson.

12- La primera *Scarface*, las películas de gánsters en general, el *Resnais* de la primera época, toda la *nouvelle vague*, algunos westerns (*El hombre del Oeste*, por ejemplo), *Paris-Texas*, *El Estado de las Cosas*, la primera de Antonioni (*Crónica de un amor*), la saga de Allien, etc.

13- No soy alcohólico ni esquizo, pero sí es cierto que conocí un tachero cubano que se llamaba Lenin. Las distintas capas de la cebolla son imaginarias.



Suscribíte

327-2434

Llegamos a donde vos quieras
6 números por 35 pesos
¡Y seis números atrasados de regalo!

Llamáanos

cera

n e g r a



Agustina se levantó el pelo lacio y dejó al descubierto la nuca, recién rapada. Pudo sentir cómo el frío chocaba contra la piel de su cuello. El día seco, el cielo color celeste lavado y la piel, impermeable. Ideal para depilarse, pensó, porque la cera no se pega. Se detuvo ante una puerta de vidrio y metal. La puerta tenía un cartel que detallaba distintos precios: entre pierna, media pierna, muslo, pierna entera, axilas... Agustina entró. No pudo evitar sentirse como un pollo trozado.

Las cejas tienen que depilarse con cuidado: que queden parejitas, no sacar más pelos de una que de otra. También hay que mantener la forma natural, ahora ya no se usa la línea finita. Se usan las cejas gruesas, un poco desprolijas, como sin querer. El ejemplo es la Mancini, que tiene cejas oscuras, gruesas y el pelo muy rubio, largo.

Las cejas enmarcan la mirada, protegen los ojos, por eso hay que depilar solamente los pelitos aislados, los de alrededor. Además, no hay que acercarse demasiado al espejo: el aliento lo empaña y entonces, no se puede ver nada.

Una de las mujeres con uniforme rosa se acercó y le indicó que la siguiera. La mujer no era gorda, sino robusta, maciza. Tenía el pelo teñido de un rubio color miel y la cara muy pintada. Agustina y la mujer atravesaron dos pasillos angostos y bajaron por una escalera caracol. El lugar estaba dividido en compartimentos minúsculos, cada uno con una camilla. Paradas, pensó Agustina, no entran dos personas al mismo tiempo. Las paredes que separaban los compartimentos eran de un plástico blanco que estaba atado con sogas a postes de metal, también blancos. Todo muy limpio y aséptico, pero Agustina pudo escuchar tirones, golpes y voces de las distintas cabinas. Mientras se desvestía se decidió: pierna entera, cavado y axilas. El aniversario merecía una depilación completa. Durante los primeros meses con Pablo, se acordó, depilarse no era un problema: no se planteaba la duda. Sonrió con desgano, la boca cerrada, y se acomodó en la camilla plastificada. Fría.

La mujer robusta entró a la cabina con un recipiente de cera caliente.

- Tenés suerte, porque es nuevita. ¿Cómo te llamás? -le preguntó a Agustina, con un gesto de falsa intriga.

- Agustina, pero me dicen Tina.

- Bueno Tina, yo me llamo Mimí - dijo, mientras acariciaba las piernas de Agustina, tratando de ver el largo de los pelos-. ¿Qué te vas a hacer?

- Este... pierna entera, axilas y cavado o entre pierna, no sé bien cómo se le dice.

- Bueno Tina, entonces acostate con la cabeza para este lado - dijo Mimí, señalando la punta opuesta a donde había dejado la cera.

Mimí manejaba la cera como si fuera helado. Cubrió de cera el sector delantero de las piernas de Agustina, con movimientos justos, prolijos. Agustina se estremeció con la cera caliente, pero trató de dejar las piernas flojas, muertas. Se imaginó a Pablo en la camilla, todo cubierto de cera: el cuerpo brillante de un pollo al spiedo. Pablo tenía mucho pelo, enruladito. Se imaginó los pelitos enrulados, todos los pelitos del pecho apelmazados con la cera hirviendo.

La cera negra es mejor que la blanca o la vegetal, sin dudas. Con la blanca, sólo se pueden cubrir pequeños pedazos de piel. Entonces, los tirones son muchos más, mil

tirones chiquititos que arrancan los pelos de a poco. Las que se depilan con cera blanca saben que, aunque la pierna quede bien, van a sufrir muchas veces, parejo. La vegetal, o la cera a la miel no sirven para nada porque no arrancan el pelo de raíz, lo cortan. La otra posibilidad es usar maquinita: un placer, porque te enjabonás la pierna, y la gilette filosa se desliza por toda la piel. Pero al día, el pelo crece como barba, y hay que esperar en monasterio hasta que crezca, y poder usar cera. Las depiladoras siempre se dan cuenta: sólo miran fijo y dicen "Vos acá te afeitaste, te pasaste la maquinita".

- Mimí, te puedo pedir que después del tirón me pegues? Porque así duele menos.

- Sí, lo que quieras, corazón. Pero vos te tenés que quedar tranquila, porque si tensás el músculo es peor, se pega la cera y... ¿Vos no estás indispueta, no? -preguntó Mimí, como asustada-. Porque ahí sí, la piel está muy sensible y entonces...

- No, no - se apuró a contestar Agustina- es que soy bastante miedosa. Ay, ahora me arrepiento de depilarme pierna entera- dijo, mirándose las piernas enfundadas en cera.

- Bueno, bueno, que hay cosas peores. Vos quedate tranquila y pensá en otra cosa -dijo Mimí, mientras despegaba la cera de los extremos, con las uñas-. Ahora respirá hondo.

Agustina obedeció: tomó aire mientras Mimí arrancaba la cera. Luego se miró la pierna, como para comprobar si todavía la tenía, o si la piel no se había agujereado. Una parte de la pierna quedó roja y sin pelos: la cera había salido toda de un tirón. Agustina se acordó de la precisión que había que tener para pelar una manzana sin cortajear la cáscara, igual que con los granitos: tiene que salir todo de una vez.

- ¿Y, fue tan grave? -preguntó Mimí con tono burlón.

- No, un poquito. La verdad es que tenés muy buena mano.

- Ya lo sé - dijo Mimí sonriendo mientras desparramaba cera a los costados de las piernas de Agustina-, bueno, ahora esperame un ratito, porque tengo una clienta que bueno, sólo se atiende conmigo, y me dijo que está apurada. Así que yo las voy a ir depilando al mismo tiempo. Entonces, mientras se seca una, le voy pasando a la otra.

Agustina contestó que sí con la cabeza y sonrió a Mimí, aunque pensó que era injusto, que la chica tendría que esperar. Como todo el mundo. En la cabina de al lado, Mimí y la chica se saludaron con un beso. La chica dio, además, unos grititos de alegría. Agustina pensó que era preferible ir al dentista: sólo se escucha el ruido del torno y, con la boca abierta no se puede hablar, ni contestar. Tendría que haber llevado los walkman.

- ¡Pero qué cambiada que estás! - exclamó Mimí-. A ver, dejá que te mire. Te cortaste el pelo, ¿no? Ay, te queda precioso. Bueno, vos sos muy linda, pero el pelo así, no sé... te hace más fresca.

- Sí, estoy muy contenta. Además, le gustó a todo el mundo. Sabés que no entiendo porqué me empeciné en tener el pelo largo. Lo que pasa es que estuve estudiando mucho, terminando informes y trabajos, sin tiempo para mí. Y bueno, el otro día me decidí.

La voz grave y sonora. A Agustina le pareció familiar. Pensó en la facultad, por aquello de informes y trabajos, tal vez era de ahí.

- Mimí, hoy me depilo toda -dijo la chica-, pierna entera, entrepierna y axilas.

- Bueno, acá pasa algo. Sí, es evidente, tenés como una luz especial en la cara -le dijo Mimí a la chica, que comenzaba a reírse-. Creo que vos ... estás enamorada.

- Vos me lo dijiste, Mimí. En serio, sos bruja, vos me dijiste la otra vez que él me iba a llamar, que seguía enamorado de mí.

- Ay, nena, ¡qué divino! -exclamó Mimí. Después, en voz baja, le dijo que en un segundito le contaba todo, pero que tenía otra chica al lado.

- Tina, te dejé abandonada, probrecita. A ver...-preguntó Mimí, mientras tiraba de la cera, ya resquebrajada-. Bueno, ahora date la vuelta que hacemos la parte de atrás. Tina, vos tenés muchos pelos encarnados, y yo con eso no puedo hacer nada. Tenés que pasarte todos los días una esponja. Podés pasarte la esponja vegetal, tenés que frotarte las piernas con movimientos redondos. Si no, nunca vas a tener bien la piel.

- Pero yo eso lo hago, y los pelos se me encarnan igual -protestó Agustina- y los tengo que sacar con la pincita. Entonces después se me infectan. Ya no sé qué hacer.

- No, vos seguí con la esponja, porque así abris los poros. Después te pasás alcohol, y recién después crema -afirmó Mimí mientras desparramaba la cera sobre las pantorrillas de Agustina. Cuando terminó, le dio dos palmaditas en la cola y le dijo que ya volvía.

Agustina se quedó callada, le molestaba tener que hablar de pelos encarnados.

Después de los veinte hay que cuidar muy bien la piel de la cara. Limpieza de cutis, una vez por mes, para no tener puntos negros ni barritos. Los granos y puntos negros: antes, con vapor y carilina, para no dejar marcas. Siempre es mejor que lo haga otro porque los espejos son engañosos, imperfectos. No permiten que uno pueda verse toda la cara. Hay partes del cuerpo que no pueden llegar a verse nunca. Ni siquiera cruzando, superponiendo muchos espejos.

Cooperativa de actores
Busca Jóvenes

¡Actores y Actrices!
o estudiantes de teatro
con ganas de investigar nuevas técnicas
e incorporarse a su elenco estable

Presentarse para entrevista los miércoles
de 19 a 21 en Bme. Mitre 2127 - 5° "A"



La crema humectante: hay que usarla antes de dormir y antes de la base, a la mañana. Se aplica con palmaditas suaves.

Progrès. Contour des yeux, es para los párpados. El envase de Lancôme, tan delicado, con la rosa dorada o gris. Y es que las arrugas no son sólo de vejez, pueden ser arrugas de expresión, por los gestos. Las chicas miopes tienen arruguitas debajo de los ojos. Miran de otra manera, empañado, y fruncen los ojos.

- Bueno. Ahora contáme. ¿Qué pasó? ¿Cuándo te llamó? -preguntó Mimí.

- Antes de ayer -contestó la chica en voz baja-. Ay Mimí, no sabés lo nerviosa que estoy, no lo puedo creer, porque... no sé, desde que nos separamos yo estuve con otros tipos, pero no me pude olvidar de él. Sabés que yo le reconocí la voz, no sé, en un segundo. Al final, hablamos como una hora y lo increíble es que parecía que habíamos estado juntos desde siempre.

- ¿Y qué te dijo? -preguntó Mimí, ansiosa.

- Me dijo que me quería, que me amaba. Te das cuenta, Mimí? -Agustina pudo percibir la voz temblorosa de la chica-Yo le pregunté por su novia, porque él está hace bastante con una mina que es de mi facultad. Yo la conozco, la vi una vez.

- ¿Cómo es?

- Mirá, es más chica que yo. Es linda, es una pendejita linda, pero medio tonta. Creo que ella no me conoce, por lo menos no personalmente. Pero bueno, la cuestión es que me dijo que se quería separar, pero que no sabía cómo decirle, porque ella está muy enamorada y ... dejar-

la sola...yo también sufrí...apenas...

De a poco la chica fue bajando la voz. Agustina acercó el cuerpo hacia la pared que dividía las dos cabinas, pero sólo pudo escuchar frases sueltas, que por momentos se le mezclaban con la voz de una mujer que también hablaba como un loro. Agustina no podía escuchar de qué, pero seguro no era de novios, de amor y de esas mersadas idiotas. Boca abajo, empezó a tener frío, el cuerpo congelado. Quería irse. No faltaba mucho, pero era evidente que ahora Mimí estaba depilando por entero a la chica. Pensó que, mientras tanto, podría aprovechar y limarse las uñas. Trató de moverse para alcanzar el bolso, pero la cera se había secado y las articulaciones estaban rígidas. El cuerpo brillante y crujiente: se le iba a descascarar la piel. Una vez más, trató de doblar las piernas. No pudo. Entonces empezó a faltarle el aire, el mismo agujero que había sentido el otro día con Pablo, cuando él se le subía encima. Estuvo a punto de gritarle a Mimí, cuando la voz de la chica volvió a hacerse más perceptible.

- No sé cómo explicarte, Mimí. El es un tipo muy dulce, de pronto llegaba con un montón de regalos, o decidía que quería cenar quesos y vino blanco y entonces iba, compraba todo y ponía la mesa sin decirme nada. Una vez, me acuerdo

que habíamos terminado de cenar afuera, en un restaurant bárbaro, subimos al auto y él tomó un camino raro. Después de un rato yo le pregunté adónde íbamos y él me dice que me estaba invitando a pasar el fin de semana a la playa, que los bolsos estaban en el baúl, y que ya estábamos en camino.

"Estábamos en camino..." Agustina pronunció la frase en voz alta, varias veces, como atontada. Pensó en Pablo: siempre le decía eso cuando empezaban un viaje. Trató de seguir escuchando, pero los tirones y los golpes de Mimí, aplacaban la voz grave de la chica. Esta vez, Agustina tuvo la certeza de que conocía esa voz. No directamente, pensó, pero le habían hablado de ella. Conocía su descripción: su voz era grave, sonora, pero femenina.

- Tina, mi amor, perdonáme -dijo Mimí, casi suplicando, mientras entraba apurada al compartimento donde estaba Agustina -ahora me dedico un poco a vos. Es que esta chica -dijo, bajando la voz- está tan entusiasmada contándome, que no me deja ir.

- Está bien -contestó Agustina.

- ¿Qué pasa? -preguntó, mientras le acariciaba la cabeza- ¿tenés frío?

- No, nada, estoy bien. En serio.

Agustina seguía congelada. Mimí empezó a desprender la cera de las pantorrillas y ella percibió, con algo de satisfacción, que Mimí sólo podía arrancar jirones desprolijos. Por eso estaba muda. La cera estaba totalmente rígida: el ruido de los tirones era similar al sonido de millones de uñas frotándose contra limas gastadas. Agustina tuvo ganas de golpear a Mimí. Golpearle las manos y sacarse ella misma toda la cera. Pero trató de calmarse: iba a salir muy pronto de ese lugar, lisita, en blanco, sin un pelo. Iban a ir a cenar, comida rica y mucho vino, y después Pablo le iba a acariciar las piernas encremadas, nuevas. Pablo la acaricia y sus manos comienzan a recorrerle todo el cuerpo. Al principio están despreocupadas, casi indiferentes, entonces ella comienza a moverse. Apenas mojada. Pero las manos siguen. Las manos que siguen se desparraman frenéticas y los cuerpos empiezan a transpirar, sólo sudan por fuera. El quiere besarla y la besa, le atrapa la boca con los dientes. Ella se separa sin hablar, lo deja solo, sin entender. Se aleja porque hay besos que duelen: hacen que los cuerpos sean unipersonales, como espejos refractarios.

- Tina, nena, ¿qué te pasa? -preguntó Mimí, tocando apenas el hombro derecho de Agustina.

Agustina se sobresaltó y, bruscamente, giró el cuerpo, quedando enfrentada a Mimí.

- Nada, nada, ¿por qué? -preguntó mientras sacudía la cabeza de un lado al otro.

- Es que no contestabas y tenés que darte la vuelta, así hacemos el repaso.

Agustina obedeció sin hablar.

- Esta vez, ni sentiste los tirones. ¿Viste que es como yo te digo? Si dejas el cuerpo blandito, ni los sentís.

- Sí, claro.

- Bueno -dijo repitiendo la palmada en la cola- ahora vuelvo y te termino.



- ...

- Pasado mañana -dijo la chica-. Estoy tan nerviosa que no sé qué voy a hacer. El problema es que no sé qué actitud tomar, si hacerme la indiferente, la interesante.

- No, yo creo que vos tenés que ser sincera -afirmó Mimí-. A los hombres les gustan las chicas sinceras, buenas, finas. Esas son las que buscan para casarse. Con las otras se divierten, están un tiempo y después se aburren. Claro, eso le debe haber pasado con esa tilinga, que bueno, será linda pero, qué más... Se aburrió ¿te das cuenta? Y ahora busca una mujer, te busca a vos, que fuiste su primer amor.

- Sí...puede ser. No sé, en realidad es más complicado. El es un tipo muy raro. No sé cómo explicarte, Mimí.

- ¿Cómo raro? ¿Qué hace? ¿En qué trabaja, por ejemplo?

- Qué importa en qué trabaja -contestó la chica, enojada-, no tiene que ver con eso. No sé bien qué es... es difícil de explicar. Después pienso que en realidad no, y que soy yo -la chica hablaba entrecortadamente, parecía conversar consigo misma-. Es decir, tal vez sea solamente que estoy enamorada, ¿no? Que me da miedo quererlo.

No, Mimí no podía entenderla, pensó Agustina. Mimí hablaba, preguntaba demasiado y entendía poco. Aunque en realidad, la culpa la tenía la chica: como si no quisiera contarle todo: "...y con la otra...sola otra vez...lo quiero tanto...". Habían subido la música y Agustina apenas podía escuchar fragmentos. Ahora, su voz se había vuelto tintineante, metálica. Agustina sintió, por un momento, que se le metía en el cuerpo: "Cuando nos conocimos, la primera vez que lo vi...". Trató de acordarse cómo había conocido a Pablo, pero se le empezaron a cruzar distintas imágenes, como flashes: Pablo en la puerta del baño, desnudo, jugando a hacerle un strip-tease. La espalda arqueada, restregándose como un gato contra el marco de la puerta, tratando de seguir

la música. Se acordó de su risa nerviosa y de sus aplausitos. Duraron poco. El se sigue moviendo, empieza a acariciarse. Ella quiere irse, no quiere mirar más. Le dice que pare, pero él sigue retorciéndose, empalagoso, como una mujer. Un gusto agrí dulce en la boca. Agustina se sentó: le salía sangre de dos dedos. Se había estado comiendo las cutículas.

- Bueno, ahora te toca a vos. A ver -dijo Mimí, tomando los costados de la bombacha blanca de Agustina y sujetándolos con un broche-, ahora separá bien las piernitas y levantáme los brazos.

Agustina separó las piernas y respiró hondo, esperaba el tirón que la salvaría de esa posición ginecológica y obscena.

- Mimí, no te olvides de golpearme.

- Tina, mi amor, quedáte tranquila, que esto es lo que menos duele.

Inclinada sobre las piernas abiertas de Agustina, Mimí sacaba un poco la lengua cuando daba el tirón. En esa posición parecía gorda, grasosa. Agustina pensó que era imposible que pudiera depilarse ella misma. Se imaginó ese cuerpo sumergido en un barril de cera, con los párpados pintados de ese celeste rabioso y

la boca arrugada y naranja, asomando para respirar.

- Listo, ya pasó lo más difícil. Ahora, que descanse un poquito la piel, para el repaso. Si no, te va a doler mucho, ¿sabés?

- Sí, ya sé -contestó Agustina, pero no era exactamente dolor. El repaso es más prolijo: quema y horada la piel.

Mimí salió apurada y le dijo que ya volvía.

-¿ Me doy vuelta? -preguntó la chica.

- Sí, así te paso atrás. ¿En qué estábamos? Ah, sí, en lo de la pelea, ¿no?

- No sabés cómo le grité, Mimí. Ahora que lo pienso, no lo puedo creer. Lo que pasa es que, sí, ya me acuerdo. El es uno de esos tipos que no gritan, ¿entendés? Yo me podía poner a gritar como una loca y él se quedaba mirándome, sin hablar, o se ponía a mirar una revista. Ese día se fue, así, sin decirme nada, aunque sabía que yo estaba en la pieza, llorando.

Pablo también, pensó Agustina, mientras se acercaba para escuchar. Pablo la mira fijo, callado, los ojos azules, tristes, cuando ella llora. Después puede irse y volver con flores. Agustina tuvo pánico, pero no, no podía ser. Trató de pensar en otra cosa, no quería escuchar más, pero se acordó de Claudia, la ex mujer de Pablo. Entonces, apareció el vértigo, como si la pantalla de una computadora rebobinara a toda velocidad: la voz grave, las becas, las millones de becas de Claudia, tan inteligente, tan fina.

La voz de Mimí sacudió a Agustina.

- ¡Pero qué divino! ¡Qué increíble! -exclamó Mimí, la voz chillona.

- Sí... yo no lo podía creer: todo lleno de flores -dijo la chica-. En la pileta del baño, al lado de mi cama, todos los floreros, ¿entendés? Por eso no me pude olvidar. Porque en realidad, pasaron como tres años y yo lo sigo queriendo.

- Y él también -afirmó enérgicamente Mimí- sino, no te hubiera llamado. Y esto, nena, te lo firmo por escrito. Los hombres al principio patean y chillan, porque son desconfiados, pero cuando se enamoran, caen como chorlitos. Y si encima fuiste su primer amor...

Agustina no pudo evitar llorar. Mimí mentía, todo lo que decía era mentira. Pablo sí se había enamorado de ella, había llegado a amarla a ella, especialmente a ella, porque era distinta de Claudia: más chica, más fresca, más... Tuvo ganas de vomitar y otra vez el agujero en el estómago: no, no era odio, sino tristeza, una tristeza hiriente, punzante. Trató de acordarse de Pablo, de la mañana. El estuvo normal, como siempre. A lo sumo fue ella la que estuvo distante, ajena. El se acerca despacio, quiere hacerle el amor, la abraza, la acaricia, pero ella tiene el cuerpo pesado. No lo sabe, pero está desconectado de su cara, de su boca. Ella lo besa porque los besos, a veces, pueden ser quietos, pocos. Pablo no besaba bien al principio: la lengua demasiado dura, rápida, mecánica. Aunque él no lo supiera, ella le había enseñado a besar, porque su boca era carnosa, no como la de Claudia: los labios

mezquinos, tensos, angurrientos. En las fotos, Claudia tiene los labios cerrados y los ojos marrones miran desafiantes, son tan odiosos como sus manos con uñas largas. Agustina se imaginó la espalda de Pablo: las uñas pintadas y filosas le hacen doler, pero a él le gusta porque jadea y le pide que siga, que no pare. Claudia no se ve, es menuda y flaca, pero está ahí abajo, aparece su pelo, largo y enrulado, cayendo a un costado. También aparecen sus piernas movedizas. Las piernas de Claudia se levantan y, arqueadas, rodean la cintura de Pablo, provocándolo. Ella sabe que eso es lo que más le gusta. Pablo obedece, se mueve más rápido y ella comienza a gritar. Grita porque disfruta hasta la muerte.

Cuando entró Mimí, Agustina se dio vuelta y, boca abajo, se secó las lágrimas.

- Al final -dijo Mimí- las voy a terminar a las dos juntas, para que después no digan que no soy justa.

...

- ¿Te paso crema o alcohol? Creo que es mejor crema, porque la verdad es que tenés la piel tan seca...

- Bueno -contestó Agustina, mientras se incorporaba lentamente en la camilla.

- Pero vos también tenés unas piernas bárbaras -dijo Mimí, enfática, mientras masajeaba las piernas de Agustina- y seguro que no las cuidás. Bueno, listo. Pobrecita -dijo sonriendo y acariciando la mejilla derecha de Agustina-, tenés carita de cansada. Pero no siempre atiendes a dos al mismo tiempo. La próxima tenés que acordarte y pedir turno, ¿sabés?

- Sí.

- Bueno, vamos -dijo a Agustina, que todavía seguía sentada- ahora vestíte y yo te encuentro arriba.

- Mimí -llamó la chica del otro lado-, ya estoy casi lista. ¿Venís?

Mimí no contestó, terminó de despejar con una espátula los pedacitos de cera dura que se habían pegado a la camilla y luego salió. Agustina se paró: el cuerpo rígido. Tenía que verla. Mirarle la cara,

ver cómo se movía. No iba a hablar, sólo mirarla de cerca.

- Acá estoy, acá estoy -dijo Mimí, la voz tintineante-. Ah, no, yo así no te dejo ir. Nena, vos tenés que estar tranquila, tenés que ir segura, tranquilita. No te olvides que él es el que llamó.

- Sí, ya lo sé, tenés razón, Mimí. Me tengo que acordar de eso, de que fue él el que me llamó. Ya sé: te prometo que si sale bien, vengo y te cuento.

- Entonces mañana te tengo acá otra vez -dijo Mimí riendo-. Ah, un último consejo: muy poco maquillaje, porque así la carita parece más fresca, más despreocupada.

- Sí, eso seguro. No quiero que piense que estuve mil años arreglándome. Ay... me muero por un cigarrillo. Lo último que te pido, después te juro que me voy. ¿No me darías fuego, que me da vergüenza andar pidiendo en la calle?

- No tengo, corazón. Vos sabés que acá no fumamos, pero le puedo preguntar a esta chica, Tina. A ver, esperáme un segundo.

- No, entonces dejá. Le pido yo, que vos tenés que subir.

Agustina escuchó el taconeo de Mimí en las escaleras y

después la cortina, deslizándose suave. Esos ruidos le vaciaban el cuerpo: la dejaban sola, desnuda.

- Permiso, disculpáme -dijo la chica en voz muy baja-, ¿no tendrías fuego para convidarme?

Agustina permaneció inmóvil, el cuello quebrado y la mirada hacia abajo. Pudo ver unos zapatos negros, de taco, luego las piernas, demasiado largas y musculosas.

- Dejá, si no tenés no importa -se apuró a decir la chica, impaciente- puedo pedir en cualquier quiosco.

- Tengo, creo que tengo un encendedor.

Agustina empezó a revolver la cartera, movimientos desincronizados entre objetos mezclados, y fue en ese momento que le vio las manos: grandes, enormes, las uñas al ras y las cutículas mordidas. Manos ajenas, extrañas: no eran las que acariciaban la espalda de Pablo. Eran otras

manos que la dejaban sola, absolutamente sola porque el cuerpo de Pablo sigue ahí, pegajoso y afeminado. Opaco. Sin moverse del lugar, Agustina se estiró para alcanzarle en el encendedor: la vergüenza le atravesaba el cuerpo. La chica encendió el cigarrillo pitando ansiosamente y le devolvió el encendedor.

- Muchas gracias -dijo mirándola extrañada.

Agustina no contestó, se quedó callada. Difícil olvidarse de esos ojos: distantes, serenos, tan cruelmente verdes.

Se vistió despacio, sentada en la camilla. Preparó cambio para poder pagar justo. Cuando salió a la calle el sol la hizo lagrimear. Entonces, buscó sus anteojos negros y se los puso mientras esperaba el semáforo. Después cruzó.

Identikit

1- Andrea Paula Rabih.

2- 11 de mayo de 1967, Buenos Aires.

3- Trabajo (soy docente universitaria) y escribo.

4- Los escritores argentinos que despiertan profundamente mi envidia son Puig y Copi; la serie de los extranjeros es más extensa: Capote, Fitzgerald, Faulkner, Nabokov, Jane Austen, y Flaubert. En cuanto a la admiración, entran principalmente: Borges, Bioy Casares, Arlt, Saer, Gironde, García Márquez, Genett, Baudelaire, Kafka, Elliot, James, Chandler, Sturgeon y Burroughs.

5- Para mantener divisiones cronológicas standart, desde los 13 hasta los 19 años, los libros más importantes fueron: **El camino de Santiago**, de Carpentier, **Cien años de soledad**, de García Márquez, **Conversación en la catedral**, de Vargas Llosa, **La metamorfosis** y **El proceso**, de Kafka, **Ficciones** y **El Aleph**, de Borges, **En la más médula**, de Gironde, **El mundo alucinante**, de Arenas, **Boquitas pintadas**, de Puig, **Otra vuelta de tuerca**, de James, **El corazón de las tinieblas**, de Conrad, **Mientras agonizo**, de Faulkner y **Moby Dick**, de Melville. Luego, **La invención de Morel**, de Bioy Casares, **Los adioses**, de Onetti, **El gran Gatsby**, de Fitzgerald, **El largo adiós**,

de Chandler, **Lolita**, de Nabokov, dos relatos de H. James, **La bestia en la jungla** y **Los papeles de Aspern**, **Nueve cuentos**, de Salinger, **Las viejas travestis**, de Copi, **Música para camaleones** y **A sangre fría**, de Capote y, de Jane Austen, **Orgullo y prejuicio**.

6- A los 18 años, cuando me da cuenta que no me interesaban las cadenas desoxirribonucleicas, me cambié de carrera: de medicina a letras. Y acá viene la primera frustración: lejos de estimular la escritura, la benemérita institución fue básicamente coercitiva. Sin embargo, no me arrepiento: le agradezco el acceso a ciertas lecturas, y algunos conocimientos de Lingüística y Teoría Literaria.

7- Escribo en mi casa, con el mullido teclado de la computadora y la tranquilidad de que la impresión es el último paso. Con respecto a los horarios, me da lo mismo; lamentablemente, no soy para nada sistemática y debo reconocer que envidio a aquellos escritores que tienen un ritmo regular de escritura. En general, escribo cuando es eso lo que tengo ganas de hacer, y tengo más o menos planeado el cuento (nunca pude sentarme con "la mente en blanco", a ver qué sale).

8- La escritura de un cuento largo con visos humorísticos, que transcurra, en parte, en el cementerio de la

Chacarita y cuyo título es "De coger, ni hablar".

9- Me interesa que mis cuentos atraviesen distintos tipos de lecturas. Por un lado, la lectura aguda de dos excelentes escritores con los que hice taller literario: Rubén Mira y Hugo Correa Luna. Pero también me resulta imprescindible la lectura de Gabriela Resnik, Cristina Cuervo y Claudia Hartfiel, lectoras ávidas y lúcidas, en cuyo juicio crítico confío plenamente; y la lectura de mi hermana, Luciana Rabih, ya que sus críticas, desvinculadas con tecnicismos literarios, son tan directas como certeras.

10- El postmodernismo, negativamente.

11- **Whishplash smile** (Billy Idol), **Hejira** (Joni Mitchell), **Cinema trascendental** (Caetano), **VU** (Velvet Underground), **Cilcs modernos** (Charly), **Oktubre** (Los redonditos...), **Divididos por la felicidad** (Sumo), **Stop making sense** (Talking Heads), **Sinfonías 6a. y 7a.** (Beethoven), **Kamikaze** (Spinetta), **In the city of light** (Simple Minds).

12- **La naranja mecánica**, **Apocalipsis now**, **La ley de la calle**, **Después de hora**, **París, Texas**, **Blade Runner**, **Ran**, **Mala sangre** y **Pacto de amor**.

13- Preferiría no hacerlo.

EL PRESERVATIVO

Justiciera

POR SERGIO S. OLGUÍN

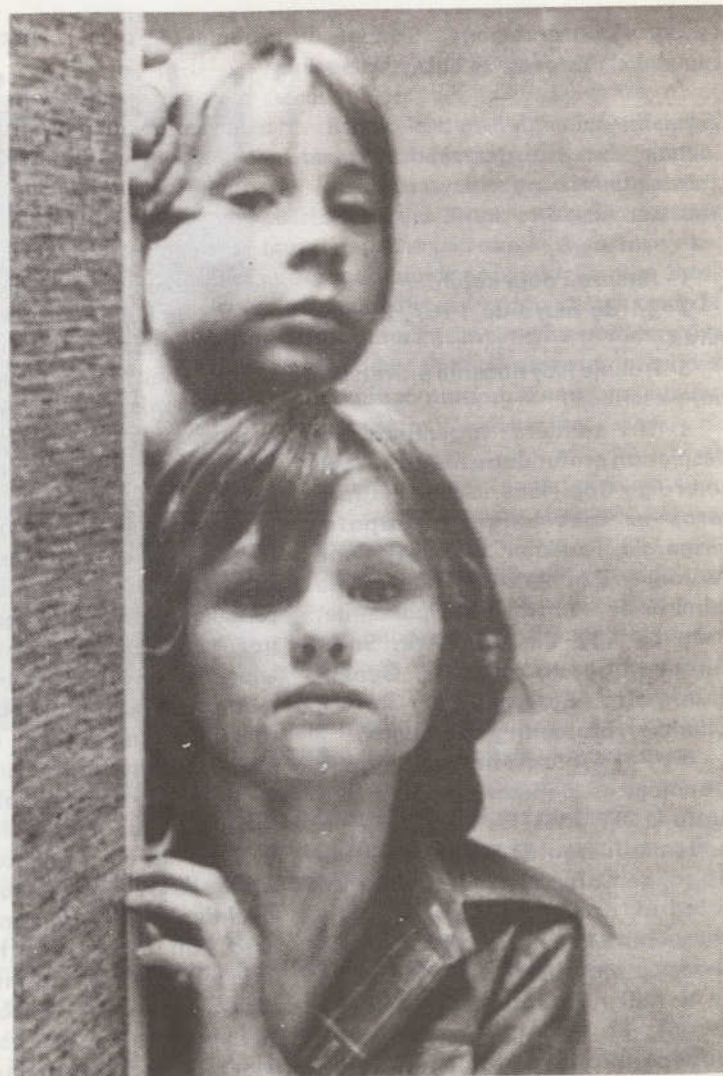
A nadie le importó que nos hicieran firmar a todos el libro de disciplina. La vicedirectora se había cansado de pedir silencio. Gritábamos, zapateábamos, las chicas aplaudían, nosotros golpeábamos las carpetas contra los bancos. Algunos hasta se abrazaban como si le hubiéramos hecho un gol al séptimo de la mañana. Era Marisa que volvía a la escuela. Volvía para estar de nuevo con "sus chicos".

Marisa había llegado por primera vez el año anterior para hacerse cargo de las horas de Lengua y Ciencias Sociales. La maestra titular estaba con licencia por embarazo. Marisa llegó cuando las clases ya habían empezado hacía dos semanas. Lucía, la de matemáticas, nos daba las dos primeras horas y después nos llenaba de tareas para el resto del día. Así y todo no la pasábamos tan mal: teníamos dos horas de clases sin maestra, salvo cuando venía la vice (muy rara vez) o la vieja Lucía para gritarnos por los líos que armábamos. Mi grado ya desde quinto era famoso en toda la escuela por ser el más desastroso. En cuarto hicimos renunciar a la maestra y todos los años hay reuniones de padres una vez al mes. Siempre nos terminan mandando en patota a la psicopedagoga pero no hay caso: somos lo peor de la 38.

A Marisa, antes de conocerla, ya sabíamos que le íbamos a hacer la vida imposible. Y cuando llegó para hacerse cargo de las dos últimas horas con diptongos y oraciones unimembres, todos, los chicos y las chicas (especialmente Florencia que era la tercera más linda de sexto grado pero que era la que a mí más me gustaba) estábamos de acuerdo en que a ésta también la íbamos a hacer renunciar. Al principio parecía un poco idiota, con ese tonito cariñoso y siempre sonriente. ¿Una semana?, ¿dos? ¿Cuánto tiempo iba a soportarnos antes de salir corriendo? Una semana, a Marisa le bastó una semana para que todos los varones cayéramos enamorados como estúpidos y todas las chicas se decidieran a estudiar para maestras cuando terminaran la primaria. Querían ser como Marisa. Pero Marisa era única. Ni siquiera Flor podría ser como ella.

A Marisa no le molestaba nada. O casi nada. No nos dejaba pelearnos, ni insultarnos, ni maltratar a las chicas.

Nunca nos retaba delante de la clase. Si alguno se mandaba cualquiera nos llevaba al pasillo y nos retaba en voz tan baja que había que



acercarse mucho para oírlo. Su voz, en esos casos, era tan suave pero tan terminante, tan firme que la vez que me retó casi me pongo a llorar. Ella se tuvo que haber dado cuenta de que estaba al borde de las lágrimas porque me pasó la mano por la cabeza despeinándome el flequillo (yo sentí un frío que me recorría de la punta de los pelos a las uñas de los pies, se me puso la piel de gallina) y después me abrazó. ¿Cuánto duró realmente el abrazo? Dos segundos, tres, un poco más. ¿Entonces por qué sentí como si ese abrazo hubiera durado siglos y se hubiera quedado pegado a mí? Si me concentro puedo sentir su cuerpo blando, su perfume

tan rico, su aliento mientras me decía: "Ay, Julián, vos sos el más bueno de mis chicos".

Las dos maestras eran el día y la noche. Lucía cada vez nos trataba peor y nos seguía llenando de deberes para el hogar. La odiábamos, vieja culona ("la rompe-inodoros", el sobrenombre se lo puso Florencia). En cambio, Marisa parecía una actriz de película, era mucho más joven que la mamá de Ricky que era la más joven de nuestras madres. Marisa era una genia, todo lo que hacía era maravilloso.

Una vez, al comienzo, Ricky y Anibal se refan mientras ella nos dictaba. Dejó de dictarnos. "Ricardo y Anibal" dijo, "¿puedo saber de qué se refen?". "De nada, seño", dijo Ricky, "Anibal me estaba contando un chiste". "¿Por qué no lo contás?". "Es que es un chiste verde, de Jaimito" dijo Ricky haciéndose el piola. "Son mis favoritos" dijo la seño y el zafado de Ricky lo contó. Yo no me hubiera animado. Cuando terminó todos nos reímos pero era una risa nerviosa; ya lo veíamos a Ricky en dirección. La seño se había sonreído. "Bien" dijo, "¿alguien más tiene algún chiste para contar?". Silencio. "¿No?, bueno, voy a contar uno yo, entonces". Y nos pasamos el resto de la hora contándonos chistes. Lo más genial es que cuando Rafael se safó y contó el de Jaimito (ese que la maestra lo lleva a Jaimito a la casa y terminan acostados juntos y desnudos y Jaimito le dice si le puede tocar el ombligo con el dedo y ella le dice que sí y luego le dice "Jaimito, eso no es mi ombligo" y Jaimito le contesta "y esto tampoco es mi dedo, señorita"), todos pensamos que por lo menos lo iba hacer firmar el libro pero no. Además se rió a carcajadas. El dictado lo siguió al día siguiente y cuando nos dio un listado de palabras para buscar en el diccionario como tarea, no hubo nadie que se quejara.

Creo que la seño de matemáticas odiaba a Marisa. En cambio, ella hacía como si la otra no existiera, como si nuestra única maestra fuera ella y nosotros sus únicos alumnos. Pero no era así porque en las dos primeras horas ella tenía a séptimo. Los chicos de séptimo estaban también locos con Marisa. Tal vez porque eran un año más grande que nosotros, ellos incorporaban a nuestras charlas de recreo algunas cosas en las que nosotros empezamos a fijarnos a partir de sus comentarios. "¿Vieron", nos decían, "que usa polleras re-cortitas?" Y nosotros sonreíamos como tarados y decíamos que sí aunque nunca nos habíamos fijado en ese detalle. "¿Vieron", insistían, "cuando se cruza de pieernas (no sé por qué estiraban esta palabra casi gritando)? ¡Qué piernas y qué tetas. ¿Vieron que tiene unas tetas así?", exageraban, "un día se le van a escapar del guardapolvo". Uno de séptimo, el idiota agrandado de Gonzalo, llegó a decir que cuando se cruzaba de piernas le pudo ver la bombacha. "Blanca" agregaba mientras la mayoría aullaba y se agarraba la cabeza y una pequeña minoría lo mirábamos con cara de no te creo. Lo cierto es que a partir de entonces nuestros ojos, durante dos horas de clase, no hacían otra cosa que buscar el cuerpo de la seño de Lengua detrás del escritorio maldito y del guardapolvos amarrete.

La seño, por suerte, no se daba cuenta de nada. Habría sido terrible si nos hubiera descubierto espionando. Creo que, a pesar de lo buena que era, nos habría echado a todos de la escuela. Yo, para espionarla, tenía un lugar buenisimo:

me sentaba en la fila del medio (o sea, a la altura del escritorio), cuarto banco. Nacho y yo nos sentamos juntos, los únicos varones de la fila (Mariano y Pepino intentaron, inútilmente, negociar con Laura y Camila para cambiarse al banco de adelante nuestro). El escritorio era de esos que no están tapados al frente (en realidad, estaba tapado pero el año pasado lo rompieron los que estaban en séptimo) y permitía ver, esforzándose un poco, lo que había detrás. En este caso, las piernas de la seño. Y era cierto: usaba polleras cortas. Polleras que se achicaban más cuando se sentaba y aún más cuando cruzaba las piernas. De pie, el guardapolvos la tapaba hasta debajo de las rodillas. Sentada, el guardapolvos se abría un poco y aparecían las rodillas y el borde de la pollera o el vestido. Y cuando se cruzaba de piernas, ahí sí, cuando se cruzaba de piernas se me secaba la garganta, el corazón correteaba como un avión a punto de levantar vuelo (algo que, por otra parte, hacían otras partes de mi cuerpo), el mundo de alrededor desaparecía y quedaban sus piernas. El momento más glorioso era cuando se descruzaba de piernas; en ese momento, si se estaba atento, se podían ver unos centímetros más de muslos, la parte interna de una de las piernas pero no más. Gonzalo, el de séptimo, mentía. No se le veía la bombacha. Al menos ni Nacho ni yo la vimos. Los demás chicos del grado nos envidiaban y nos pedían que le contáramos con detalles cómo eran las piernas de Marisa. Nosotros siempre contábamos lo mismo pero no importaba. Querían volverlo a escuchar.

Pero yo, Julián, el chico más bueno del grado según ella, un día me animé a más. Espiar las piernas no era suficiente. Así que cuando un día me llamó al frente (llamaba a todos porque estaba corrigiendo unas pruebas e iba comentando las correcciones con el dueño de la hoja) vi mi oportunidad de espionar lo otro: las tetas. Yo estaba de pie, a su costado, ella leía mi prueba, corregía faltas de ortografía, yo miraba la hoja, sabía que a veinte centímetros, más o menos de la hoja estaba su guardapolvo con el primer botón desabrochado (siempre lo usaba así), sólo tenía que correr los ojos pero no. No podía, los ojos me pesaban, parecían anclados en la hoja, sentía que si los movía el ruido iba a ser tal que la seño me descubriría mirándola. Hice un esfuerzo. Llegué al borde de la hoja, a acercarme a su ropa, pero no pude más. Mis ojos volvieron a su mano que se paseaba sobre mis oraciones. Hice un esfuerzo mayor. Creo que transpiraba. Me pasé la mano por la frente y ese gesto (ocultar mis ojos detrás de la mano) me permitió llegar a donde quería. Fue sólo un segundo. Mis ojos volvieron a la hoja. Un segundo pero suficiente para descubrir el comienzo de sus tetas que aparecía debajo del guardapolvo. Ahí me acordé de cuando me retó y me abrazó: esa parte blanda y mullida de su cuerpo, ahora lo descubría, eran sus tetas.

Cuando volví a mi banco me temblaban las piernas. Y no era por el diez que me había sacado. Es más: recién me di cuenta de que me había sacado diez en el recreo. Cuando me dieron la manteada.

Hubieran sido las vacaciones de invierno más aburridas de la historia si no fuera por algo que ocurrió. Tanto el aburrimiento como la historia rara que me pasó tuvieron una misma causa: Marisa. No veía la hora de volver a verla. Me parecía horrible pasar quince días sin escuchar su voz dictándonos o explicando

algo. Los días de lluvia escribía su nombre en el vidrio de mi ventana. Lo mismo había hecho con Florencia el invierno anterior. Así pasaban los quince horribles días hasta que pasó lo que pasó.

Yo tengo dos primos más grandes: Ramiro (tenía trece para catorce) y Gustavo que iba a cumplir trece. Un miércoles quedamos en ir al cine. Hacía más de un año que me dejaban ir con los otros dos al centro solos. Ibamos de tarde al cine, a los videojuegos y sábados por medio a la cancha de Victoriano Arenas que queda cerca de casa. Ese miércoles fuimos a ver *Pesadilla en lo profundo de la noche Parte III*. Ya habíamos visto la uno, nos perdimos la dos pero igual queríamos ver qué pasaba con Freddy que era nuestro ídolo.

Teníamos miedo de que nos rebotaran en la entrada. Los tres parecíamos de trece años o más pero si nos pedían el documento sonábamos. Pero pasamos sin problema. Entramos y ahí estaba el genial Freddy Kruger y la pobre Nancy, de la que yo me había enamorado cuando vi la primera parte. Pero

esta vez mi amor fue a parar a otro personaje, a una enfermera rubia y enorme como una diosa que aparecía desnuda. En esa escena mis ojos, como en los dibujos animados, se soltaron y golpearon la nuca del que estaba sentado delante nuestro. Era la primera vez que veía a una mujer tan desnuda. Qué im-

portaba que después se transformara en Freddy. No debía haber nada más grandioso que poder tocar una mujer así.

A la salida del cine fuimos a comer algo. Hacía rato que había oscurecido del todo y el frío era insoportable. El lugar, ubicado en una esquina, tenía dos entradas: una por la avenida y otra por la calle lateral. Entramos por la principal, nos sentamos en una mesa del costado y nos pedimos tres submarinos con churros rellenos de dulce de leche. Los tres estábamos de acuerdo en algunos puntos: 1- esta *Pesadilla* era mejor que la primera; 2- Nancy estaba vieja y ya no era lo que había sido y 3- la enfermera era la mujer más hermosa y con las mejores tetas que hubiéramos visto nunca.

Casi me atraganto con un churro cuando vi a Marisa. La señora estaba sentada sola en diagonal y medio de espaldas a nosotros pero le hubiera bastado girar un poco la cabeza hacia su derecha para verme. Pero ella tenía la vista perdida en un punto que estaba delante suyo y cada tanto miraba hacia la calle por la ventana que tenía a su costado izquierdo. En un momento dudé: ¿era ella o no? Era. Sí, era Marisa. No había dudas. Mi vista era excelente y si algo podía reconocer a mil metros era a Marisa. A pesar de que no estaba vestida como cuando iba a la escuela.

Esta vez sí tenía una pollera re pero recontra-

re-cortita. Todo lo que no había podido ver en meses lo estaba viendo en ese momento. Las piernas eran largas y parecían bronceadas pero seguro que eran las medias las que daban ese color. Tenía una blusa que debía ser escotada pero que desde mi posición no podía confirmar. Eso sí, así de costado, viendo cómo se dibujaban en la blusa creo que no tenía nada que envidiarle a la enfermera. A pesar de la luz difusa noté que tenía los labios tan rojos que parecían sangrar. Pero había algo que me pegó muy fuerte: fumaba. Nunca había pensado que Marisa pudiera fumar. Se llevaba el cigarrillo a la boca sin desviar sus ojos de la nada y largaba el humo que se perdía alrededor de ella. En la mesa tenía un vaso con una bebida a medio tomar y nada más.

En un momento pensé en ir a saludarla pero la sorpresa me había paralizado. Ramiro y Gustavo hablaban de fútbol y los oía aunque no registraba nada. Podía haberles dicho que aquella mujer era mi maestra de Lengua pero no me salían las palabras. Pensé en Gonzalo, en el agrandado de

Gonzalo que se las sabía todas. Sentí como una especie de alegría al ver que él nunca había visto a Marisa como yo la estaba viendo en ese momento. Pero yo no era el único que la observaba.

En la barra había un tipo que también la miraba. Tenía la vista fija en ella

que seguía mirando hacia adelante sin ver a nadie. El tipo, de a ratos, tomaba su whisky (el vaso era de esos en los que se sirve whisky). Primero pensé que él también la debía conocer de la escuela, de alguna escuela, y que, como yo, no se animaba a saludarla; después me di cuenta de que estaba pensando estupideces. Y el no saber de dónde la conocía (si es que la conocía, algo muy probable viendo cómo la miraba) me produjo un odio enorme, ganas de ir y reventarlo a trompadas (con la ayuda de Gus y Ramiro, por supuesto). Pero antes de que me decidiera a revolearle una taza por la cabeza, el tipo se levantó y con el vaso de whisky fue hacia la mesa de Marisa. El tipo le dijo algo que no pude escuchar; ella (sorprendentemente para mí) le sonrió y él se sentó frente a ella. Charlaron un rato, no mucho. Ella, al principio, y a pesar de la sonrisa, parecía distante. Pero en unos pocos minutos, todo su cuerpo pareció cargarse de una ternura extraña, como cuando te abrazaba después de retarte. El tipo llamó al mozo y pagó.

Se pusieron de pie. La mini era re-mini. Se puso un tapado negro que la cubrió hasta los talones. Tomó su cartera y salieron por la puerta del costado. Borearon el bar y pasaron por delante de donde estaba nuestra mesa. Ella hundió las manos en los bolsillos del tapado. Sus ojos

brillaban, sus labios se abrían en una sonrisa color rojo incendio. Fue un segundo o menos (yo estaba paralizado): nuestras miradas se cruzaron. Ella pareció no registrar nada, no hizo ningún gesto, no desvió los ojos, siguió como si no me hubiera visto. El paró un taxi y se fueron.

En la escuela no conté nada. Ni a los chicos del grado, ni a Florencia, ni a los de séptimo, ni a nadie. Yo, por lo pronto, ya no espiaba por debajo del escritorio. Sentía vergüenza o algo parecido. Marisa seguía como siempre. Ahora hacíamos actividades de taller, tanto en Historia como en Lengua. En Lengua era muy divertido porque podíamos hacer cualquiera. Con Nacho empezamos a hacer una historieta. La idea se le ocurrió a él. Se llamaba "El Preservativo Justiciero". Todo empezó porque un día vinieron del Ministerio para darles a los chicos de séptimo una charla sobre sida. Marisa quería que nos dieran una charla también a nosotros pero los del Ministerio decían que éramos muy chicos. ¡Si yo con el peti Aguilera me llevo nada más que tres meses! Al final, la charla la dio ella y fue mejor así.

Nos explicó un montón de cosas de sexo. Unas cuantas ya las sabía, otras las aprendí en ese momento y seguí sin entender la mitad de todo lo que dijo. En un momento, de su cartera sacó un sobrecito de plástico. Nos dijo que eso era un preservativo, profiláctico, condón o forro. Nos explicó que servía para prevenir el sida y que todos los varones tenían que usarlo cuando mantenían relaciones sexuales. Lo hizo pasar banco por banco y después abrió el sobre y lo estiró. Era una especie de bolsita. Después lo guardó en la cartera. Todos quedamos asombrados y, no sé por qué, felices.

El asunto es que, a partir de esta charla de la señora, a Nacho se le ocurrió la idea del Preservativo Justiciero. El Preservativo Justiciero era el defensor de los enamorados en Hoda City. Debía combatir contra el maligno doctor Sida y su ayudante, el enfermero Aguja Oxidada, que se entretenía en pinchar preservativos. El Preservativo también tenía un ayudante: Forrín, el chiquitín, que era como él pero más chiquito. El dibujo de la historieta lo hice yo.

Cuando en la clase contamos el argumento todos se rieron, incluida Marisa. Yo me sentía como si hubiera hecho un gol contra el sexto de la mañana. Cuando en el recreo se nos acercó Flor para que le contáramos más de "El Preservativo Justiciero", cuando se agregaron Gonzalo y otros de séptimo para saber qué era eso, sentí que también Marisa debía de estar impactada con nosotros. Conmigo.



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Laboratorio de Idiomas

Cursos de Verano (Febrero y Marzo)

INGLES, FRANCÉS, ALEMÁN Y ESPAÑOL PARA EXTRANJEROS

Inscripción 25 de Mayo 221 P.B.

1 y 2 de febrero 9-12 15-19 hs.

Aranceles preferenciales a estudiantes

decía: "pueden ser tus hijos" pero mentía porque debían tener quince o dieciocho años. "Chicos -nos dijo la que nos paró- ¿no quieren aportar a la campaña contra el sida?". Nos pidió dos pesos a cada uno y a cambio nos dio un preservativo ante la risa de la otra que nos miraba. "Cuidense, chicos -nos dijo mientras nos daba los sobrecitos-, ustedes que todavía son jóvenes."

A Nacho se le ocurrió al toque incluir en la historieta una chica, como la que encontramos, que vendía preservativos electrónicos. Así los enamorados, en caso de peligro de un ataque del Doctor Sida, podían llamar al Preservativo Justiciero. "Ya sé -seguramente imaginando Nacho-, los enamorados, como gesto de amor, le regalaban a sus novias preservativos en vez de flores o bombones. Llego a casa y ya lo escribo". Estuvo de acuerdo.

Yo llegué a la mía. Por suerte no había nadie. Quería ver bien y tranquilo el preservativo. Me metí en el baño. Rompí el sobrecito. Saqué el forro. Era medio asqueroso de tocar. Tenía aceite o algo parecido. Era largo. "Con que esto es lo que el hombre se pone en el pito". Calculé, por el largo y por el ancho, cómo la iba a tener cuando fuera grande. Ahora no llegaba ni a la mitad. Me acordé de Marisa cuando lo sacó de su cartera y nos explicó para qué servía. Intenté ponérmelo. Me acordé de una camisa que me había regalado la tía Helena: así de grande me quedaba el forro, necesitaba varios talles más chicos. ¿Habría distintos tamaños? ¿Qué pasaba si no me llegaba a crecer tanto? Se movía todo. Traté de ajustarlo haciendo un movimiento giratorio. Como en una pantalla volví a ver y a sentir a Marisa cuando nos leía la historia del chino y el espejo. Me acordé de ella en la confitería, veía sus piernas, su mini, sus labios, el perfil que dibujaba su pecho; la veía fumar, la veía hundir sus manos en el abrigo, veía su sonrisa, su mirada en mis ojos. No sé por qué pero me asusté. Algo raro estaba pasando. Me saqué el forro. Esperé a que todo volviera a su tamaño natural, me puse el pantalón y salí. Guardé el forro dentro del manual de quinto. Por suerte, ya no estaba aceitoso.

* * *

La noticia cayó como una bomba. Era una tragedia para todos. La maestra titular de Lengua había tenido su hijo y volvía a hacerse cargo del grado los dos últimos meses de clase. Las chicas lloraban, hasta Florencia que nunca la había

visto llorar. Nosotros juramos hacerle la vida imposible a la que volvía. "Le cortamos el hijo como si fuera un matambre" propuso Ramiro. Sólo nos quedaba una semana con Marisa. Ella también estaba mal. Nos llamaba a cada rato "mis chicos" y nos decía que lo más hermoso que le había pasado en estos años era habernos tenido a nosotros. Que nadie le había dado tanto amor. Algunos padres se quejaron por el cambio faltando sólo dos meses pero no hubo caso. El último día la llenamos de regalos. Entre todos le habíamos comprado un pullover gordo rosado. Después cada uno le hizo su propio regalo: redacciones, aritos, pulseras, un libro, dibujos. Nacho y yo adelantamos cuatro capítulos de "El Preservativo Justiciero" y se los dimos en una carpeta. Nos besó y nos abrazó. Yo le di otro paquetito envuelto en papel regalo con un moñito que había encontrado en casa. Le dije que lo abriera cuando ya no estuviera en la escuela. Me miró sorprendida pero lo guardó en la cartera. Me volvió a besar y a abrazar. Me dijo que yo era su alumno más querido. Me dijo también otra cosa pero no entendí qué me quiso decir.

Nacho me preguntó qué le había regalado. "Unos posavasos que encontré en casa", mentí. Había envuelto el estuche de un perfume. Adentro puse una bolsita y una carta. Dentro de la bolsita puse el preservativo bastante maltratado a esa altura de los hechos. No sólo era mi primer preservativo. También era mi primera carta de amor.

* * *

Sexto grado terminó sin pena ni gloria. La nueva-vieja maestra de Lengua, Graciela, fue lo suficientemente buena como para que no hiciéramos salamín en rodajas con su hijito. Séptimo lo empezamos con las mismas maestras: Graciela en Lenguas y Ciencias Sociales y Lucía en Matemáticas y Ciencias Naturales. No sé si fueron nuestras maldiciones, si nuestros deseos eran tan fuertes o tan sólo fue una casualidad pero Lucía tuvo un accidente. La atropelló un auto: tres meses de reposo, por lo menos. La vice nos anunció que en su lugar iba a venir Marisa. "Ustedes ya la conocen" agregó inútilmente. Ya nadie la escuchaba. Nuestro griterío, los aplausos de las chicas y nuestros carpetazos contra los bancos se oían hasta en el jardín de infantes.

a los piojos del Instituto Vocacional de Arte, Sede Garay, grupos B1 y C4 (1992)

Identikit

1- Sergio S. Olguín

2- 29-1-67, Capital Federal

3- Soy periodista. Actualmente me dedico a la edición de revistas alternativas y a la crítica literaria.

4-Lista incompleta y casi de escritura automática. Nacionales: Cortázar, Martínez Estrada, Alberto Vanasco, Rodolfo Walsh, Fontanarrosa, Fogwill, Piglia, Gandolfo, Viñas David, Gabriel Báñez, Juan Gelman, Alejandra Pizarnik y todos los poetas de la generación del '50, especialmente Trejo, Bayley y César Fernández Moreno. Extranjeros: Beckett, José Emilio Pacheco, Ian McEwan, Marguerite Yourcenar, Calvino, Augusto Monterroso, Böll, Pavese, Vonnegut, Philippe Djan, T.C. Boyle, Stephen Vicinczey, John Berger, Georges Simenon, Witold Gombrowicz y toda la literatura puertorriqueña, especialmente Luis Rafael Sánchez, Ana Lydia Vega y Luis López Nieves. Ah, y Boris Vian.

5- Si bien de chico era fanático de Verne y Salgari, los libros más importantes de esa época fueron *Hombrecitos* de Louise Alcott y *Fabiola* del Cardenal Nicolás Wiseman. A los 15 leí *Sobre héroes y tumbas* y nunca (antes o después) un libro fue tan importante para mí. Por supuesto, a los 17 aborrecía a Sábato gracias a los buenos oficios de otras novelas: *Rayuela*, *Las tumbas de Medina*, *El extranjero* de Camus, y dos fundamentales: *El otoño del patriarca* de García Márquez y *Respiración artificial* de Ricardo Piglia, que es, junto a *Libro de Manuel* de Cortázar y *La espuma de los días* de Vian, uno de los tres libros que más quiero. Después encontré otros libros y otros autores que me gustaron pero ninguno con la pasión que despertaban esas novelas en el período que va de los 15 a los 18. Últimamente, los libros que más me pegaron fueron *Lila y Flag* de John Berger y *Los Bajos del Temor* de Vladí Kocianchich.

6-Desde que me saqué un "10 felicitado" por una redacción en tercer

grado pensé que la cosa podía ser interesante. Pero creo que nunca me hubiera dedicado en serio a la literatura y al periodismo si no fuera por los buenos oficios de Gloria Pampillo que me alentó siempre y lo sigue haciendo. Otros momentos importantes fueron la Primera Bienal de Arte Joven y la aparición de *Con V de Vian*. También existe el movimiento contrario: a veces, cuando me deprimó (o me persiguen los acreedores) pienso que voy a mandar todo a la mierda y voy a poner un video club en Lanús.

7- Escribo en computadora, habitualmente, de noche. En realidad, habitualmente no escribo. Siempre tengo alguna excusa para no escribir y sólo lo hago cuando tengo muchas ganas. Contarles las ideas de cuentos o de novelas a mis amigos me suele despertar dichas ganas.

8- Estoy terminando mi primer libro de cuentos, *Las griegas*. Tengo pensado un segundo volumen llamado (provisoriamente) *Juegos electrónicos*, tengo ganas de escribir un par de novelas para divertirme y un libro de ensayos literarios o algo parecido. Salvo *Las griegas*, todo lo demás está muy verde.

9-Tengo una especie de lectora oficial: Karina Galperín. Ella es la primera víctima de mis cuentos. Sus comentarios y correcciones (que suelo aceptar sin discutir) terminan de darle forma a los textos. No es para nada una lectora complaciente ("El preservativo..." no le gustó) y mucho menos delicada (suele reírse a carcajadas ante cualquier error mío e insultarme de la manera más guaranga posible) pero es atenta y sensible, cualidades que agradezco. Mis amigos (algunos incluidos en esta antología) suelen ser las siguientes víctimas.

10- Haber crecido (y seguir viviendo) en Lanús, el final de la dictadura, la revista *Humor* (del '80 al '83), la carrera de Letras ('85 al '90, aproximadamente), la vida de Boris Vian, algunos libros (*Filosofía* y *Nación* de

Feinmann, *La formación del pensamiento nacional* de Hernández Arregui, *El manjar de los dioses* de Jan Kott, *Todo o nada* de María Seoane), la tele en general, varias películas, algunos amigos, un par de chicas.

11- Todos los discos de los Redonditos de Ricota, todos Los Beatles, (casi) todos los que participó Charly García, *Causa y azares* de Silvio Rodríguez, *Pearl* de Janis Joplin, el *Adagio* de Albinoni, *No quiero lo que no tengo* de Sidnead O'Connor, *Riff en acción*, *Putá's Fever* de Mano negra, *Música del Medievo* y el *Renacimiento* por el Promúsica de Rosario (especialmente los temas sacros) y las bandas de sonido de *De prisa, de prisa*, *La Rosa* y *Hasta el fin del mundo*.

12- *Betty Blue* (Jean-Jacques Benneix) ante todo. Y después: *Sombras del paraíso* (Marcel Carné), *Kaos* (Hnos. Taviani), *De prisa, de prisa* (Saura), *Pesadilla I* (Craven), *Los canibales* (Oliveira), *Ultimo tango en París* (Bertolucci), *Más extraños que el paraíso* (Jarmusch), *Noches salvajes* (Collard), *Una noche en la Opera* (con los Hermanos Marx), *Nos habíamos amado tanto* (Scola) y casi todas las películas de Woody Allen.

13- En el año '92 enseñé literatura a dos grupos de chicos de 10 y 8 años respectivamente. Se la pasaban haciendo quilombo y yo con ellos (duré sólo cuatro meses como "profe"). La única manera de calmarlos era permitirles contar chistes verdes, organizar ataques comandos a la biblioteca (eran excelentes lectores) y dejarlos hacer lo que quisieran. Dos chicos de ocho me dijeron si podían hacer una historieta que se llamara "El preservativo justiciero". Mientras esquivaba una lapicera y trataba de hacer bajar del escritorio (a los empujones) a una nena que cantaba "Like a virgin" me pregunté cómo hubiera reaccionado si me hubiera cruzado con un forro ya no a los ocho años sino a los once o doce. Así nació el cuento.

iComputadoras!

Las mejores máquinas, los mejores precios

Con todos los programas que necesites

Te enseñamos a manejarlos

327-2434

Ad Majorem Dei Gloriam

POR GONZALO CARRANZA

Soy sacerdote porque soy vanidoso. Más de diez años con los jesuitas me han enseñado que esta afirmación no debe avergonzarme; de todos los medios se vale El Señor para elegir a sus ministros, aún de nuestras debilidades. Y eso fue, justamente, lo que quise demostrar cuando elegí la conversión de San Ignacio como tema para mi último trabajo en el seminario. La historia dice que nuestro fundador, después de caer herido en una pierna defendiendo la ciudad de Pamplona ante los ejércitos franceses, decidió abandonar el mundo y dedicarse a predicar el evangelio conmovido por una serie de hagiografías y una vida de Nuestro Señor que leyó luego de que la devota familia que lo cuidaba le negase las novelas de caballería que eran, en esa época, los únicos libros que soportaba. Ahora bien, lejos de negar la verdad de los hechos lo que me propuse fue otra interpretación. No fueron las lecturas piadosas las que transformaron a Ignacio sino al revés. El empecinamiento de nuestro fundador hizo que leyera las vidas de santos como si fueran novelas de caballería y encontrase en el espíritu un campo de batalla aún más glorioso que aquel que su pierna tullida le negaba. Toda nuestra espiritualidad, repleta de alusiones militares, nuestra organización y aún nuestro nombre son la consecuencia de ese mal entendido.

Una semana después de entregar el trabajo, el Padre Avila, que en ese entonces era el director de estudios del seminario, me mandó llamar a su despacho.

-Según tu tesis Ignacio no es más que la versión vasca del Quijote- dijo después de un largo silencio- Tu argumentación es puramente retórica, no deja lugar ni para la gracia ni para el milagro; sólo muestra el despliegue de la voluntad humana, y de una voluntad mal orientada, para colmo.

Fue inútil discutir. El Padre Avila con una sola frase había demostrado la frivolidad de mis argumentos.

El año siguiente a mi ordenación Avila fue promovido a Provincial de la compañía en Argentina y quiso que yo fuera su secretario personal. No pude menos que recordar la entrevista que habíamos sostenido; en el fondo la tesis le había gustado.

Mi trabajo era muy simple. Todas las mañanas después de rezar las horas, en lugar de desayunar con el resto de la comunidad me reunía con él para revisar la correspondencia y ordenar la agenda diaria.

La historia que voy a contar comienza una

de esas mañanas. Nada que mereciese nuestra atención había sucedido esa semana pero, cuando dejé la capilla y vi que el Padre Avila, en lugar de esperarme en su despacho, avanzaba hacia mí atrevezando con pasos rápidos los rayos de sol que entraban perpendiculares por los vitrales del pasillo, supe que ese día iba a ser diferente. En el momento en que nos cruzamos hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañase. Casi corriendo salimos del edificio y entramos al estacionamiento.

El padre Avila subió al auto sin pronunciar palabra. Estaba pálido y demacrado. Pensé que la artritis que le inutilizaba las manos se estaba extendiendo también hacia la cara.

Nuestra residencia está ubicada en un suburbio de San Miguel que alguna vez fue residencial y que, ahora, desde que comenzaron los atentados nacionalistas, está completamente deshabitado y custodiado por el ejército.

Siguiendo las indicaciones del provincial tomé la ruta 8 hasta un ramal de tierra que desemboca en el Parque Itatí, un barrio de casillas de chapas que yo conocía muy bien porque allí había enseñado catecismo en mis primeros años de seminarista.

Después de recorrer varias cuadras nos detuvimos frente a la única casa de ladrillos de la zona, una construcción cuadrada como una caja de zapatos, que tenía pintada en el frente un paisaje tropical con mujeres y palmera. La imagen era tan grotesca que supuse que habría sido pintada así a propósito para no despertar en los clientes ilusiones que luego la confitería -como llaman por aquí a este tipo de lugares- no podría satisfacer.

En la puerta nos esperaba una mujer alta y delgada, vestida con una bata celeste. Tenía el pelo teñido de un rojo tan intenso que recordaba al cobre. El Padre Avila la saludó con un sonido parecido a la tos y, después de atravesar una cortina formada por infinitas tiras plásticas de distintos colores, entramos a una habitación de paredes lilas. En el interior había un grupo de mujeres y un hombre vestido con un traje gris gastado.

- El comisario Bermúdez, mi ayudante el Padre Veglio- Dijo Avila mecánicamente.

El policía extendió el brazo pero en lugar de saludarme señaló uno de los rincones de la habitación. Allí, sobre el elástico de una cama de hierro, podía verse la figura de un cuerpo tapado por una sábana. El Provincial levantó la sábana y, de repente, aparecieron los ojos abiertos del Padre Maza, el



parroco de Parque Itatí. "Bajarle los párpados sería un gesto de piedad", fue lo único que pensé en ese momento; pero antes de que pueda moverme Avila soltó la tela y la cara helada del padre Maza volvió a desaparecer bajo la sábana blanca.

-Estaba conmigo... -dijo una chica morocha que llevaba una minifalda naranja.

-Un inoportuno ataque al corazón -interrumpió el policía sin poder ocultar una sonrisa-. En cuanto nos enteramos decidimos avisarles; no tienen que preocuparse, diremos que murió en la calle cuando iba a visitar a un enfermo.

Salimos de la casa sin hablar y subimos al auto. Antes de arrancar el policía se inclinó junto a la ventanilla para arreglar con el Provincial algo referido a una ambulancia. La mujer del pelo rojo también se agachó, los pliegues de su bata se abrieron y vi entre sus pechos un medallón con la imagen de Yemanya, una divinidad del sincretismo brasileño.

En los días que siguieron al entierro del Padre Maza me fue imposible fijar la atención sobre las cosas. Con el Provincial habíamos establecido un tácito pacto de silencio que implicaba no mencionar nunca entre nosotros las circunstancias de la muerte de nuestro compañero como si el otro no estuviera al tanto del secreto. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, los rumores se extendieron como una mancha de aceite empañando el recuerdo de uno de los sacerdotes de la compañía que más predicamento había ganado en la zona. El mismo Provincial siempre se había referido a él con expresiones elogiosas, aunque, probablemente, estuviesen infladas por esa veneración que los sacerdotes que ocupan importantes puestos administrativos se obligan a sentir por aquellos que nunca salen de sus parroquias.

En mis clases -los días de semana enseñé religión en nuestro colegio del centro- las cosas no mejoraban. Me distraía constantemente y para ocupar la totalidad de la hora no tenía otro recurso que llamar a los alumnos a dar lección.

No había pasado todavía un mes desde la muerte de Maza cuando un mediodía, al volver del centro a San Miguel, vi a la chica de la minifalda naranja parada al costado de la ruta cumpliendo con lo que supuse sería su trabajo habitual. Inmediatamente frené el coche junto a ella. La chica subió y yo aceleré a toda velocidad.

- No quiero ir con usted -dijo en cuanto me vio.

- Solamente quiero saber que pasó -dije sin apartar la vista del camino. El sol rebotaba contra el asfalto y me daba de lleno sobre los ojos. Sentía que borbotones de sangre me golpeaban la nuca. La chica no contestaba.

- Quiero saber qué pasó - repetí gritando y le di una bofetada en la cara. El golpe sonó como un latigazo y el eco de sus vibraciones tardó una eternidad en apagarse. La vergüenza no me dejó seguir hablando. Acerqué el coche a la banquina y, antes de que se detenga, la chica abrió la puerta y saltó.

Llegué al comedor unos minutos antes de que terminase el almuerzo. En las últimas palabras del lector reconocí la parábola de los talentos. Comí sin ganas pero demorándome en cada bocado como, supongo, deben hacerlo los condenados a muerte. La siesta se me presentaba como una amenaza, hacía semanas que tenía insomnio y pasaba las horas revolcándome entre las sábanas. Cuando estaba subiendo las escaleras rumbo a mi habitación me detuvo el Hermano Gómez, el portero de la casa, para avisarme que me llamaban por teléfono. En el tubo reconocí la voz de Luis Laborde, un cordobés que había cursado casi todo el seminario conmigo y que ahora es capellán en el hospital de San Miguel.

- Acaba de entrar una chica muy grave y lo

único que quiere es hablar con vos -dijo.

-¿Qué le pasó?

- La balearon desde un auto.

Colgué el teléfono, corrí al estacionamiento y sin pensar lo dos veces salí a la ruta. Al llegar a la curva de las piletas tuve que detenerme detrás de una larga fila de coches. Un viejo Chevrolet atravesaba el camino y un grupo de hombres armados pedían una colaboración forzosa a los automovilistas. Evidentemente al gobierno le iba a ser cada vez más difícil ocultar el clima de guerra civil en el que estábamos viviendo.

Una hora estuve demorado en ese embotellamiento y cuando por fin llegué al hospital la chica ya se había muerto.

-La verdad es que nadie sabe bien lo que pasó -dijo el cordobés mientras caminábamos por el pasillo de la guardia-. Ella trabajaba en un boliche del Itatí pero la policía dice que hace más o menos un mes que lo desmantelaron.

Sugerí que tal vez había muerto a causa de una bala perdida pero mi amigo no dio ningún valor a esa hipótesis. Lo dejé reflexionando en voz alta sobre la violencia y volví al coche.

La muerte de la chica demostraba que la escena de la casa de Parque Itatí no era más que un montaje orquestado por Bermúdez para confundirnos. Alguien que la protegía mientras estaba en la ruta debió haberla visto subirse a mi coche y temió una delación. Ahora las cosas comenzaban a aclararse. Seguramente Maza había descubierto algo que lo convertía en un problema para el comisario y allí todos sabíamos cómo Bermúdez resolvía sus problemas.

Mientras volvía a la ruta recordé la lectura del mediodía, la parábola de los talentos, ese terrible relato del evangelio que muestra al Señor como un patrón impaciente que pide más de lo que da y exige aún más que lo que ordena, y pensé que no debía echarme atrás. Tenía que continuar en la búsqueda de la verdad al menos hasta dar con algo tangible. Si el boliche se había mudado, buscarlo era una tarea heroica. Encontrar a alguien en el Gran Buenos Aires es una hazaña imposible. Esas callecitas sobre las que se amontonan casillas de chapa no llevan ningún nombre y los barrios que forman no figuran en ningún catastro. Uno puede pasarse días enteros recorriendo ese paisaje homogéneo y caótico sin saber dónde está. Pero yo tenía la punta del ovillo. El medallón que vi sobre el pecho de la mujer la delataba como creyente de un culto afrobrasileño que, después de todo, no me era completamente extraño porque yo había conocido a muchos de sus miembros cuando trabajé en la organización de una cooperativa de viviendas en el Parque Itatí. No me costó recordar dónde vivía uno de los personajes más importantes.

Dejé el coche junto a una casa de madera que tenía en el frente un gran toldo de lona verde y entré en una habitación oscura ocupada casi completamente por imágenes de santos de tamaño natural. Reconocí a San Esteban y a San Antonio. En un rincón había una estatua inmensa de San Jorge y el dragón. Golpeé la cabeza del dragón con los nudillos y comprobé que era hueca y de plástico. En ese mismo momento entró Rubem, uno de mis conocidos de aquella época que ahora ostentaba el estridente título de Pai. Estaba mucho más gordo, se había dejado la barba y llevaba una camiseta azul con rayas verdes horizontales que aumentaban sensiblemente su volumen. Después de saludarme me hizo pasar a una habitación más pequeña en donde tenía un escritorio.

-Tenemos mucho interés en hablar con usted -dije utilizando el plural a propósito, Rubem sabía de mi proximidad con la dirección de la compañía. Después de muchos rodeos le

pregunté de la manera más elíptica posible si estaría dispuesto a ayudarnos a encontrar a un miembro de su comunidad.

En lugar de contestarme, Rubem comenzó a quejarse con un tono de voz monótono y pastoso que por un momento me hizo pensar que estaba borracho. Dijo que desde hacía años sufría injustas persecuciones, que la policía lo acusaba de crímenes inverosímiles y que debido al permanente hostigamiento le era casi imposible difundir el culto. Tuve que escuchar más de diez minutos de lamentos antes de darme cuenta de lo que pretendía.

-Le prometo que vamos a hacer todo lo posible para que esta situación cambie -dije aceptando una negociación implícita.

A partir de allí todo fue mucho más fácil. Rubem conocía a la mujer y tuvo la delicadeza de hacerme un planito con la nueva dirección de la confitería. Antes de que me fuera me regaló una bolsita de terciopelo negro que me traería suerte a condición de no averiguar jamás su contenido.

El prostíbulo se había trasladado a Loma Hermosa, una localidad que no quedaba demasiado lejos de Parque Itatí. Dos kilómetros después de la estación de servicio que figuraba como referencia en el mapa encontré el desvío que Rubem me había marcado. Hacía semanas que no llovía y, al atravesar las calles de tierra, el coche alzaba murallones de polvo por los costados. Recorrí las cinco cuadras que indicaba el plano y encontré una casa que era una réplica exacta de la del Parque Itatí. La decoración debió ser encargada al mismo artista, las palmeras y las hawaianas eran idénticas.

En el aire flotaba una luz azul muy débil, el sol ya no estaba en el cielo pero todavía no era de noche. Di dos vueltas manzanas y estacioné en una esquina detrás de un bosquecito de eucaliptos. Desde allí podía observar el frente de la casa. La puerta estaba abierta y dejaba ver la oscuridad del interior. Antes de irme quería al menos saber si estaba la mujer del pelo rojo.

No habían pasado más de cinco minutos cuando sentí que un trapo me tapaba la cara.

Desperté en una habitación sin ventanas. No podía creer lo que había pasado. Desde algún lugar de mi mente llegaba una voz que decía que yo no podía terminar mis días allí. Aunque parezca absurdo, estaba tranquilo y sólo sentía una especie de mórbida curiosidad por saber cómo se desarrollarían los hechos. Ni siquiera recé. Ahora, mientras escribo estas líneas, pienso que esa anestesia emocional se debió seguramente al efecto de la misma droga que me durmió; aunque también es verdad que desde el momento en que me encontré frente a los ojos abiertos del Padre Maza todas las acciones de mi vida se convirtieron en actos ejecutados por un autómatas.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que sentí voces detrás de la puerta. Tampoco sé si dormí o me mantuve despierto.

Pero cuando la puerta se abrió y Avila entró en la habitación tuve la certeza de que desde el primer momento yo supe que él estaba detrás de todo esto.

-Sabía que no te ibas a quedar tranquilo pero nunca pensé que llegarías hasta aquí -dijo el Provincial después de sentarse a mi lado-. Sólo te pido que no te apresures a juzgarme. Espero que no tengas la vanidad de pensar que podés entenderlo todo.

El Provincial hablaba con voz clara pero carente de expresión, como si me estuviera dictando una carta de rutina.

-Nosotros no podemos seguir el ritmo del mundo -continuó- Esto es un polvorín y nosotros no podemos tomar partido. Pasará el gobierno, pasará la rebelión, pero nosotros no pasaremos. Maza había tomado partido, su decisión podía fracturar la compañía y yo no iba a dejar que nos hundiésemos en el remolino. A veces entre dos males es muy difícil elegir el menor. Yo te aseguro que él en mi lugar hubiese hecho lo mismo. Por eso solicité la ayuda de Bermúdez. Colocar el cuerpo en un prostíbulo me aseguraba que nadie iba a tener interés en investigar. El miedo al escándalo era el mejor guardián que podía tener. Nadie en la compañía iba a querer hablar del asunto y, para asegurarme, yo mismo me encargué de difundir los rumores sobre su muerte.

No contesté, no dije nada. Lo último que recuerdo es mi llanto sobre el pecho del provincial.

Dentro de dos días estaré en Quito. Aunque todavía no sé cuáles serán mis tareas, supongo que tendré mucho tiempo para pensar y meditar.

- Vas a llegar justo para la fiesta de San Francisco de Borja - me dijo el Padre Avila cuando anunció el traslado.

Sé que su comentario no fue casual. Antes de convertirse, San Francisco de Borja, uno de los principales santos jesuitas, fue sirviente de una princesa española que se casó con un importante personaje de la corte portuguesa. La princesa murió al poco tiempo y Francisco fue el encargado de llevar los despojos de nuevo a España, con tan mala suerte que, a mitad de camino, la carreta que los llevaba se desbarancó y el cadáver de la princesa, que hacía tiempo ya que debía estar sepultado, quedó al descubierto. La visión del cuerpo transformó para siempre la vida del sirviente. Francisco, cuando vio el nuevo rostro de la princesa, pensó que había perdido la vida sirviendo a alguien que sufría la corrupción del tiempo y decidió hacerse esclavo de un amo que no cambie. Poco tiempo después entró a la Compañía de Jesús.

Todas las noches rezo para que El Señor me otorgue la misma gracia que le dio a su siervo Francisco y que allí donde otros sólo ven podredumbre yo pueda ver el reflejo de su gloria.

Identikit

1- Gonzalo Carranza

2- Nací en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1965.

3- Trabajé durante varios años en una librería y ahora estoy buscando trabajo. Estudio Letras.

4- Cabrera Infante, Bierce, Chesterton, Faulkner, Babel, Saer, Felisberto Hernández, Borges y Aira. También me gustan muchísimo las primeras novelas de John Dickson Carr.

5- Los dos más importantes fueron "Los misterios de la jungla negra" de Salgari y "Cicatrices" de Saer.

6- Siempre estuve leyendo y, un día sin darme cuenta, empecé a escribir.

7- En cualquier momento, no necesito circunstancias especiales.

8- De los proyectos, se sabe, siempre, es mejor no hablar mientras se mantienen como proyectos.

9- Mi novia, de todas maneras siem-

pre me cuesta dar a leer algo a alguien.

10- El clima del proceso

11- No tengo discos favoritos.

12- Las de Capra y las de Billy Wilder.

13- Creo que uno escribe un cuento o lo que sea para no tener que hablar de aquello que originó, precisamente, ese cuento.

Mi vida en el teatro

POR CECILIA SZPERLING

Alguna vez sonó el teléfono de tu habitación a las tres de la mañana y te hizo saltar de la cama? Levantás el tubo y nadie responde. Pensás si le habrá pasado algo a un ser querido. No es el caso. Estoy demasiado lejos y además cuando tenés un esposo periodista al que le gusta meterse en "problemas" lo primero que pensás es que se ha hecho un nuevo enemigo y que sos la primera en saberlo. Colgué el tubo y salí corriendo hacia el baño. Sentada en el inodoro vi como temblaban mis piernas y descubrí que estaba muy asustada. No me dormí hasta una hora después con miedo a que ese estrepitoso liring!! me despertase de nuevo. Me di cuenta de que estaba en el medio de la nada y que no tendría a nadie a quien recurrir en caso de que algo me sucediera. El miedo, el verdadero miedo puede activar "una serie de efectos en cadena" y ¡allí estaba!... una bolita de nieve colgando de un hilo arriba de mi cama justo a la altura de mi cabeza. En cualquier momento el hilo se cortará, caerá barranca abajo y se transformará en una verdadera y gigantesca "Bola de nieve". Después, será demasiado tarde para realizar cualquier acción útil.

La cinta, con mi lección diaria de inglés "Sin problemas", suena grave, lenta, patina.

-¿Pero qué me ocurre? me pregunté. Estaba en el negocio de audio, con mi grabador en la mano, y no podía hablar, ni recordar cómo se armaban las frases. En la sección idiomas, en esa parte de mi mente, sólo encontré estanterías vacías con un poco de polvo.

-¡Mi dios! ¿Qué hago? -me digo- Señas.

Allí estaba, haciendo señas y ellos pensarían que yo era muda. Pero no podía emitir sonidos. Estaba trabada.

Me sentía como si estuviéramos en el medio de una guerra y en realidad lo estábamos. "La guerra del golfo", recordé.

De camino a casa me crucé con Susan y la saludé. Sé que lo mío estuvo mal, lento y patinoso. me sentí agitada y todo comenzó a dar vueltas por primera vez. Susan me llevó a casa, pero de eso no recuerdo nada. Había dormido 42 horas seguidas. Susan me suministró esas píldoras. Ella tenía esa teoría a cerca de tomar píldoras para dormir dos días frente a cualquier posible enfermedad y decía que te levantabas perfectamente sana. No me sentía mal, pero me indignaba haber perdido dos días de mi vida, siendo la vida tan corta.

El hilo se había cortado y la inocente "bolita" rodaba a toda carrera. Lo único que podía hacer era protegerme de ese aluvión blanco que avanzaba en cámara rápida. ¿Y... el aparato grabador? No, no podía pensar en él.

"Audiciones para la temporada de primavera. Actores-Cantantes-Bailarines. Edificio Carpenter. De 19hs a 23hs. Del 3 al 7 de Agosto", decía el

cartelito.

Lo vi en el teatro principal de Cambridge, el American Repertory Theatre. Ahí trabajaba Sonia. Ella era una buena amiga mía. Sé que en este último tiempo mi presencia la incomodaba. Sobre todo frente a las autoridades. Lo sé por la expresión de su cara cada vez que yo abría la boca. Estados de parálisis momentánea y lagunas, en los que me sentía humillada como frente a Sonia, se empezaron a suceder y resultaban en distintos tipos de ataques difíciles de clasificar. Eran inesperados y se manifestaban de forma diversa. Podían ser del tipo epilépticos o narcolépticos. Después se agregó la agorafobia. Debía meterme inmediatamente en un baño de algún bar cuando tomaba conciencia de estar a la intemperie. Junto con la claustrofobia, donde sí, debo decirlo, era capaz de arañarme la cara al ver que me deslizaba en un subte tan lejos de la superficie terrestre.

"No todo es tan sencillo...", ya lo decía mamá.

Traté de poner cierta calma en el medio de esta tormenta. Me gustan las soluciones prácticas, con resultados a corto plazo. Si ya el audio no era un método efectivo encontraría otro modo de meter palabras en mi mente y así establecer una comunicación perfecta, lisa, pareja, y sin problemas con mis pares, tanto en la calle como en reuniones. Leería cuanto libro pudiese ya que contaba con la biblioteca más grande del mundo frente a mi casa y memorizaría diálogos y monólogos con lo cual tendría una gama de nuevas y ocurrentes frases para intercambiar. Como disponía de suficiente tiempo libre, me dediqué a memorizar las grandes obras del teatro universal. Fue un error. Las obras eran viejas y el mundo había cambiado. La gente me escuchaba sorprendida. Nunca encajaba del todo bien con la situación real, aunque eran muy amables e intentaban seguir el diálogo, pero yo me daba cuenta. Se solucionaría si me entrenaba con guiones de T.V memorizados a la perfección. Si eran recientes y no podía conseguirlos en las librerías, con un pequeño grabador de mi marido, grabaría la serie. Puse en marcha, esperanzada, mi nuevo plan. Repetía esas grabaciones televisivas hasta el cansancio. Sin dejar pasar por alto detalles de respiración o risa, llantos, repentinos o largos, jadeos, gritos y un sinfín de expresiones humanas. En la TV conocí expresiones del alma humana, que sumé a las que ya había copiado del libro *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales* de Charles Darwin y de la guía Guinness, años '70 al '75. Debo aclarar que como mi marido es periodista cuento con la ventaja de poseer grabadores y todo tipo de instrumental para poner al mundo que me rodea desnudo sobre la camilla de operaciones y diseccionarlo aislando las partes del todo.

Mi esposo se fue por dos semanas al Perú. Hace tres meses que no vuelve. Me temo que lo hayan secuestrado los temibles terroristas de Sendero Luminoso y temo que esté sucio y



barbudo como ese rehén que mostraron ayer en la tele. Pero cuando llamo a la WGBH, la estación de TV para la que él trabaja, Carmel Evans me dice que no me preocupe, que están todos a salvo. Ocorre que hay demasiado material para filmar y por eso se retrasarán un poco. Después me pregunta si necesito dinero y luego me invita a la despedida de Barry King o al cumpleaños de Lourdes Reinoso o a la fiesta de bienvenida de Mr y Ms Bettoni. En fin, yo siempre me excuso de alguna manera, no quisiera sufrir ataques repentinos que hicieran peligrar nuestra estabilidad económica. Pero... lesto es lo que estaba buscando! En el episodio de hoy el equipo de abogados se reúne en una barbaque. Rápido debo garbarlo y así tendré frases para aceptar la invitación al pic-nic por la graduación de Himendra Tackur.

Es triste perder la facultad de hablar por uno mismo. Demasiadas pocas palabras, ese es mi problema. Este mal se extiende a mi lengua natal. No encuentro en mi mente la parte con el idioma español. Me siento tan cansada...

El edificio Carpenter es un lugar extraño, todo sube o baja o está inclinado o no termina. Construído por Le Corbusier, la mayoría de los americanos lo considera un terrible error, lleno de rampas y pasillos que no cumplen ninguna función, poco práctico. Al principio me mareó, me dije que no había nada que temer. Muy por el contrario, esta construcción tan desapareja, tan llena de entresijos y diagonales me beneficiaría. Las personas estarían afectadas por el lugar y preparadas para aceptar cosas fuera de lo común. "Va a ser difícil", otra frase de mamá. Convencida de que la vida era otra cosa me acerqué al escritorio y puse mi nombre para dar las audiciones. Me senté cerca de una pared de cemento a la vista y café en la cuenta de que no conocía a nadie y no me animaba a participar en esos pequeños grupos de gente un poco nerviosa por la situación. Supe que ésta era mi vocación y que debía mantenerme firme si quería llegar a algún lugar.

-Hi! Anthony -Anthony me extendió su mano regordeta. How're you doing? -noté que hablaba con acento.
-Fine, thanks. Petra, nice to "meet you".

Anthony era alto y gordo. Llevaba barba y anteojos. Sus ojos eran pardos y bien redondos. Su cara circular todavía conservaba sus "formas amorosas", como los bebés que tienen esas formas redondeadas para despertar amor en sus padres. Su piel era de color marrón oscuro, nariz mediana y labios finos. Yo no tenía ganas ni palabras como para entablar conversación. De manera que me dediqué a repetir, mentalmente, una y otra vez los monólogos y las canciones que recordaba a la perfección. Me llamaron para mi primera audición. Un aula con todas las sillas puestas a los costados. Cerca de las grandes ventanas desde donde se podía ver el resto del campus. Habían juntado tres mesas y detrás de ellas había tres personas. Una situación que yo ya había visto en la tele. Yo recité el monólogo de Nora en *Casa de muñecas*. Ellos me aplaudieron y me dijeron que era fabuloso, pero que me había equivocado de sala y que ellos buscaban chicas negras en exclusividad para interpretar una comedia musical. Me quedé hasta la noche entrando en una y otra aula, tratando de mostrar mis habilidades. En una hice el monólogo de Hamlet. Gracias a una técnica especial, pude imaginar que en mi mano llevaba la calavera de Francis y que me encontraba en un cementerio peruano. Eran tantas las preguntas que él se hacía que sentí que de

algún modo yo no estaba tan mal. En otra no pude reaccionar recordando la frase de mi madre "No tenés que paralizarte" que giraba en un torbellino junto con "No es tan sencillo" y "Va a ser difícil". En la última, una prueba para una obra experimental en la que teníamos que hacer de feto en la barriga de nuestra madre, me compenetré tanto con el personaje que quedé tumbada en el piso en posición fetal. Hasta las 23,30. Hora en la que tenían que cerrar. Ahí fue que me levantaron y una patrulla de policía universitaria se compadeció de mí y me llevó a la puerta de casa. Tuve que secarme la cara y las manos que estaban cubiertas con esa suave baba de bebé.

Pasé una semana bastante difícil. Los textos comenzaron a mezclarse en mi cabeza y tuve que ordenar mi mente paso a paso. Evidentemente el interpretar el papel de feto me había trastornado y debía establecer un orden lógico nuevamente. Compré un cuaderno: sin abrir la boca lo tomé, esperé que la caja se iluminara con esos numeritos verdes, pagué y sonreí después de estirar la mano para recibir el vuelto. Frente a esa hoja impecable, suave y con renglones perfectos vi mi vida y me propuse que cada hoja representaría un día. Esta simple idea me dio un estado de satisfacción inmediata y me propuse hacer pasar las cinco hojas lo más rápidamente posible hasta llegar al día viernes, día en que vería pegado en las paredes del teatro, las planillas con los nombres de los elegidos para hacer la segunda audición. Tenía muchas ilusiones, no por el egoísmo de ser una primera figura, sino porque intuía que de algún modo podría curarme arriba del escenario. Abrí mi cuaderno de tapa color ladrillo que en el centro tenía el escudo de la Universidad de Harvard y con un marcador amarillo puse un 1/2 y lo encerré en un círculo verde, del otro lado puse un 1 en color negro y lo encerré en un círculo rojo y así sucesivamente hasta llegar al 5, el gran día. Les aclaro, por si no entendieron que los medios quieren decir mañana y los enteros tardes. Este método dio excelentes resultados y puedo jurar que fueron los cinco días más rápidos de mi vida.

Comí medialunas y café. Saludé a la chica de la caja de "Au bon Pain" y mantuve una pequeña conversación con un homeless de la mesa de al lado. Sentía esa brisa de primavera y los árboles estaban florecidos y el cielo límpido como el de Buenos Aires aunque con una luz más liviana, más transparente. Me entristecí pensando en mi marido que no estaba para contemplar esta hermosa y calma primavera. ¿Dónde se encontraría? ¿En la selva, en el medio de un enfrentamiento con la cara llena de betún y una rama colgando de su casco? No quería que ninguna nube empañara este día brillante y me alegré pensando en que quizás las circunstancias lo habían transformado a un punto tal en que yo lo vería como a un desconocido. Como yo también había cambiado mucho y él tendría derecho a no gustar más de mí.

La gente hacía cola detrás de las ventanillas y pensé que después de ver las listas yo también haría la fila y sacaría entrada, la butaca central, para la función del sábado. Daban "El rey Lear" y no dudaba que sería un espectáculo maravilloso. Sonia me sonrió y me invitó a tomar café luego. Después me presentó a Anthony y dijimos que ya nos conocíamos. Juntos fuimos a ver las listas. Mi apellido tenía que encontrarlo al final porque empieza con Z y estaban ordenados según el orden del abecedario. Zelmer, Petra. El era McMahon Anthony. Al ver su nombre exclamó algo en español y así descubrimos que él era colombiano, aunque tenía nacionalidad americana,

y yo argentina. Dijo que tenía un antepasado escocés que en una isla del Caribe se había casado con una negra y que por eso era un poco oscuro.

Anthony entró en siete obras. Mi nombre no apareció en ninguna lista. Salí corriendo para que no se me viesen las lágrimas. Anthony salió detrás mío. Quería decirle que se fuese, que me dejase sola, pero no podía emitir sonidos. Algo había puesto en acción el engranaje y estaba siendo víctima de las reacciones en cadena. Algo se interponía en mis funciones regulares y mi cuerpo se disparaba hacia distintos lados, como si la ley de gravedad no uniera mis átomos y moléculas. Anthony me abrazó con fuerza tratando de comprimirme.

-Petrita. Estamos para ayudarnos -dijo.

De mí sólo salían unos amargos aullidos. Le conté lo bien que había actuado de feto. Dijo que lo sabía, que se lo habían contado. Me pidió mi teléfono y me dijo que estuviese tranquila porque tendría noticias en cualquier momento. Yo le respondí con palabras de un escritor argentino, no me acuerdo si de B o C o BC, como si fueran propias.

-¿Sabe que usted es alguien especial? -me dijo en su tono colombiano.

Fui prudente y no contesté.

Un joven llamado Barry, farfullando la mitad de las palabras a la vez que mascaba chicle, me llamó para integrarme a un elenco. Dijo, con tono preocupado, que debía presentarme al día siguiente por la mañana.

Anthony me llamó y quedamos en que nos encontraríamos a una cuadra para ir juntos. La obra era *Equus* de Peter Shaffer. Anthony tendría el papel principal, el del psiquiatra. Yo tendría que hacer de caballo. No era un gran papel, pero intentaría mostrar mis condiciones. Fuimos a un establo a mirar caballos y debíamos imitarlos. Este trabajo me resultaba sumamente confuso. Debía practicar el paso y para hacerlo realmente perfecto lo practicaba día y noche en mi casa o en la calle. También practicaba el relincho y me vendaba los ojos para imaginar cómo sería estar ciego para la escena en que el protagonista le quema los ojos a los caballos. Por momentos me creo un caballo y quiero comer sólo alfalfa. Pero eso no es lo grave del asunto, hoy se puede conseguir alfalfa en cualquier supermercado. Lo grave es lo otro y lo sé. Necesito un psiquiatra.

Anthony piensa que es mejor trabajar el rol en sí, sin preocuparse por la letra. Así fue cómo empecé a tomar sesiones psiquiátricas 4 veces a la semana, sin la obligación de pagar. Aunque no tenía título, debo reconocer que de algún modo imperfecto Anthony me curó. Por otro lado resultó brillante en su papel. El me decía que pensaba en mí toda la obra para motivarse al decir sus textos.

Esta temporada fue magnífica y la pasé en obra haciendo los más diversos roles, diciendo los textos más complicados, en inglés, que repetía a la perfección. Trabajé con gran rigor. Aunque me empeñaba no podía evitar compenetrarme demasiado con los personajes y sufría una falta de claridad entre verdad y ficción. Me sentía feliz, me encontraba repleta de frases y ya no sufría ese vacío, ese blanco total. Anthony era tan buen psiquiatra, creo, tan respetado por los directores. El siempre, siempre, me llevaba consigo y elegía el papel que adivinaba sería el mejor para mí. Ante mis exabruptos o crisis Anthony decía "esperen un minuto" en el que toda la compa-

ña debía abandonar la sala y me daba una sesión privada. El me explicaba lo que había pasado de una manera en que yo podía entenderlo. Si el director se oponía Anthony amenazaba con dejarlo todo y como siempre mis crisis se producían cerca del estreno los directores se veían obligados a tener que aceptarme. Por eso es que yo quiero tanto a Anthony y haría cualquier cosa por él más que por Francis o por mi madre.

Nos volvimos inseparables. El siempre sufría porque le gustaban los chicos más chicos que él, a los que llamábamos PQ, que significaba "Pequeña obsesión". Tenía 28 años y era el más grande, el resto estaba en edad universitaria, pero bueno... cuando sos latino de algún modo las cosas te cuestan más que a los otros, solía decir.

Esta sería nuestra última obra juntos. *El jardín de los cerezos* de Anton Chejov. Anthony se graduaría a fin de mes y emprendería un viaje de regreso de Cambridge a Colombia viajando por tierra. Yo estaba triste porque si bien me tocaba un papel muy importante, Varya, era demasiado triste lo que le sucedía al personaje. Ella estaba por irse de su casa de campo recién vendida al mercader Lopavkin, que era también su prometido. En la última escena la madre le dice que se le declare a Varya, de este modo ella no tendría que abandonar ese lugar tan querido y entrañable, ni tampoco enfrentarse a los problemas que trae la falta de dinero, sobre todo en esa época y para una mujer. En la escena anterior Lopavkin le dice a la madre de Varya que en cuanto ella entre le va a proponer casamiento. El caso es que cuando Varya entra con las valijas para despedirse de Lopavkin y todos esperamos que él pida la mano él comienza a hablar de un tema menor y después se despide de ella. Se olvida de pedirle matrimonio. De este modo Varya se enfrenta a un futuro diferente del que anhelaba. Le dice adiós y toma sus valijas y se dirige al carruaje.

Durante días traté de convencer a Lopavkin, al actor, que dijera otra cosa en escena. Le rogué por favor, hasta llegué a perseguirlo de rodillas por todo el camarín. Lo único que le pedía es que le proponga matrimonio. El repetía su texto y yo el mío y la historia quedaba siempre igual. En la cuarta función llegué a mi tope. Me abalancé sobre él y lo hubiese ahorcado si no fuese porque me separaron. La gente lo tomó como parte de la adaptación de la obra. Todos se fueron y quedé sola en el medio del escenario llorando, expresando esa frustración que yo pensaba sentiría Varya. Anthony, que es un gran actor, entró a escena y se comportó como un psiquiatra, como hacía en los ensayos, pero nunca frente al público. Me pidió que le contase lo primero que se cruzara por mi mente. Así recordé esta historia sencilla.

-Manuel, un amigo que vive en Buenos Aires, me contó que su madre estaba enamorada de mi papá. Parece que tenían amigos en común. Una noche organizaron una comida, en un restaurante, especialmente para presentarlos. Mi papá llegó tarde, se sentó al lado de la madre de Manuel y conversaron toda la noche. En determinado momento surgió la idea de hacer un viaje en grupo a Europa, mi papá se entusiasmó hablando y pronto se olvidó de aquella mujer y del objetivo de aquella noche. La despidió como a una amiga más sin pedirle su teléfono ni proponerle una próxima cita. Mi papá se fue de viaje pero con otros amigos. De vuelta conoció a mi mamá y a los tres meses se casaron. Manuel me contó que hasta el día de hoy su madre no puede olvidar a mi papá y dice que él se siente un poco

hermano mío.

-La moraleja es que uno se puede distraer en un momento y cambiar el curso de su vida -dijo Anthony.

-Es muy cierto -contesté.

Tomé las valijas y salí por donde correspondía. La obra continuó en el orden preestablecido. El público me aplaudió a rabiar y las críticas dijeron que hacía tiempo que no se veía una actuación tan veraz como la de Petra Zelmer y Anthony McMahon. De la oficina de Francis llamaron para felicitar me y me dijeron que Francisco volvería en cualquier momento.

Lo único que me preocupaba era el vestido para la graduación de Anthony. Fue muy emocionante porque Anthony se graduó con diploma con Honores. Su madre había venido desde Miami, donde vivía hace años y por alguna razón extraña venía dispuesta a quedarse en Boston, justo ahora, que Anthony partía. Ayudé a Anthony a vender sus muebles, a enviar sus pertenencias a un hermano que vivía en Chicago, donde se instalaría al volver de Colombia. Ubicamos a Chicha en casa de una viejita a quien debía atender. Ella fumaba cigarrillos mentolados de un paquete verde. Lo acompañé al hospital, ¡qué lugar tan blanco! Recibió vacunas y se hizo análisis, debido a las enfermedades que pudiera contraer en su viaje por Centro y Sud América. Esperé una hora y media a que terminase, sentada en el hall de entrada viendo un programa de TV donde una señora que había sido atacada tenía que hablar con su atacante por teléfono. En ese lugar me sentía segura. En un hospital siempre alguien se ocupa de vos. Me comprometí a enviarle los resultados a Costa Rica.

El me hizo olvidar de que se marchaba y feliz lo acompañé a la estación de tren. De tanto que charlábamos en la confitería, perdió el tren y debió subirse al próximo. Cuando el tren se fue, mi euforia se congeló y comencé a llorar y a perseguir el tren a lo largo del túnel. Anthony no podía verme. Siempre quise tener a un amigo como Anthony y algo me decía que no volvería a verlo, si hasta olvidé tomar alguna dirección suya. Yo no quería salir de ese lugar oscuro al que pensaba que Anthony regresaría. Permanecí no sé bien cuantas horas en ese oscuro túnel, escuchando cómo pasaban los trenes, uno tras otro. Un hombre que caminaba con un casco me llevó hasta la entrada. El episodio de la abogada que toma un taxi me vino a la mente. Paré a uno. Por el espejito vi que estaba sucia, que tenía la cara llena de tierra.

Al abrir la puerta de mi departamento escuché música. Encontré a un hombre en mi pieza, pegué un grito y salí corriendo. Eran nueve pisos escaleras abajo y yo corría presa de un ataque de pánico. El me seguía atrás gritando.

-¡¡¡Soy yo, mi amor!!! ¡¡¡Soy Francisco!!!

Yo huf espantada y tomé la calle. Doblé hacia la izquierda y me metí en el porche de una casa de madera. Francis estaba ahí, buscándome, mirando de un lado a otro en la noche iluminada por farolitos a gas. Lo vi solo y desorientado. Tan pequeño en esa calle de ese país que no era el nuestro. Sentí pena por él e intenté acercarme. El se sentó en la escalerita de esas casitas de madera tan parecidas entre sí.

-¿Por qué te escapás...? -dijo temblando. Estaba tan flaco.

-Estuve preso... secuestrado. Sólo pensaba en vos -la voz se le quebraba y siguió hablando con ese llanto de hombre que no sabe llorar: ...sólo quería verte... eras mi única ilusión, lo que me mantenía vivo. Me fui a cortar el pelo y me afeité. Me compré ropa

para vos -. Quise acercarme y me rechazó.

-La vida no puede ser tan cruel- agregó.

Francis estaba exhausto. Yo sólo quería que comiese, que engordara. Hasta llegar a ser como Anthony que, aunque a lo largo de estos meses había perdido treinta kilos, aún conservaba su robustez y consistencia. Lo llevé a casa y desconecté el teléfono porque los periodistas llamaban constantemente. Por una semana sólo pensaba en sus comidas y en mi cuaderno anotaba la dieta día a día, página a página. Bananas, muchas bananas, helados, carnes, pastas... un mundo nuevo para mí, créanme.

Decidimos hacer las valijas y volvernos. Fui al hospital y pedí los análisis de Anthony. Los leí de curiosa sin entender nada. Hubo uno que aceleró el ritmo de mis latidos. HIV positivo. Mi cuerpo quería entrar en esos ataques compulsivos pero recordé la última sesión de Anthony donde me dijo arriba del escenario:

"La moraleja es que uno puede distraerse en un momento y cambiar el rumbo de su vida".

Hablé con Chicha, la madre de Anthony y le pedí que nos encontrásemos en un bar, en Harvard Square. Ella me habló de los bonitos ojos de la muchacha turca que nos atendía. Recordé que Anthony se enamoraba de los mozos y siempre era amable y cordial con ellos y que dejaba mucha propina igual que Gaev, el personaje que él hacía en "El jardín...".

Tuve que decirle la verdad. Le acerqué ese papel que no mentía. Podrán imaginar lo que es para una madre recibir semejante noticia. Ella lloró y lloró como lo hacen las madres por los hijos. Después dijo:

-No está muerto. Hay que estar fuerte y ayudarlo. Con cuidados se puede salvar.

-Puede vivir 10 ó 20 años más y seguro que para esa época ya está la vacuna -agregué.

Compramos cigarrillos de mentol y la invité a casa, en ese estado no debía volver sola. Pasamos toda la noche charlando. Nosotros finalmente dormimos pero sé que Chicha pasó despierta el resto de la noche. Oí cómo conversaba en el teléfono con una asociación que atendía las veinticuatro horas para parientes de personas con Sida. Chicha fumaba un cigarro tras otro pero tenía los pulmones sanos porque no tragaba el humo. A la mañana siguiente encontramos el cartel que decía que se había ido temprano a conversar con esta gente y para estar preparada para ayudar a su hijo en todo, absolutamente en todo lo que él necesitase. Después llamaría a Anthony y le daría la noticia. Temía que no iba a ser conveniente para él ir a Chicago con su hermano, por los fuertes vientos y menos volver a Boston, al menos durante el invierno. Es peligroso enfermarse ya que cualquier enfermedad podría desatar el virus. Es mejor evitar una reacción en cadena, le contesté, son difíciles de detener. De todos los modos la gente de este grupo mostró ser muy buena y es mucho lo que se puede hacer, dijo y eso fue lo último.

Francis buscaba una misión en medio oriente, ya se había olvidado de su resolución de regresar a Argentina. Quería ir a un país musulmán para explorar esa cultura. Le dije que me iría a Buenos Aires y que no me importaba perderlo. Decidió volver conmigo. La adaptación fue sencilla. Pero Francis estaba melancólico y parecía un perro de campo de visita en la ciudad. Estaba completamente desorientado y pasaba las

noches en bares de San Telmo y cabarets. No quería ver a sus amigos y cuando veía a su familia quedaba callado, sin abrir la boca toda la noche.

En cuanto a mí, he perdido las ganas de hablar. Recibí dos postales de Chicha. No las respondí. Tenía que enviarlas al correo de Boston, a esa cajita que antes era de Anthony y ahora usaba ella. Una pequeña morgue de cartas. Recordé una tarde que fuimos al correo juntos. El, a retirar sus cartas. Yo le enviaba material sobre cine mudo a mi psicoanalista en Argentina, que preparaba un libro, esperando al menos figurar entre los agradecimientos. La imagen del edificio de correos nuevos tan blanca se me mezcló con la de un hospital o un aeropuerto. Mi psicoanalista no me puso en los agradecimientos. No encontré lo que buscaba en Buenos Aires. Los días son demasiado largos, la televisión no es tan buena y no lo tengo a Anthony. Traté de localizarlo a escondidas de Francis que no quiere que haga llamadas al exterior. La cuenta va a llegar, pero no me importa. Por mi parte no estoy en condiciones de contraer un trabajo. De Costa Rica se había

ido, me dieron un teléfono de México DF, también se había marchado.

Ahora tengo una fantasía. Veo la superficie de mi escritorio como un escenario espectacular en el que estamos Anthony y yo solos. No hay luz, excepto la que llega de los bordes, unas pequeñas bombillas naranjas como si fueran las de una pista de aterrizaje. Anthony recita hasta las lágrimas ese texto trágico donde prevee su propia muerte. Yo sé que voy a morir igualmente, está en el texto de la obra. La tensión crece, es una obra dramática, una tragedia. Mis oídos se comprimen y se descomprimen. Estoy mareada. ¡Smash! cae mi cabeza y se golpea contra el asfalto negro de la pista de aterrizaje. Siento que una bola de nieve asfixia mi cuerpo. Estoy tirada, aplastada en este lugar tan plano y quisiera que venga Anthony. Tomaría un avión, pagaría ese pasaje que me lleve hasta él, pero me veo en la ventanilla de venta de tickets sin saber adónde ir. Es de noche. Está todo oscuro y tengo miedo. Sé que eso es malo. Porque el miedo, el verdadero, acciona una serie de mecanismos en cadena. Lo sé, puedo jurarlo.

Identikit

1- Cecilia Szperling
2- 11 de mayo de 1963 en la maternidad italiana.

3- Me dedico a escribir y trabajo de periodista.

4- Proust, Capote, Isherwood, Tolstoi, Chejov, Salinger, Fitzgerald, Carver, Borges, Bioy Casares, Poe, Mc Ewan, Amis, Barnes, Amy Tam, Puig, Piglia, Fogwill, Fresán.

5- Primero, el libro *Cómo ser una niña desenvuelta. Todos los fuegos, el fuego y todo* Cortázar los leí entre los 10 y 12 años. Después seguí con *Cien años de Soledad* de García Márquez y *Pantaleón y las visitadoras* de Vargas Llosa, *El banquete de Severo Arcángelo* de Marechal, junto con otros escritores latinoamericanos. Después me fanaticé con los cuentos de Edgar Allan Poe. Los clásicos, *Ana Karenina* de Tolstoi, *Rojo y negro* de Stendhal, *Mujeres enamoradas* de D.H. Lawrence. Borges, "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" mi cuento favorito, y Bioy Casares. Por el camino de Swan de Marcel Proust junto con otros tres libros de *En busca del tiempo perdido*, es lo que más me gusta leer. Adiós a Berlín de Isherwood, marcó un hito y *Desayuno en Tiffany's* y *Música para camaleones*. Boquitas pintadas de Manuel Puig y sus otros libros. De los más actuales *Hablando del asunto* de Julian Barnes, *Campos de Londres* de Martin Amis, *Leviatan* de Paul

Auster, *Where are you calling from?* de Raymond Carver, *Historia argentina* de Rodrigo Fresán y *Muchacha Punk* de Fogwill.

9- Hace un año que me convertí en escritora, después de publicar mi primer cuento *Waiting for Bob* en la revista *Página 30*.

10- Escribo en computadora Mac casi todos los días al menos dos horas. Acabo de comprarme una silla anatómica y me siento feliz y más inspirada, lo recomiendo. En general me pasa algo personal que me hace escribir, en ese momento lo importante está afuera de las palabras. Otras veces me siento y trato de recordar esas ideas que están perdidas, que se te ocurren en la calle o mientras conversás con alguien, trato de que no se me escapen.

11- Estoy terminando un libro de cuentos. Cuando esté listo voy a publicarlo.

12- Leí en un libro de entrevistas que Raymond Carver agradecía a su maestro John Gardner y a su primer editor que le devolvió cinco veces su primer artículo y dice que de este modo aprendió las reglas básicas de este oficio. Inspirada por esta idea de-lo-malo-puede-ser-bueno le envié dos cuentos a Rodrigo Fresán (Jefe de redacción de *Página 30* y uno de mis escritores favoritos), temiendo tener que cruzar de vereda si me lo cruzaba por la calle. El segundo sobre (yo vivía en Boston) lo envié a mi amigo Martin Rejtman. El

tercero lo envié a Ricardo Piglia que generosamente me ofreció leer mis cosas y me alentó.

13- La película *Bambi* creo que fue un boom para todos los de mi edad. La película *Melody* que hablaba de una felicidad que nunca conocí. Mi prima comunista que me adoctrinó a los diez años. Estar en obras de teatro raras, empezando al mismo tiempo que La Organización negra y otros grupos en Cemento antes de que se pusiera de moda. Eramos muy exigentes con lo que hacíamos y no buscábamos recompensa ni cartel.

15- *My Baby Just Cares For Me* de Nina Simone, *The reprise Years* por Frank Sinatra, *The Disney Collection*, *I'm Your Fan*, Leonard Cohen, *Nadie sale vivo de aquí* de Andrés Calamaro, *Kicking Against The Pricks* de Nick Cave. *Ingenua* de K.d Lang.

16- La ventana indiscreta de Hitchcock. *Crímenes y pecados* y *Marridos y esposas* de Woody Allen. *La malvada* con Bette Davis. *Fanny y Alexander* de Bergman, *La noche del cazador*, *El tercer hombre*.

20- Este es un cuento muy diferente a los que escribo en general porque el personaje que narra es fuera de lo común, no tiene una apreciación muy ajustada de la realidad. Mis otros relatos son un poco más realistas.

EN CONCIERTO

POR EDUARDO HOJMAN

*Acariciando lo áspero
el sábado pide un beso
besame, besame, besame
da la vuelta y besame
besame y da la vuelta*
(Diego Arnedo y Ricardo Mollo)

a Graciela Baduel

Después de mucho discutir, Daniel había aceptado que fueran a campo en vez de pullman. Cedió sólo para no seguir discutiendo. Los argumentos de ella (en el pullman estás sentado como un burgués, ves todo de lejos pero no *sentís* el rock and roll) le parecían absolutamente irrelevantes, porque, en realidad, no quería ir al concierto. Durante la disputa -que había sido a los gritos, por parte de ella, y con un desgano fastidiado, por parte de él-, había razonado que "me daría mucha vergüenza morir en un concierto de rock, considerando que seguramente debe haber causas más importantes para entregar la vida". En realidad, pensaba sin tristeza que se estaba volviendo viejo. Y que eso no se medía por un cambio de gustos, como preferir el jazz al rock, sino por el hecho inexorable de que de pronto había más cosas que ya no estaba dispuesto a soportar. Por ejemplo: de chico, a él nunca le había gustado ir a bailar, pero iba igual, por motivos que hoy le parecían estúpidos. Ahora, por más que Patricia insistiera en ir al Roxy o a alguna otra discoteca, Daniel había jurado no pisar ese lugar ni ningún otro parecido. Tampoco quería ir a conciertos de rock si eran en estadios, y menos a campo, tocara quien tocara. Había cosas que ya no quería hacer más, y no las iba a hacer, porque le resultaban muy irritantes. Pero entonces descubrió que discutir con Patricia, considerando el volumen de su voz, era un episodio tan molesto que podía sacrificarse e ir al concierto, incluso a cualquier ubicación. Dos horas de transpiración aplastado por cinco mil trogloditas imberbes no se podían comparar con un grito de Patricia. Por eso, finalmente, había cedido en todo, sólo para después darse cuenta de que, a la hora de torturarlo, Patricia bien podía permitirse cierta refinada sutileza: compró pullman.

El recital empezó con una hora de atraso. Daniel, que había calculado la demora, llegó al estadio quince minutos más tarde de lo acordado con Patricia, y ella lo estaba esperando con reproche en los ojos. Durante los restantes cuarenta y cinco minutos, ella no habló. Daniel, resignado, se dedicó a contemplar las cinco mil cabezas que se veían desde el pullman.

Abajo estaba totalmente lleno. Por eso era

bastante impresionante ver cómo, cuando les tiraban monedas, latas de coca-cola o escupitajos desde la popular, los de abajo abrían claros, se golpeaban unos contra otros, dejaban enormes cráteres vacíos donde antes había caído el proyectil. Daniel pensó en hormigas y en bombarderos. A veces, el claro no quedaba del todo vacío. Agachada y sangrante, podía estar la víctima del ataque. Antes de que algún compañero sacara al herido de ahí, los de la popular lo llenaban de escupidas. Entonces, desde abajo juntaban monedas y se las arrojaban a los de arriba. El pullman probaba, así, ser la mejor ubicación. Estaba muy lejos para ser alcanzado por la andanada de monedas que los de abajo disparaban sin apuntar, y totalmente fuera del rango de ataque de la popular. Desde allí, además, se tenía una inmejorable visión de la batalla.

La contienda habrá durado alrededor de media hora. Quince minutos antes de que comenzara el recital, los organizadores tuvieron una idea para parar la masacre que Daniel no pudo menos que admirar: apagaron las luces. Entonces, los enemigos de la popular y el campo se unían en un interés común: ver al conjunto en cuestión. Por lo tanto, dejaban las monedas y pegaban un aullido estremecedor al unísono que duraba alrededor de un minuto. Luego, se volvían a encender las luces. Falsa alarma. Antes de que las rivalidades de clase se reorganizaran, las volvían a apagar. El operativo se repitió dos veces más. Después, por fin, apareció la banda.

Patricia se puso de pie de un salto así como todos los que rodeaban a Daniel. Por eso, él no pudo ver la entrada triunfal del grupo. Eso no le molestó demasiado; ya había visto demasiados conciertos de rock como para sorprenderse por la actitud que la banda elegiría para lograr la primera ovación. Las posibilidades iban desde luces resplandecientes, fuegos artificiales y llamaradas hasta un ingreso tranquilo al escenario, con aire displicente, como diciendo "a nosotros sólo nos interesa la música y no el circo", marcar uno, dos, tres, y tocar. Por fin, los que estaban adelante se sentaron y pudo ver a los miembros del grupo. Eran tres tipos, nada más. Guitarra, bajo y batería. Con tan escasos elementos, hacían un ruido notable, sostenido, más que nada, por una guitarra espesa y estridente. El del bajo, por su parte, no se limitaba a hacer base, y jugaba bastante con la armonía. Eran buenos. Las canciones se sucedían una tras otra casi sin variantes; un leve cambio en la



melodía, más las vociferaciones del público, servían para darse cuenta de que habían terminado un tema y empezado el otro. El sonidista se las había ingeniado para poner a máximo volumen la guitarra y el bajo y darle a la voz y a la batería un nivel aún más alto. A veces, era una bola de ruido que sumía a Daniel en una especie de sopor no del todo desagradable.

Como en un sueño, como en una película muda y en cámara lenta, podía ver a los pendejos de abajo que saltaban, levantaban los brazos, se golpeaban entre sí, corrían sin parar. Más allá, en el escenario, tres tipos duros como estatuas seguían adelante con la música como si estuvieran solos. A su izquierda, Patricia agitaba la cabeza, a veces se paraba y se volvía a sentar de golpe, abría grandes los ojos, que parecían a punto de estallar, y luego los cerraba. La boca abierta, casi descajada, los dientes apartados y brillantes de saliva espumosa, la lengua afuera. Una imagen que a Daniel le resultó tan parecida a la que conocía de sus orgasmos que recuperó la lucidez de golpe. Pensó en la última vez que la había visto así. Sintió que ya era tarde para todo y que no quedaba nada por salvar.

Entonces gritó.

Lo hizo casi con cálculo. Todos gritaban a su alrededor, todos saltaban. El rock haría que su grito no se oyera. A lo sumo, parecería un alienado más. Gritó con toda su voz, de manera que las palabras no se entendieran. Dos veces.

La primera vez, sus palabras fueron:

-¡LA PUTA MADRE QUE TE PARIO!

Una frase, en realidad, dirigida a nadie en particular. O, quién puede asegurarlo, tal vez a sí mismo. Después:

-¡PATRICIA, TE QUIERO MATAR!

La leve irritación de su garganta le hizo darse cuenta de que estaba por quedarse sin voz. Miró a su alrededor. Parecía que nadie había notado nada. En realidad, pensó, su grito lo había hecho menos diferente a los demás. Pero Patricia lo estaba mirando. Tenía los ojos rojos, casi como si estuviera llorando. Serían las luces fuertes que venían del escenario y el

humo. Sin duda. Ella sacudió la cabeza una vez y luego se concentró en el concierto. Siguió aplaudiendo y golpeando los pies contra el piso según el ritmo de la canción.

Daniel tuvo un poco de envidia por los que lo rodeaban. Todos, la mayoría, parecían estar excitados. Las caras rojas, las mandíbulas descajadas de tanto abrir la boca para aullar cada vez que terminaba una canción, el ritmo sincopado de miles de pies golpeando desordenadamente. Se acercó a Patricia y le dijo al oído:

-Estoy buscando que algo me conmueva, entendés, pero no pasa nada.

Patricia no se movió. Las palabras habían sido casi susurradas, no podía haberlas oído, supuso Daniel. De todas formas, aunque se equivocara en eso, ella nunca lo había podido o querido entender. Daniel se enojó contra su propia esperanza.

-Sos vos el que no das nada -oyó Daniel que Patricia le decía. Pero él no estuvo seguro de haber entendido todas las palabras, ni siquiera de haber oído algo. Se sentía aturdido por el ruido, y Patricia no lo estaba mirando. Esa frase la había imaginado, sin duda. Los músicos anunciaron un intervalo.

El silencio que sobrevino cuando la banda dejó de tocar fue tan repentino y poderoso que, por un momento, pareció que un vacío, una especie de agujero negro sonoro se había tragado a todo el estadio. La gente se miró, sumida, literalmente, en un profundo desconcierto. Entonces todo el mundo empezó a hablar de golpe, una conversación histérica y acelerada cuya función era confirmar que aún seguían vivos.

-Qué bueno sería estar abajo -dijo Patricia-. Acá no llega toda la fuerza del concierto. ¿Te gusta el grupo?

-Pienso que éste es el lugar ideal para matar a alguien. Con todo este ruido, se confundiría el balazo con un golpe a destiempo de la batería. Eso en el caso de que la víctima estuviera elegida previamente. Si no, con sólo ubicarse acá y disparar hacia abajo, sin apuntar, te cargás a unos cuantos. Nadie entendería

nada, y sería sumamente fácil escapar en el medio del tumulto que se armaría. Un crimen perfecto, creo.

Patricia se quedó un rato en un silencio que Daniel casi agradeció. En la tribuna de la izquierda, alguien prendió fuego una bandera en la que todavía se podía leer el nombre de un grupo de rock que no era el que tocaba. Muchos aplaudieron el gesto. El incendiario arrojó la bandera en llamas hacia el campo.

-Daniel, quiero salvar esto, ¿entendés? Pero vos no das nada. Por favor, Daniel. ¿Por qué no hablamos? Tiene que haber alguna forma de que volvamos a estar como antes.

-No debe ser tan difícil ir desde acá hasta el campo. Mirá, ahí hay algunos que se descuelgan. Si yo estuviera incómodo acá, bajaría sin ningún problema. No sé de qué te quejás.

Se formó otro claro donde antes había caído la bandera. Algunos se acercaron a pisarla para extinguir las llamas. El resto de la gente, los que no estaban cerca, ni se inmutaron. Daniel se dio cuenta de que ni siquiera se habían enterado. Decididamente, la mejor ubicación era el pullman. Por la visión de conjunto.

-Bajá si querés, Patricia. Por mí no hay problema. Nos encontramos a la salida. Pero acordate de que las entradas las elegiste vos.

-Antes nos llevábamos bien. No sé, a veces creo que no quiero verte nunca más, Daniel.

-Además, vos sabías que yo no quería venir. De todas maneras, este concierto me sirvió para darme cuenta de que el rock ya no tiene nada para ofrecerme. Me estoy aburriendo bastante.

Abajo habían empezado de vuelta con la guerra de las moneditas y los escupitajos. Eso ya ni siquiera era divertido. Los organizadores repitieron su estratagema: apagaron las luces, de manera que los violentos espectadores creyeran que la banda estaba por volver y dejaran de agredirse. Hubo una ovación, que duró hasta que volvió la luz. Luego, por un rato, los ánimos se aquietaron. Daniel, nuevamente, se admiró, sólo que esta vez de la estolidez de la gente, característica que, concluyó, era habitual en concurrentes a este tipo de acontecimientos.

Patricia tenía los ojos rojos, la boca apretada, la mandíbula temblorosa.

-Voy a bajar -dijo.

-Bien. Nos vemos a la salida.

-No me esperes.

Justo en ese momento volvieron a apagar las luces. La masa de sonido, inesperada, consiguió sorprenderlo. La banda había empezado la segunda parte en plena oscuridad y largaron con un punk violentísimo que se le vino encima a Daniel como una locomotora. Se sintió aplastado, golpeado y casi humillado por el volumen. Luego, los reflectores que estaban en el escenario apuntando hacia el público lo encandilaron de golpe. Cuando pudo acostumbrarse a ese resplandor violento, se dio cuenta de que Patricia no estaba.

Por el tiempo que había pasado desde la oscuridad, ella tal vez ya había podido llegar hasta abajo. Miró el mar de cabezas que se movían como un nido de gusanos recientemente descubierto. Imposible encontrarla. Patricia, además, era morocha, y en esa masa informe apenas podían distinguirse a los que tenían el pelo rubio, casi amarillo, y a dos o tres que se habían pelado la cabeza por completo, nueva moda que sorprendió un poco a Daniel, ya que no la conocía.

Por otra parte, dedujo que, en realidad, bajar no era tan fácil, a pesar de que lo que él mismo le había dicho a Patricia minutos antes.

No había ningún pasaje directo entre el pullman -que era la ubicación más cara- y el campo. La idea, supuso, era que los del campo -cuya entrada había costado un precio sensiblemente más bajo- no se subieran al pullman, y de esa forma evitar que estafaran así a los organizadores del concierto y molestaran a los que habían pagado más dinero a cambio de una comodidad mayor. A nadie se le había ocurrido que tal vez algunos de los del pullman, afectados por una extraña combinación de entusiasmo y masoquismo, quisieran bajar al campo. Sin embargo, Daniel pudo comprobar que eran varios los que lo hacían. Para eso, no temían descollarse por unos postes llenos de cables que seguramente transportaban miles de letales voltios. Algunos, cuando ya habían cubierto tres de los cinco metros que separaban el pullman del campo, es decir, las gradas del foso de los leones, sencillamente se arrojaban.

Daniel recorrió el pullman con la vista. Patricia no parecía estar por ningún lado. También, dedujo, se podría haber ido. Uno tendería a pensar que no, ya que, después de todo, ¿no había sido ella la que había insistido tanto con venir a ver este concierto? Si fuera por él, estarían los dos en casa, cómodos, mirando la televisión. O en la cama. Aunque hacía bastante que eso no se hacía más. Desde la última vez que Daniel decidió sacudirse la modorra y salir a conseguir cocaína otra vez. Tres meses atrás. Le había molestado terriblemente tener que volver a recurrir a esa gente que él despreciaba tanto. De manera que ni siquiera eso fue bueno. La cocaína duró menos de una semana. Considerando el tedio de los restantes dos meses y tres semanas, la perspectiva de quedarse solo en casa con Patricia tampoco era mejor que el recital. En realidad, nada era muy diferente a nada, la vida era una llanura de estrías leves. Patricia, seguramente, no volvería a casa antes de terminar el concierto.

¿Habría llegado abajo? Daniel podía ver que algunos se quedaban colgados de los postes llenos de cables. Eso sí que era estúpido. Era mucho más cómodo el pullman, menos riesgoso, y se veía igual. Aunque los que estaban allí seguramente eran los que, desde abajo, se querían pasar arriba. Entonces Patricia había podido bajar, supuso, ya que ninguna de las siluetas pendientes de esos caños se le parecía. Eran masculinas, en su mayoría. Una vez en el campo, Patricia trataría de llegar hasta adelante, donde verdaderamente se sentía el rock.

Lo que no sería tan fácil. En la parte de adelante se había armado un pogo, ese baile punk que consiste en correr de un lado para otro, golpearse contra los demás, saltar, rebotar, terminar, tal vez, en el piso, aplastado por los otros. Desde arriba, parecía una pelea de insectos. Algunos aprovechaban los claros que se abrían en la lucha para correr a toda velocidad hacia adelante, y así estar más cerca de los músicos. Los tres tipos del escenario seguían tocando como si no hubiera nadie más que ellos: inexpresivos, estáticos, era bastante impresionante observar, por ejemplo, al cantante y guitarrista, que hacía solos estridentes mientras su voz se repartía en gritos sin que se le moviera un solo músculo de la cara. A los costados del campo de juego se podía ver que algunos desmayados eran llevados en andas. La gente se los pasaba para adelante sobre las cabezas. Entre el escenario y el frente de guerra había una especie de foso desde donde algunos tipos con cascos de la cruz roja recibían los cuerpos de los que habían caído. Mientras tanto, los que conseguían acercarse mucho al escenario eran rechazados por unos monos de seguridad grandotes y vestidos de naranja. Más allá, casi pegados a las paredes, había sombras tiradas en el piso. Algunas encima de otras. Daniel no podía ver bien ese sector, estaba oscuro; además, empezaba a darse cuenta de que el humo a su alrededor había tomado un olor

dulce, familiar y picante. Se sintió atontado otra vez. Embotado por el volumen, anestesiado, casi con sueño. Se dijo que debería, al menos, preocuparse por la suerte de Patricia.

Sobre el escenario se había producido un hecho interesante: una chica, al parecer, había conseguido sortear a los monos de seguridad y ya estaba arriba, corriendo hacia los músicos, con los brazos abiertos y las ropas rasgadas. Todo pareció pasar en cámara lenta. La banda había

optado por un blues desgarrador, sostenido, en su mayoría, por una guitarra simple pero distorsionada y efectista. La chica pasó por adelante del bajista, quien la esquivó echándose hacia atrás, sin dejar de tocar y sin inmutarse. Corrió, en un tiempo que a Daniel le pareció larguísimo, hasta el otro extremo del escenario, donde estaba el guitarrista, y se le echó encima. Pero él fue más rápido: hizo un ágil movimiento de cintura, para liberar la guitarra del abrazo de ella y, sin dejar de tocar, la besó largamente, o le permitió a ella que lo besara. Largamente. Podría ser Patricia. Por el tamaño, por la ropa, por el color del pelo, podría ser Patricia. Qué basura. Así que eso es sentir el rock. Sin apuro, pero sin perder tiempo, los monos de naranja se la arrancaron al cantante, justo a tiempo para que empezara la segunda estrofa.

Con una cortesía que Daniel no esperaba, los monos la escoltaron hacia un costado del escenario, detrás de los parlantes. No había forma de saber qué sería de ella a partir de ese momento. Podría volver al campo, o podría sumarse a esas chicas que esperaban a los músicos en el camarín, luego de haber pasado por la aprobación de los plomos, los asistentes, los anaranjados de seguridad. Más tarde, en una orgía de cocaína de todos los colores, no habría miembro de la banda, transpirado y todo, que no se la cogiera.

Abajo se seguían matando. Eran cada vez más los cuerpos desmayados que avanzaban sobre las cabezas de la audiencia hacia el grupo de la cruz roja. Patricia no era muy alta. Si se quedaba encerrada entre varios, era bastante probable que le faltara el aire y se desmayara. ¿Cuánto tiempo pasaría desde el momento en que ella perdiera el conocimiento hasta que alguien se diera cuenta y la mandara para adelante? Con todos moviéndose como una masa compacta, Patricia podría quedar semi-inconsciente, apoyada en alguien, siguiendo el balanceo, durante varios minutos. Especialmente así como estaba, sola, sin que el que tenía al lado supiera nada de ella.

Daniel se preguntó qué pasaba con los desmayados que sí conseguían llegar adelante. Una vez que los enfermeros los reanimaban, ¿podrían volver a entrar al estadio, para no perderse el resto del concierto? ¿O los mandaban a su casa? Tal vez Patricia, en este momento, estaría volviendo, sola.



Llegaría, lo esperaría con música muy fuerte y odio en los ojos. Le gritaría, trataría de que Daniel se sintiera como si él tuviera la culpa de todo. Antes, al principio, pensó él, lo conseguía. Ahora, cada vez que ella le hacía algún cargo, él ni siquiera trataba de defenderse o de justificarse. Sentía, solamente, asco, por haber llegado a una situación en la que el único combustible para seguir era la capacidad de lastimar al otro.

La bronca se le instaló en la boca, fue un gusto agrio y mojado que le subía desde el estómago. La bronca le dolía, y le daba más bronca. Quiso escupir, pero tragó saliva. La música que venía desde el escenario era tan violenta que se desdibujaba. Todos los sonidos parecían el mismo, la letra no se entendía pero transmitía un odio feroz, el baterista disparaba golpes como proyectiles, con un ritmo tan rápido y constante que, curiosamente, se aplanaba y parecía un fluido cremoso y espeso. Quiso irse, pero se sintió demasiado pesado. El volumen era tan alto que el estadio parecía haberse aislado del mundo.

Miró otra vez las sombras que se movían en los costados. Allí podía pasar de todo. Drogas, sexo. Patricia podría estar tranquilamente en ese sector. Tal vez se la estarían violando entre cuatro. O cogiendo entre dos. Nadie se daría cuenta, a nadie le importaría. Todo corría en esa zona, le habrían dado algún ácido, estaría completamente en otro planeta. ¿Se iría, finalmente, con ellos? Nadie querría llevarse en ese estado. Sólo la utilizaban para divertirse, después quedaría allí tirada hasta que la echaran a la calle los de limpieza.

El concierto terminó de golpe. Otra vez el silencio fue una burbuja asfixiante. Casi de inmediato se encendieron las luces y sonó una música de fondo. El murmullo se elevó hasta ser insoportable y Daniel se despertó de su sopor dolorosamente. Miró alrededor: ninguna señal de Patricia. Un minuto después estaba afuera: hacía frío.

Se estremeció, tiritó un poco, eso terminó por despabilarlo del todo. El estadio era grande, pero, aún así, lo sorprendió la cantidad de gente que salía. La mayoría parecían atontados. Atravesaban los portones en silencio y el frío de la calle los golpeaba en las caras rojas y transpiradas. Temblaban, los que estaban juntos se

acurrucaban entre sí. Daniel se acomodó al lado de un árbol, desde donde, suponía, podría ver a Patricia cuando saliera. A veces se juntaban muchas personas en un solo grupo y no podía distinguir a todos. Cruzaban la avenida corriendo y se amontonaban en las paradas de los colectivos. La vuelta sería difícil, y todos lo sabían. Los choferes de los colectivos no querían parar, y no había ningún taxi a la vista. Una vez, a la salida de otro concierto en este mismo estadio, Daniel se había tenido que volver caminando hasta Plaza Italia. Cuarenta, cincuenta cuadras, no lo sabía. Bajo la lluvia, en una primavera tan tramposa como esta. Se había sentido viejo, esa vez. Había decidido que nunca más se sometería voluntariamente a una experiencia como esa. Ahora, apoyado en el árbol, viendo a la gente que se peleaba por subir a los pocos colectivos que, inadvertidos, paraban, con frío, con un sueño que lo empezaba a ganar de a poco y con el gusto agrio de su enojo con Patricia, Daniel concluyó que hacía como tres años que se sentía así. Viejo.

Una hora esperó. En un momento, los de seguridad le habían pedido que se fuera -que "circulara", le dijeron- y él, simplemente, se corrió unos metros, hasta otro árbol. No insistieron. La gente había empezado a mermar, y ahora salían en grupos de a dos o tres personas. Adentro estaban todas las luces prendidas y un par de veces había pensado en ir a ver.

Identikit

1. Eduardo Hojman

2. 22-6-1964. Buenos Aires

3. Periodista gráfico y radial. En la actualidad, jefe de Prensa de una editorial de libros y colaborador en *Clarín* y *Página 12*. Soy autor de tres libros periodísticos de rock.

4. Lista caótica, heterogénea, inclasificable y no exhaustiva: William Shakespeare, James Joyce, Jorge Luis Borges, Fogwill, Fresán sólo por *Historia Argentina*, Hemingway, Paul Auster, Raymond Carver a pesar de sus émulos, Kurt Vonnegut (idém Carver), Rimbaud, Richard Price, Carlos Arcidiácono, Stephen King, Clive Barker, Lewis Carroll, Ray Bradbury, Cortázar (por todo y a pesar de todo), Fuguet (por *Sobredosis*), Daniel Guebel (sólo por su cuento *El genio secreto*), Onetti, Alejandra Pizarnik, Macedonio Fernández, Ballard, Thomas Pynchon, Sam Shepard, Norman Spinrad, Emilio Salgari, Raymond Chandler, Dashiel Hammett, Flaubert, Aira (pero a veces cansa), Rodolfo Walsh, Salinger, Saki, Patricia Highsmith, Oliverio Girondo. En realidad ninguno de éstos, sino

Pero temía que en ese movimiento se desencontrara con ella. Finalmente, cerraron las puertas. Un tipo le dijo que adentro no había quedado nadie, incluso ya se habían ido los de la cruz roja.

De todas formas, tenía miedo de volver mucho antes que ella. Recorrió los bares de la zona. Todos estaban llenos de gente, a algunos los reconoció del concierto. De Patricia, nada.

Por un instante, jugó con la idea de quedarse en uno de esos bares, comer algo, incluso tal vez emborracharse sistemáticamente hasta que lo echaran. Con un poco de suerte, sería ella la que se preocupara. Ella la que no supiera qué había pasado con él. Pero pasó un taxi y, en un impulso, lo tomó, ganándole de mano a una parejita asombrosamente hippie.

Fue en el taxi donde sintió un dolor punzante que se inició en la frente y le atravesó la cabeza como un puñal helado. Primero se agachó y apoyó la cabeza con violencia en el asiento de adelante. Sintió el gusto de su sangre en las encías, respiró hondo, y pudo articular una respuesta grosera al comentario preocupado del taxista. Lo único que quería era llegar a casa. La cabeza le latió furiosamente durante el resto del viaje, y si bien el dolor no disminuyó, tampoco aumentó, por lo que pudo, en cierta forma, acostumbrarse y pensar con más claridad, buscar algo de qué arrepentirse.

todos los que me olvidé.

5. Primero, conviene aclarar que hubo libros que fueron importantes por defecto, es decir: muchas veces sentí que si tal o cual pésimo escritor publicaba su lamentable escrito y tenía éxito, ¿por qué yo no? No daré nombres.

Recuerdo con mucho cariño haber recibido de regalo, cuando era chico, los siguientes libros: *Dallan Kifki*, de M.E. Walsh, *La niña que iluminó la noche*, de Ray Bradbury. Cuento una anécdota: Cuando aprendí a leer, a una edad más o menos normal, cinco, seis años, me sentí como si me hubieran dado un juguete nuevo. Arrasé con mis poquísimos libros y, ante la insuficiencia de los volúmenes de la colección Robin Hood que mis padres me regalaban con una asiduidad que no me bastaba, liquidé, también, la biblioteca de ellos. Me bajé, por ejemplo, los dos tomos de *Amalia*, de Mármol, sin pestañear. Luego mi voracidad alcanzó los libros de una vecina. Leía todo lo que caía en mis manos, sin elección y sin considerar si eran o no para mi edad. En esa época, estaba de moda darles a los niños los lamenta-

bles libros de José Mauro de Vasconcelos. *MI planta de naranja-lima*, esas cosas. Un día, mi mamá me llevó a una librería para comprarme un libro. El librero recomienda a Vasconcelos. Yo le digo: me parece que ya leí todos los de él. Por ejemplo -acoto- leí *El padrillo*. Aclaración: *El Padrillo* era una novela "para adultos", que, según recuerdo, contaba la historia de un tipo medio salvaje del Mato Grosso que, entre otras cosas, se violaba monjas, las que, por otra parte, no lo lamentaban tanto. El librero se quedó pálido, y le dijo a mi mamá: Pero, señora, ése libro no es para chicos. Y ella dijo: Y bueno, ya lo leyó, qué se le va a hacer. Sumo a la lista, entonces, el glorioso *Padrillo*, de José Mauro de Vasconcelos.

Otros: *Rayuela*, de Cortázar, leído en plena adolescencia. El cuento "Las ruinas circulares" de Borges. *Portrait of an artist as a young man*, de James Joyce. *American Psycho*, sólo porque es la primera vez que unas palabras escritas sobre un papel consiguen asustarme y darme asco. *Clockers*, de Richard Price, porque fue mi primera traducción importan-

te. Los libros de Sandokán. La obra completa de Oliverio Girondo hasta que vino Subiela y la engrasó. La maravillosa *autobiografía* de Miles Davis. *La liebre y la prueba*, de Aira. El cuento *Calm*, de Raymond Carver. *Arbol de Diana*, de Alejandra Pizarnik, *Extraños en un tren*, de Patricia Highsmith. *Other Americas* y *Little Heros*, de Norman Spinrad. *Fragmentos de un discurso amoroso*, de Roland Barthes, *De la seducción*, de Jean Baudrillard. *Alice in Wonderland* y *Through the looking-glass*, de Lewis Carroll. El último libro que me partió la cabeza fue *Sangre*, de Clive Barker. Juro que me ponen nervioso estas listas. Siempre creo que me estoy olvidando lo más importante.

6. En realidad, todavía no sentí que me voy a "dedicar" a la literatura. Sí sé que varias veces me dije que iba a escribir, entre otras cosas.

En 1987, cursé la materia Taller de Expresión Escrita de la carrera de Ciencias de la Comunicación, que en ese momento era cátedra Ulanovsky y luego pasó a ser Cátedra Pampillo (materia que, por esas cosas de la vida, estoy enseñando ahora). La docente, Maite Alvarado, era maravillosa en varios sentidos, entre los que se incluye el visual. Eso hizo que todos los alumnos se mataran por escribir algo que lograra su aprobación, en forma de sonrisa o de cálido elogio. A mí, en ese aspecto, me fue bastante bien. Aunque antes de eso había comprobado que el tener un manejo más o menos elegante de las palabras conseguía allanarme bastante el camino hacia algunos ojos femeninos, fue en ese año cuando consideré seriamente la posibilidad de escribir. Por otra parte, yo me dedicaba a la música, cantaba sin horrorizar demasiado y tocaba el bajo y la guitarra, pero no me decidía entre el rock bien pesado o la balada psicobolche. Finalmente, el haber salido seleccionado en cuentos en la 1a. (y hasta ahora la más digna) bienal de Arte Joven (1989), me hizo dejar la música por la literatura. Lo de Maite, aclaro, siempre fue platónico, y ahora hasta somos amigos y todo. De todas maneras, prometo solemnemente dedicarle mi primer libro de ficción.

7. Como a Fresán, a mí no me cuesta escribir sino *sentarme* a escribir. Escribo en mi casa, cuando sé que tengo un tiempo más o menos largo, y a máquina o en computadora. Escuchar música me inspira para empezar.

8. ¿A quién no le gustaría ganar el Premio Planeta? Hablando en serio: Tengo un libro de cuentos casi terminado, que me gustaría publicar en alguna editorial más o menos importante que me asegurara que no va a morir en las mesas de saldos de las librerías de la calle Corrientes. El libro se llamaría *Mucho rouge*. Luego, tengo más o menos pautado el argumento de una novela policial cuyo título provisorio es *Muñeca maldita*. También me traería gran regocijo ver publicado algo mío en esa hermosa colección de Tusquets llamada "La sonrisa vertical".

9. Por un lado, están aquellos cuyos gustos literarios coinciden con los míos y/o los respeto como lectores. En ese sentido, Maite Alvarado está a la cabeza y no tiene más remedio que bancarse mis escritos en casi todos los casos. Dos amigos, Hugo Correa Luna y Diego Manesevich, también deben sufrir esa consecuencia no deseada de mi amistad. Hace poco tuve la satisfacción de que mis cuentos les gustaran a escritores que respeto y admiro, como Rodrigo Fresán, Charlie Feiling, Luis Chitarroni.

Además, soy un pecador impenitente: siempre le entrego alguno de mis cuentos a alguna señorita con fines muy poco literarios.

10. Cuando yo nací, lo mejor -el cool jazz, la guitarra eléctrica, la televisión, el cine en colores y con sonido, el rock and roll (con su sexo y sus drogas), The Beatles, el flower power, etc.- ya se había inventado. Entre las cosas positivas, está todo eso. Después, y caóticamente: Spinetta, y, bastante menos, Charly García. El recital de Paul Mc Cartney en Buenos Aires. La Primera Bienal de Arte Joven y ese magníficamente sórdido grupo de poetas y cuentistas que se formó después, cuyo lema era "Más que una ética, tenemos una estética y una erótica en común". El punk y sus hijos y entenados. El periodismo especializa-

do en rock. El Sida. El cine de Hitchcock, Melville, Herzog y Tim Burton. Una y mil visiones tardías de Casablanca. La represión y el caer en cana por sólo ir a ver a Jaco Pastorius en el Bue Jazz Festival '80 y los desaparecidos y los milicos y su relación amor-odio con los guerrilleros y Malvinas y all that jazz. La casa está en orden. El Movimiento Escéptico de Comunicación (MEC) y sus sub-productos: la radio trucha El Bulo de Merlín, la mitad de los programas de la única época de libertad de Radio Municipal.

11. Ni siquiera entre mis discos, que son como setecientos, puedo elegir diez. Así que no, no y no. La música es por épocas. Hace unos años estoy muy fascinado por el jazz y el rock se me vino un poco abajo. A ver. Todos los discos de The Beatles están por siempre jamás top of the charts. Después, hoy por hoy. *Sketches of Spain*, de Miles Davis. Basta. No sigo.

12. Uf. Bueno. Por orden alfabético. *Apocalypse Now* de Francis Coppola. *Batman* y *Batman* vuelve de Tim Burton. *Blade Runner* de Ridley Scott. *El acorazado Potemkin* de Eisenstein. *El amigo americano* de Win Wenders. *El ciudadano* de Orson Welles. *El Padrino I, II y III* de Francis Coppola. *La dama de Shangai* de Orson Welles. *La zona* de Andrei Tarkovsky. *Los Imperdables* de Clint Eastwood. *Metrópolis* de Fritz Lang.

Me salieron once. ¿Argentinas? No. Olvidalo. Bueno: *Los enemigos* de Calcagno.

13. Siempre quise escribir un cuento que transcurriera en un concierto de rock y que, a la vez, no cayera en la mística de ese tipo de reuniones. La historia se me ocurrió íntegra en un concierto de Divididos creo que en octubre o noviembre de 1993, en Obras Sanitarias. Algunos detalles, sin embargo, como los monos de seguridad anaranjados, los tomé del recital de Peter Gabriel más o menos por esa época. Debo aclarar que si bien comparto algunas de las reflexiones del personaje masculino, con respecto a la decrepitud del rock y a la maravillosa vitalidad del jazz, ese recital de Divididos sí logró conmoverme. Por último, una persona que se decía mi amigo me comentó que hay un tema de Rubén Rada que cuenta la historia de un señor que va a un recital y pierde a la novia en la entrada. Ya no cuento a ese sujeto entre mis amistades.

El principio del terror

POR DIEGO FISCHERMAN

Llueve desde que estamos acá. Lo sé porque arriba, casi en el techo, hay una ventanita que tiene una visera, como las de los parabrisas de los colectivos y, aunque no se ve nada, el agua golpea todo el tiempo.

Estoy cuidando a Paula, mi hermana. Mamá me pidió que la cuidara hasta que ella volviera. Ahora se durmió.

A veces la ventanita se tapa con la sombra de alguna paloma o gorrión que anda por el patio.

Tenemos una luz prendida pero no la grande del techo porque mamá me dijo que no la encendiera, sino una medio oscura que está sobre el escritorio de papá.

Acá tenemos algunos juguetes pero no muchos porque en realidad este es el lugar donde papá se reúne a estudiar con sus amigos. Hay un mecano que no me gusta demasiado, un fuerte que no es como el de Juan Rodolfo, que ese es inmenso y tiene de todo, sino bastante más chico y está un poco roto en una de las puntas, un juego del Bucanero que con Paula no me sirve para nada porque ella no sabe jugar, algunos soldaditos de la segunda guerra mundial, vaqueros e indios y aviones Airfix que yo armé y que están acá porque es el lugar más seguro de la casa. Si no, la chica que viene a limpiar puede romperlos y acá abajo no entra, porque acá limpia mamá. Además me traje varias D'Artagnan, con toda la serie de Nippur de Lagash buscando a Teseo, "La favorita del Mahdi", de Salgari, que es la continuación de "El filtro de los califas" y otro libro que me saqué de la biblioteca de la escuela, "El Capitán Tormenta", que el título me pareció bueno pero es medio aburrido.

Este cuarto es el mejor lugar para jugar pero casi nunca podemos venir con mis amigos; a veces a la hora de la siesta vengo para leer o dibujar y estar bien tranquilo y poder hacer ruido sin despertar a mamá, que a veces duerme, porque arriba no se oye nada de lo que pasa aquí. Supongo que es por eso que no me dejan venir con mis amigos. Acá podemos hacer cualquier cosa y nadie se entera. También por los papeles y libros de papá, que si se llegan a manchar o a romper me mata.

Con Paula hay muy pocas cosas a las que puedo jugar. Ella es una caprichosa y además hace cosas que sabe que me dan una rabia bárbara y por eso las hace. Se la pasa con olor a cola y como sabe que eso me da rabia, se toca todo el tiempo y después me persigue para

ponerme la mano en la nariz. Además siempre quiere jugar conmigo y llora como una boba para que la deje y mis papás, para no aguantarla más, al final me obligan a que la deje y, cuando al final la dejo, no quiere jugar bien. Dice que no juega si no la dejo ganar y nunca quiere hacer de nazi ni de inglés cuando yo soy Sandokán, ni me deja que la ate y que juegue a torturarla ni que le gane en las peleas. Además no sabe leer y todo el tiempo me pide que le cuente cuentos tontos o que juegue con ella a unos juegos aburridísimos donde no pasa nada. Que llego de visita y decimos una serie de pavadadas y me sirve el té y todo eso.

Hoy por suerte tampoco hubo clases y, por un ruido que escuché que venía de la calle, me parece que volvieron a desfilar tanques como el otro día. Pero me los perdí. Son unos tanques todos viejos, son los Sherman que usaban los aliados en la segunda guerra mundial. Pero igual está buenísimo verlos de cerca y sentir cómo tiembla todo cuando pasan.

Lo mejor de este sótano es que es un lugar secreto y desde la calle ni se sabe que está.

Es como en las películas. Tiene una puerta que es una tapa que está en el techo y hay una escalera para bajar. Hay también una heladera chiquita con cosas para comer si uno tiene hambre sin tener que subir. Es un escondite súper seguro, por eso mamá nos pidió que nos quedáramos acá hasta que volviera. Acá no puede pasarnos nada y, si entraran ladrones, no nos descubrirían.

Mamá ya hace un buen rato que se fue. Recién nos levantábamos y, no sé por qué, estaba nerviosa. En un momento nos gritó por una pavadada y casi nunca nos grita. Además yo me doy cuenta cuando alguien está nervioso, aunque quiera disimularlo. Paula sí que no se da cuenta de nada pero yo, cuando pasa algo distinto, enseguida me doy cuenta. Por ejemplo, cuando papá se fue de viaje la semana pasada, mamá estaba asustada y decía que los viajes, y más si son en avión, siempre la asustan un poco, pero yo me dí cuenta de que no era cierto porque cuando fuimos a visitar a los abuelos, los papás de papá, que fuimos en avión, mamá no tenía nada de miedo y nos tranquilizaba diciendo que los aviones son más seguros que los micros. Y la verdad es que viajar en avión es bárbaro. Cuando acelera y a uno se le va la espalda contra el asiento y se ve todo el aeropuerto a toda

velocidad a través de la ventanilla, es genial. Yo era muy chico, pero igual me acuerdo bastante. Me acuerdo de muchas cosas de cuando era chico, incluso me acuerdo de cuando me despertaba mamá con la mamera y del olor de la leche. La papa, me decía, alargando la palabra y con un tono como de cantito.

A los otros abuelos no los conocí nunca. Me dijeron que viven muy lejos pero los otros también y sin embargo una vez fuimos a visitarlos. Además una vez escuché una conversación de papá y mamá en que hablaban de ellos y creían que yo no entendía porque hablaban en inglés pero yo igual algo entendí porque de tanto oírlos hablar en inglés cada vez que quieren hablar en secreto, al final hay un montón de cosas que entiendo. Además porque hay palabras que están en los juegos o en los modelos de avioncitos que armo, como fight, que quiere decir pelear, y que se la pasaron diciéndola cuando papá decía your mother and your father. Cualquiera entendería esa pavadada.

Una cosa que siempre quiero es darme cuenta exactamente en qué momento me quedo dormido y nunca puedo. Ahora, hace poco, inventé un cuento que siempre lo cuento igual cuando estoy por dormirme. A la mañana trato de acordarme hasta qué palabra llegué pero hasta ahora lo único que logré acordarme era más o menos por qué parte iba. Además, nunca sé si lo que recuerdo de cuando estaba despierto no lo soñé también. Hay sueños de los que uno siempre tiene la duda si pasaron en realidad o no. Ahora no me pasa tanto pero cuando era más chico, había cosas que sabía que no podían haber ocurrido y que tenían que ser un sueño y sin embargo estaba convencido de que habían ocurrido. La otra cosa que me intriga es qué cara le ven a uno los demás, porque por ahí es como con la voz, que la que uno se escucha no tiene nada que ver, por ejemplo, con la que sale en los grabadores. Cuando uno se mira al espejo, aunque no quiera, pone cara de mirarse al espejo, pone cara de mirarse a uno que, seguro, no es la cara que tiene siempre. A veces, por ejemplo cuando me asusto con algún ruido o cuando estoy llorando por alguna cosa, corro hasta el espejo del baño para verme la cara, pero nunca estoy seguro de que la cara no me cambia; en realidad, seguro que cambia. Lo otro que es imposible es mirarse mover los ojos, porque cuando uno los mueve ya no se puede mirar de frente.

Igual en los demás es más fácil darse cuenta, porque uno está acostumbrado a verlos. Por eso me dí cuenta de que cuando mamá se fue, tenía miedo. Cuando llegue le voy a preguntar por qué y por ahí me cuenta. Muchas veces me cuenta cosas y me habla como si yo fuera otro grande y charlamos de cosas serias. Cuando papá no está, nos peleamos con mi hermana para ver quién se acuesta con mamá y la verdad yo no sé para qué quiere ella ir a su cama, si no puede charlar casi de nada. Ahora hicimos turnos, una noche cada uno, pero ella siempre inventa algo para no respetarlos y al final mamá le lleva el apunte. Que está

asustada, que extraña a papá, cualquier cosa. Para peor, una de las últimas noches que dormí con mamá, me hice pis encima, que desde que era muy chico que no me pasaba, y me morí de vergüenza. Supongo que soñé que iba al baño o algo así, pero eso no me pasa nunca. Igual mamá no se enojó para nada. En vez de retarme se puso a hacerme mimos y no sé por qué, eso me puso peor.

Hoy, cuando se fue, después de hablar con una amiga por teléfono, nos dijo que no nos llevaba por la lluvia y que tenía que ir a buscar algo urgente, que se había olvidado antes de hacerlo y que nos quedáramos acá abajo y que no encendiéramos la luz grande. Ella no entiende que yo ya sé que no le tengo que abrir a desconocidos, así que igual nos dijo que viniéramos acá para estar seguros mientras no estaba.



Paula se quedó dormida pero en cualquier momento se va a despertar y ahí no sé qué voy a hacer porque es capaz de ponerse a llorar y gritar como una loca y no entender que nos tenemos que quedar acá. Un rato la voy a entretener dándole algo de la heladera. En la heladera quedan dos paquetes de salchichas, porque uno ya me lo comí. Frías son riquísimas y lo otro que hay es yogures La Vascongada, de esos de frasco de vi-

drio, que son los mejores.

Como mamá todavía no llega yo también empiezo a ponerme un poco nervioso. No sé por qué, siempre se me ocurren cosas de accidentes, como una vez, cuando vivíamos en un departamento, en el que estuvimos muy poco tiempo, en que papá y mamá se fueron al cine y nosotros nos quedamos con una vecina y yo no podía dormirme y cada ascensor que oía pensaba que iba a parar en nuestro piso y al mismo tiempo estaba seguro que no, que iba a parar en otro, y, si por casualidad paraba en nuestro piso, como después no oía ningún ruido, me asustaba y pensaba que eran ladrones que sabían que papá y mamá no estaban. Lo peor es que al final me quedé dormido porque, cuando al final llegaron, no me dí cuenta y recién a la mañana, cuando me despertaron, los vi.

En realidad yo también estoy aburrido de estar acá; ahora porque llueve y entonces al final es lo mismo, salvo que me pierdo Daktari, pero si hiciera lindo día estaría con una rabia bárbara. Y para peor, aguantar a Paula que se va a poner hincha.

Yo la quiero mucho a Paula pero la verdad es que a veces preferiría que no estuviera. Dicen que cuando nació yo me puse muy flaco y no quería comer y me tuvieron que dar un remedio y que era porque yo estaba muy celoso. Pero yo no estaba celoso, nada más que era una hincha. Todavía más que ahora, porque lloraba todo el día y en la casa el único olor que había era

a caca y a vómito.

Ahora está sonando el teléfono y por ahí es Juan Manuel para invitarme a jugar pero no lo puedo atender y además igual no podría ir por la lluvia y porque nos tenemos que quedar acá esperando a mamá.

Por ahí es papá que llama pero no creo porque mamá avisó que desde el lugar adonde iba, era muy difícil que pudiera comunicarse pero que le había escrito una carta, que no me la podía mostrar porque decía cosas de grandes, en la que le decía que estaba muy bien y nos mandaba saludos y besos. Lo raro es que cuando le pedí el sobre para guardar la estampilla, me dijo que no se había dado cuenta

y lo había tirado. Hasta ahora, no se había olvidado nunca de que me los tiene que dar para que yo les saque las estampillas con vapor.

Mamá por ahí tarda porque está esperando que pare de llover. Seguro que con el apuro salió sin paraguas porque justo cuando salía tocaron el timbre. Lo que me pone nervioso es el teléfono, porque si vuelve a sonar, por ahí es algo importante y yo no podría atender porque mamá, antes de irse y de hablar con esos señores que llamaban a la puerta y con los que se fue, hizo como siempre que queremos que el escondite sea perfecto y corrió la cómoda encima de la tapa del techo para que nadie pudiera descubrirnos.

Identikit

1- Diego Fischerman

2- 27-11-1955. Buenos Aires

3- Trabajo como crítico musical y periodista. En los ratos libres, trato de dedicarme, además de a escribir, a dos actividades otrora centrales en mi vida: hacer música y enseñarla.

4- Pregunta capciosa. Admiro a quienes me gustan. Envidio a quienes tienen éxito. No siempre son los mismos. Prefiero escribir sobre los que pertenecen al primer grupo (descuento que se trata sólo de los vivos): Gabriel García Márquez, Paul Auster, Adolfo Bioy Casares, John Irving, David Viñas, Juan Carlos Onetti, Juan José Saer, Bernardo Kordon, Gunther Grass, Alicia Steinberg, Stephen King, Martín Amis, Ian McEwan, Graham Swift, Milan Kundera (cuando no me irrita), Rodolfo Rabanal (sobre todo *En otra parte* y *El pasajero*), Rodrigo Fresán, Elvio Gandolfo, Andrés Rivera, Saul Bellow, Racoona Sheldon.

6- Todos los de Salgari, *Todos los fuegos*, el *fuego* de Cortázar, los cuentos pero, sobre todo, los poemas de Borges; antologías de cuentos (de esas del Centro Editor) que, en la adolescencia, consumía a rajatabla: Edgar Allan Poe, Chejov, Kafka, Pavese, Akutagawa, Babel. Poemas de Elliot, Rilke, Pizarnik, Whitman, Guimarães Rosa, Juarroz, Bailey, Vallejo, Frost...; *Cicatrices* de Saer, *El sueño de los héroes* de Bioy, *Cien años de soledad* y *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez, *El barón rampante* de Calvino, *Dublinenses* de Joyce, *El cazador oculto* y *9 cuentos* de Sallinger, *Sobre héroes y tumbas* de Sabato, *Las otras puertas* de Abelardo Castillo, *Operación Masacre* de Walsh; tipos como Kordon o Verbitsky, de los que, entre mis quince y veinte años, leía todo lo que

encontraba, *Dar la cara* y *Los dueños de la tierra* de Viñas, *El mundo según Garp* de Irving, *Músicos y relojeros* de Steinberg, *Poderes terrenales* de Burgess, *La montaña mágica* de Mann, *Crímen y Castigo* de Dostoievsky, *En busca del tiempo perdido* de Proust, *La náusea* de Sartre, *La casa sin amo* de Böll, *No soy Stiller* de Frisch, *Las mil y una noches*, *Opus Nigrum* de Yourcenar, los cuentos de Hemingway, Scott Fitzgerald, Cheever y la lista sigue...

9- Cuando gané un premio, en cuarto grado, por una composición sobre San Martín, fue la primera vez. Luego hubo otras (algún premio menor, lo primero que me publicaron, la lectura de algún libro) y, por supuesto, muchas más, en que sentí todo lo contrario.

10- Cuando puedo y cuando no tengo fiaca. Si estoy en casa, a máquina. Si no, en un cuaderno que llevo siempre en el bolso donde meto los discos y papeles que voy a usar durante el día y que son parte inevitable de mi trabajo.

11- Terminar de corregir y editar un libro de cuentos cuyo título tentativo es *Los juegos de la soledad* y continuar con una novela que podría llegar a llamarse *La forma sonata*.

12- Alberto Fischerman, mi tío, porque es un lector preciso y experto y Joaquín Fischerman, mi padre, porque, además de poseer esas mismas virtudes es, por cuestiones que ya otros han detallado hasta el cansancio, quien más motivos tiene para encontrarle defectos a lo que hago.

14- Demasiados como para detallarlos. La última dictadura militar, creo, en primer lugar.

15- *La sonata en si menor* de Liszt por Maurizio Pollini, el *Quinteto en Do* de Schubert por el grupo del Instituto Smithsoniano, el *Doble blan-*

co de los Beatles, Troilo y Grela, *A Love Supreme* de Coltrane, *Kind Of Blue* de Miles Davis, los sextetos de Brahms por Ma/Stern, etc., *el Arte de la Fuga* de Bach por Gilbert, *las Responsorias* de Carlo Gesualdo por el Hilliard Ensemble, *el Concierto para violín de Berg* por Mutter, *Out Of The Woods* de Oregon, los quintetos con clarinete de Mozart y de Brahms, el primer disco de Traffic, el segundo de Blood, Sweat & Tears, la música profana de Ockeghem y esta lista también sigue...

16- *Sunset Boulevard* y *Double Indemnity* (ambas de Wilder), *Nace una estrella* (Cukor), *West Side Story* (Wise/Robbins), todo Truffaut, casi todo Tavernier, *La fuente de la doncella* (Bergman), *Annie Hall* (Allen), *Dersu Uzala* (Kurosawa), *Tres mujeres* (Altman), *Las alas del deseo* (Wenders), *La caída de los dioses* (Visconti) y continúa...

20- Preferiría, como *Bartleby*, no hacerlo. Es muy distinto a mis otros cuentos. Como otros, intenta ser un ensayo sobre algo. Es el único de ellos en que el narrador es inocente y uno de los pocos en que su voz no corresponde a un adulto de treinta y pico, más o menos cínico, más o menos yo. Juega con el doble significado de cada una de los dos sustantivos del título y sus cuatro combinaciones posibles. La idea es que el lector sepa, todo el tiempo, más que el narrador. Nació a partir de la lectura de una serie de consejos de Stephen King sobre los principios del género terror. Quise cruzar eso con la línea cuentística argentina de los 60/70 y lo que me salió no tuvo nada que ver con las intenciones originales. Me vi obligado, por lo tanto, a inventar todo esto que aquí escribo para poder justificarlo. Si Mahoma no va a la montaña, etc.

El Turu

La historia ocurrió hace tiempo, y aunque en su momento ocupó las primeras planas de todos los diarios y dio tema a bromas y conversaciones de café, ahora sólo la recuerdan los viejos de la villa. Es cierto que la memoria, como el sueño, condensa y desplaza sus elementos; pero ese relato que circula de boca en boca de parte de quienes conocieron al Turu, alisado como una moneda, adquiere el valor de un testimonio.

El Turu, dicen, se había criado allí nomás, en la villa de La Florida, y a pesar de que a los once años tuvo una entrada en la décima por limpiar una terraza, de mayorcito anduvo derecho. Todo lo derecho que le permitió la pobreza, y un ánimo vagabundo que nunca se preocupó por negar. *A mí no me gusta trabajar*, decía invariablemente a los muchachos, en el despacho de bebidas, cuando ya el vino -tinto- le ponía color en las mejillas chupadas. *Me han ofrecido puestos, plata, en la Duperial, en Celulosa*, dicen que decía el Turu, lagrimeando, *pero yo no quiero trabajar*. Y subrayaba las palabras golpeando sus manos contar la mesa, entre las risas y los silbidos de los que le hacían rueda.

De manera que el Turu bajaba al río cada noche y echaba una red. Algunos pescadores lo miraban con desprecio: él no hacía cálculos acerca de los lugares propicios para el pique, o sobre las épocas en que aparecían tales o cuales especies. Tiraba la red nomás, y siempre sacaba algo de la corriente espumeante y barrosa. A la vuelta, en la casilla de chapa que había levantado al pie de una barranca sobre la que se extendían, amurallados o bien con alambrada electrificada, los chalets residenciales, la Flaca, su mujer, ponía los pescados a la parrilla. Y entonces la gente se arrimaba: en el terreno -como llamaba, dicen, el Turu a un descampado cubierto de basura-, detrás de la casilla, ardía el fuego. Las noches de verano se volvían más largas, entre el vino, la charla, los partidos de truco y alguna guitarra.

Tal vez cansado de comer tanto pescado, un buen día el Turu armó un carrito ante el asombro de los vecinos, consiguió un caballo viejo y salió de recorrida, con la Flaca. En busca de cartones, botellas y cualquier cosa que pudiera tener algún valor, exploraban la zona residencial, tomaban por Rondeau, a veces derivaban por Génova u otra calle lateral, y se frenaban en el cruce Alberdi.

Así transcurrió la vida del Turu, hasta que se convirtió en uno de los hombres más ricos de la ciudad.

El maletín, dicen, estaba en una de las veredas de la Parroquia del Sagrado Corazón, medio oculto entre bolsas de basura. El Turu lo levantó y lo dejó en la caja del barro, entre desperdicios varios. Unas cuadras más adelante, saludó con cortesía exagerada a un Falcon del Comando Radioeléctrico,

POR OSVALDO AGUIRRE

que circulaba lentamente y sin luces por la zona.

Parece que al final de esa noche, cuando descargaba en el patio de su casa, el Turu abrió el maletín y descubrió que estaba lleno de plata. Su primera reacción fue dejarlo caer, como si transmitiera electricidad. Después, absurdamente, comenzó a pasar el dinero a sus bolsillos; pero no le habría alcanzado toda la ropa que tenía, y toda la ropa de la Flaca, para guardarlo. Los billetes estaban ordenados en fajos; quiso saber cuánto sumaban, pero perdió varias veces la cuenta. Una multitud de cerros bailoteaba en su cabeza; más tarde se enteró de que había encontrado 270 millones de pesos.

A partir de ese momento, la historia se complica y se ahonda. Dicen que a la mañana siguiente el Turu se levantó temprano, otra vez ante el asombro de los vecinos, se llegó hasta Rosario Norte con el carro y vivió en un Fairlane, comprado a los gitanos. Como si fuera un mago, sacó entonces del baúl del auto las cosas más extrañas: trajes, un televisor, herramientas, una aspiradora, cajas con dulces, bebidas y fiambres, tiras y tiras de carne. Algunos comentaron que se paseaba con una rubia del centro, pero después se supo que era la Flaca, teñida, de tacos altos y con un vestido dorado que enceguecía. A lo largo de una semana hubo fiesta en la casa del Turu, con asado, vino -eso no lo cambiaba- y una vajilla que, aún dispuesta sobre tabloncitos y chapas, daba pena tocarla. Los invitados no preguntaban nada -el Turu diría que había ganado la lotería o cualquier otra cosa- y, con timidez, se trajeron a pedir: que para los remedios, que para la escuela, que para levantar ese fiado con el roñoso del almacenero... Y el Turu iba y venía alrededor de la larga mesa, sonriente -*para qué trabajar*, decía, *para qué trabajar si la fortuna es ciega*- y de punta en blanco.

Hasta que una tarde, cuando un grupo de albañiles ya se ocupaba de construir una verdadera casa, los patrulleros invadieron la villa y un policía, pistola en mano, aferró al Turu de las solapas y murmurando un nombre -Raisten, Reisten, nunca se supo bien- lo metió de cabeza en un auto.

Pero el Turu no le había robado a nadie, así que a los pocos días estuvo de vuelta, y otra vez se juntó la leña y se encendió el fuego para el asado, y otra vez corrieron las damajuanas de tinto. Los viejos, los que cuentan la historia, coinciden solamente en afirmar que tuvo que devolver la plata. Porque unos dicen que alcanzó a esconder unos millones, y por eso tiempo después se fue de La Florida; otros juran que su desaparición era exigida por un oscuro arreglo con la policía; los más escépticos sostienen por su parte que no conservó un solo peso, y que simplemente se mudó a otra villa. Uno, al fin y al cabo, no es quién para andar averiguando.

Identikit

1- Osvaldo Aguirre

2- En Colón (Bs As) el 25 de marzo de 1964. La ciudad donde nacieron el Pibe Cabeza y Humberto Selvetti (medalla de bronce en pesas, en los Juegos Olímpicos de 1956).

3- Al periodismo.

4- Jorge Luis Borges y Juan José Saer.

5- Ficciones, *Discusión*, *El Aleph*, de Borges; *El Ilmonero real*, *Nadie nada nunca*, de Saer; *Operación masacre*, de Walsh; *En el*

Son libros que "enseñan" a escribir. 10- Los saqueos del mayo del '89, hacer crónica policial, tratar con drogadictos y pequeños traficantes, ir de vez en cuando al campo, vivir en Rosario.

11- No tengo. Nombre, a cambio, historietas preferidas: *Nort Linder* y *Sherlock Time*, de H.G. Oesterheld; *A Breccia*; *El Etemauta* de Oesterheld; *Solano López*; *Evarista*, de C. Sampayo; *Solano López*; toda la obra de Sampayo y J. Muñoz; *Dick Tracy*, de Ch. Gould; *Polly and her pals*, de

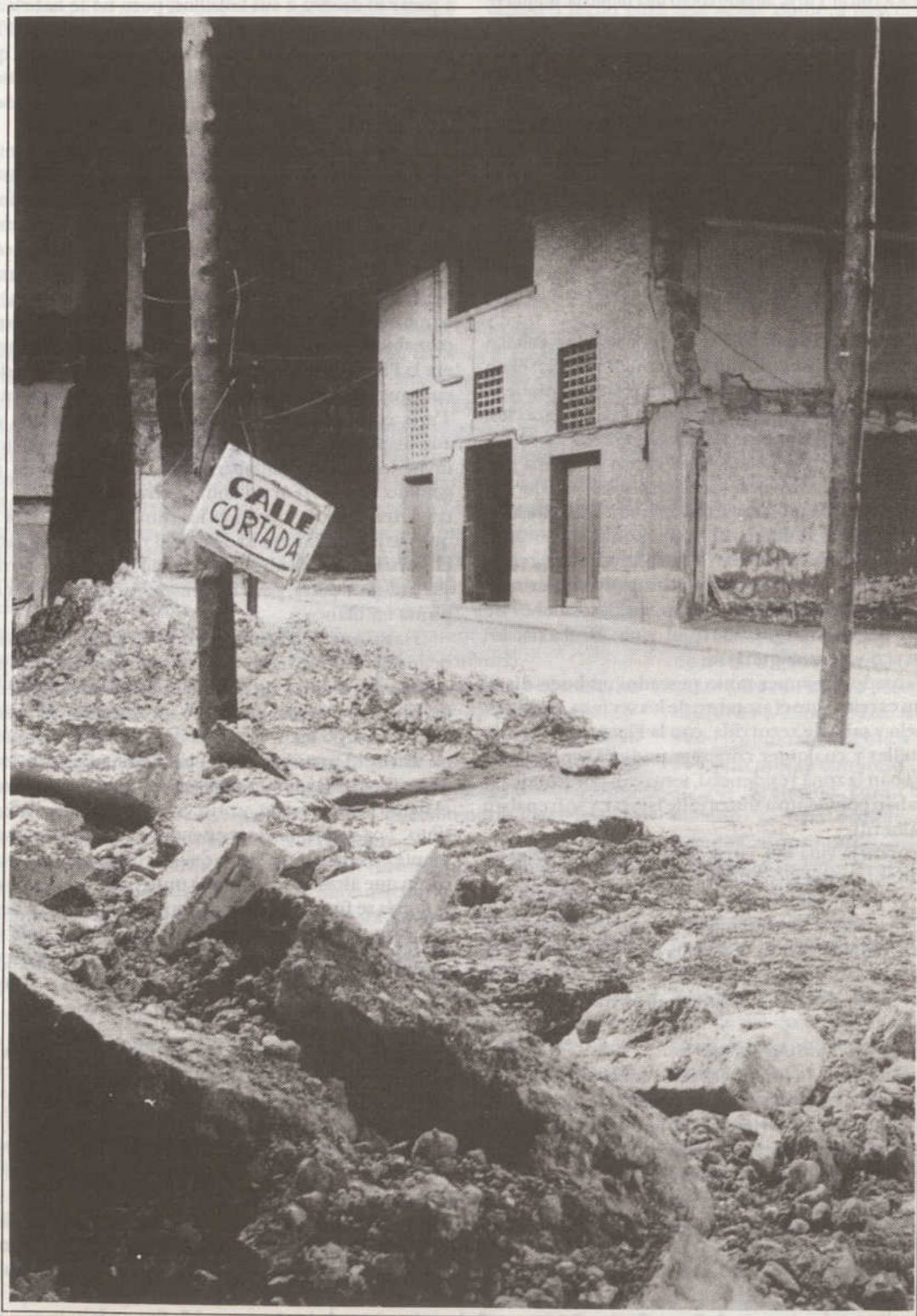
Cliff Sterret; *Corto Maltés*, de Hugo Pratt; *Little Nemo*, de W. Mc Cay.

12- *Sierra Alta*, de R. Walsh; *Psicosis*, de A. Hitchcock; *El increíble hombre menguante*, de J. Arnold; *Alma negra*, de R. Walsh; *El rata*, de S. Fullén; *M*, de Fritz Lang; *La saga de los muertos vivientes*, de G. Romero y S. Reimi; *El samurai*, de J.P. Melville; la obra de John Ford; la obra de Howard Hawks.

13- Es una fábula que parte de un hecho policial célebre en Rosario, ocurrido en 1975.

Taxi al Cairo

POR CHRISTIAN KUPCHIK



Frank no le tomó más que un par de calles comprender que aquel no sería un viaje de los acostumbrados. Tal vez fue el aire frío que provenía del asiento trasero a pesar de la calidez de la noche húmeda lo que le hizo sospechar. La espalda sudada contra el respaldo del asiento se había endurecido súbitamente, sentía la piel erizada desde la nuca hasta la cintura sin que mediase una causa aparente para ello. Pero el primer indicio de que no sería un viaje común se lo dio la respiración del pasajero: parecía no consumir oxígeno, era como si robase el calor nocturno para devolverlo hecho una brisa polar. Y su voz, esa voz de catacumba que emergía de los pulmones antes que por la boca.

- ¿Adónde vamos?-, inquirió Frank al recogerlo.

- Todavía no me he decidido-, respondió el pasajero. Sólo conduzca.

Frank creyó reconocer el tipo de excursión que le aguardaba: era esa clase de viajes que le dejaban una buena cantidad de dinero o una buena cantidad de problemas. Ninguna novedad. Estaba acostumbrado a esos hombres solitarios que sacaban a pasear su insomnio utilizando taxis para descargar las miserias de su vida durante unos cuantos kilómetros antes de reiniciar las penurias de un nuevo día. Se sentaban, buscaban una excusa cualquiera, y comenzaban un largo soliloquio ante un desconocido al volante y la ciudad dormida. Al bajarse, a menudo en el mismo punto en que habían ascendido, ya se sentían más tranquilos. Tal vez no, pensaba Frank. También había otra especie, la de los funcionarios aburridos, o la de los jóvenes triunfadores del futuro, pálidos y demasiado soberbios para mirarse en el espejo de sus propias trampas, enamorados de un rostro perdido en la multitud que perseguían desesperados noche tras noche por distintos clubes. Rara vez lo encontraban y retornaban sin la sonrisa lustrosa, ocultos en las sombras de la espera, a prepararse para una nueva ronda. Pero también le tocó en suerte llevar sin destino a naufragos alcohólicos que aprovechaban la tibieza del asiento para soñar con sus islas diurnas, o bien otros que lo paseaban de dirección en dirección para acabar confesando que no tenían dónde ir. Frank no odiaba ni amaba este tipo de viajes, como no odiaba ni amaba conducir: era para él una forma más de perder el tiempo, tan válida como cualquier otra. Pero ya que lo hacía, le agradaba, eso sí, realizarlo de noche. Encontraba cierta extraña solidaridad con esos personajes que habitaban el paisaje nocturno, una especie de código no establecido que todos aceptaban por igual, tan distinto al del día. Conocía bien los misterios de su profesión y, sobre todo, sabía lo suficiente respecto al género humano. No le tomaba mucho tiempo identificar qué espécimen debía transportar, y solía dedicarse una sonrisa de satisfacción cada vez que comprobaba la certeza de sus adivinanzas. Tampoco en esta ocasión se equivocaba, pero la prudencia o el temor a sus infalibles predicciones demoraron la sonrisa.

- ¿Quiere que tomemos por la parte alta o baja de la ciudad?

- Vamos por el bajo-, ordenó el pasajero en un silbido.

Frank dobló por Mulligan y tomó Avenida Gandolf rumbo al sur. Había encontrado a su pasajero en el Boulevard Char, semioculto bajo el toldo de una tienda de golosinas al amparo de la lluvia. La mano que le indicó detenerse había aparecido tan de improviso que poco faltó para que Frank no siguiera de largo. Lo vio al sesgo, casi sin verlo, y llegó a frenar un par de metros más adelante de donde se encontraba el hombre. Por un momento pensó en retroceder,

pero cuando se aprestaba a poner la marcha atrás escuchó abrirse la puerta trasera del lado derecho.

A Frank le sorprendió la rapidez de toda la operación, a tal punto que durante unos segundos se sintió tan confuso que llegó a preguntarse si realmente había subido un pasajero o todo no se reducía a una broma de la noche. No sería la única oportunidad en preguntárselo.

Los reflejos amarillentos de las luces de mercurio nadaban en el asfalto humedecido. La lluvia había cesado, pero el calor aún persistía levantando vahos de vapor en las esquinas. Frank se veía rodeado por un concierto de luces aguachentas que se descolgaban de los reflectores, semáforos, algunos esporádicos neones y los autos fantasmales que le cruzaban de tanto en tanto. En noches así, Frank no podía dejar de pensar en Bruno, ya que eran sus predilectas.

- Todas las luces de la noche-, decía. Un auto caliente. Los centelleos en el cristal húmedo. Es como conducir por la Vía Láctea.

Para Bruno todo tenía otras dimensiones, podía ver allí donde nadie lo hacía. Consideraba al taxi como el carro triunfal de un caballero andante, la calle un continuo campo de batalla, los otros un ondulante mar de sueños; la ciudad: el universo. Frank recordó cuando vieron juntos el aterrizaje del primer hombre en la luna. Estaban en el Old Bean, un bar de Lennon St., tomando una cerveza en la barra cuando alguien encendió el televisor que mostraba las primeras imágenes.

- La luna-, había dicho Bruno. ¡Qué mierda! Los pondría a hacer un viaje del Chino al Sentier, a ver si se animan. Ni la NASA ni la WASP lo conseguirían. Sólo nosotros sabemos lo que significa.

En realidad Frank no sabía muy bien lo que significaba. Sentía una suerte de admiración y envidia por aquella extraña capacidad de Bruno. Pero aquel episodio de la luna había ocurrido mucho tiempo atrás, antes de que llegaran los cambios atmosféricos y la caótica reproducción de los autos y sus gases venenosos. La ciudad se había hecho más impersonal, se había transfigurado casi totalmente al derrumbar las viejas fachadas y erigir enormes torres con placas sintéticas de fibra de vidrio, en colores chillones y desarmónicos que invitaban a una orgiástica visión del grotesco.

No habían avanzado más que un par de calles por la Avenida Gandolf, inusualmente desierta a pesar de la hora, cuando la mano del pasajero traspasó la frontera imaginaria que lo dividía del conductor agitando un arrugado paquete de cigarrillos a la altura de los ojos de Frank.

- ¿Fuma?

Sin apartar la mirada del camino, Frank tomó un cigarrillo. Era tabaco negro, fuerte a juzgar por el olor, con una gruesa línea plateada allí donde el filtro llegaba a su fin. La mano que lo ofrecía era larga y amarillenta, de dedos finos, marcados por las consabidas manchas de nicotina de los fumadores empedernidos y un enorme anillo que dibujaba una bizarra figura adornando casi toda la extensión del índice. La piel reseca apretaba haciendo resaltar los nudillos. Frank dudó un poco, y abandonó el cigarrillo sobre la guantera.

- Gracias. Lo fumo después.

- Como guste. Trate de que no sea demasiado tarde cuando se decida.

Frank no comprendió del todo que intentaba decirle aquel ronquido que llegaba desde la oscuridad. No sonaba amenazante, y eso,

lejos de tranquilizarlo, lo desconcertaba más.

- Estoy tratando de dejar, ¿sabe?

- ¿Porqué?

- Recomendación del Organismo de Purificación Social-, citó Frank bromeando con la campaña de divulgación sanitaria.

Sólo llegó un pesado silencio en respuesta. Frank acomodó el espejo e intentó observar el rostro del pasajero, escondido entre el cuello levantado del impermeable y un sombrero de ala ancha. Un viejo encendedor a benzina centelleó en el asiento trasero y la llama aleteó hacia el cigarrillo que colgaba en las comisuras de los labios. Era la oportunidad. No le asustaron los rasgos cincelados y hundidos, inexpresivos, ni la piel tiesa, ausente de color, como un pergamino planchado por la impiedad del tiempo; tampoco se trataba de los huesos filosos, que parecían querer huir de la prisión de la carne. Lo que asustó a Frank fueron los ojos del hombre, porque el pasajero, sencillamente, no tenía ojos, sino dos pozos que demoraban lo insondable, dos huecos donde se agotaba la noche, que ponían en jaque a la oscuridad. Frank estaba seguro de que el otro había capturado su porfiada curiosidad y, arrepentido, volvió a retocar el espejo.

- ¿Ya decidió adónde vamos?-, preguntó tratando de proteger las astillas que le quebraban la voz.

- Sí.

Frank aguardó que le indicara una dirección, pero el hombre no agregó nada más, de modo que se vio obligado a juntar coraje y volvió a preguntar.

- ¿Y?

- Vamos a El Cairo.

Frank contuvo el aliento y descubrió que transpiraba con mayor intensidad a pesar del aire helado que le llegaba de atrás. Si había una respuesta que no deseaba escuchar, era esa. El Cairo constituía una zona prohibida, un circuito al que todos rehuían. No se sabía con exactitud qué peligros acechaban allí porque era en sí mismo la delimitación del peligro, un suburbio donde latía lo desconocido.

Frank deseó estar en una mesa de La Academia comentando con sus colegas las incidencias del viaje. Siempre se reunían allí.

Era un salón enorme, dividido en dos, situado al final de Via Layetana. De la parte posterior, bajo una espesa capa de humo que flotaba en torno a las lámparas opacas de mosquitos, llegaba el rumor de los japoneses mezclándose con los tacos de billar. En el otro sector, furtivas parejas transgredían las horas en silencio ante un par de cafés mientras los choferes pasaban inventario a las dudosas experiencias del día. A veces parecían competir sobre quién había tenido en suerte transportar al sujeto más extravagante. Entonces se sucedía de todo, desde viejos criminales de guerra, hasta ciegos campeones de pentatlón, ninfómanas insaciables y filántropos avaros. Cada cual tenía su personaje para sacar a relucir. Incluso Bruno, que siempre se había mantenido ajeno a tales avatares, un día sorprendió a la concurrencia con la historia más inverosímil de todas: había transportado a la muerte. Contó que fue un viaje corto, de Kramer a Nueva Jarms, al que no se pudo negar. Alguien bromeó acerca de si había "arreglado" el taxímetro o si la muerte se mostró generosa con la propina, pero Bruno no se inmutó.

- En momentos así uno tiene otras cosas en qué pensar-dijo.

Otro aseguró que de todas las historias escuchadas, aquella era el mayor invento

conocido. Bruno se encogió de hombros y la ronda derivó hacia nuevos pasajeros ilustres.

Frank volvía a recordar aquella anécdota de Bruno, y si bien en su momento no la menospreció tampoco le había otorgado mayor importancia. "Será mejor que encuentre algo", pensó Frank.

- El Cairo. No sé... Mire, dentro de poco vence mi turno y tengo que devolver el auto. Debo dejarlo en un garage de Palermo Norte y...

- Conduzca-, ordenó el pasajero.

"Con la muerte no se argumenta", se dijo Frank buscando animarse. Ya casi nadie recordaba a Bruno. Habían pasado tres años de su desaparición, tema que durante meses fue materia obligada de conversación en las mesas de La Academia. Pero ya casi nadie recordaba a Bruno. Habían encontrado su auto abandonado en Ozono Park; el interior estaba destruido por completo, aparentemente a cuchilladas o con alguna otra arma filosa. El vidrio delantero también daba señales de haber sufrido un durísimo castigo desde dentro, en tanto que el volante se hallaba retorcido sobre su eje, semejando un muñón deforme antes que el recuerdo de un timón.

Los restos del tapizado, así como todo el piso y las ventanillas estaban decorados en sangre. Sin embargo, por fuera el taxi no presentaba un sólo rasguño, ni siquiera se tomaron la molestia de llevarse las tazas cromadas. Una pareja de ancianos que ante la imposibilidad de dormir decidió sacar el perro y recordar los tiempos en que el aire todavía era respirable sin necesidad de artilugios vitamínicos, descubrió el vehículo cruzado sobre una vereda. La radio estaba encendida y una luz rosácea se desprendía del incierto interior. Se detuvieron unos metros antes, con la sospecha y el temor alimentándoles los sentidos. Al abrir la puerta, la dama estuvo a punto del desmayo: la luz rosa provenía de la lamparita que colgaba en el techo, también vestida por completo en lo que había sido líquido vital. El cuerpo de Bruno jamás apareció. Nadie escuchó ni vio nada. Lo único concreto era el auto detenido sobre una vereda de Ozono Park, la luz rosácea y la radio todavía emanando ese viejo tema, "Is That All There Is". Al cabo de seis meses, la policía cerró la investigación sin haberse esforzado demasiado en intentar aclarar algo. Los daños producidos podían haber sido realizados con cualquier tipo de objeto puntiagudo, incluso llegaron a tener informaciones que podían señalar las garras de un animal salvaje. Sea como fuere, la verdad resultaría siempre un enigma. El cuaderno de ruta de Bruno tampoco ayudaba: la última anotación registraba un viaje de Drottning Circus hasta la Quinta y Apia producido tres horas antes de hallado el auto.

Frank no fue al entierro de Bruno. No le agradaban los entierros y menos si faltaba el cadáver. En lugar de la ceremonia, se presentó en el Old Bean y bebió en silencio unos cuantos calvados. Luego condujo por la ciudad sin levantar un pasajero en toda la noche. Era el mejor homenaje que le podía ofrecer. "Lo siento, amigo", dijo Frank.

El silbido lo sacó de sus cavilaciones.

- Perdió el rumbo-, dijo el pasajero.

Frank volvió a acomodar el retrovisor. El humo del cigarrillo recortaba la silueta contra el asiento trasero. Volvió a prestar atención a la calle. Era verdad: había perdido uno de los ingresos al Shabatt Túnel. Durante largos momentos el taxi de Frank se había deslizado como un nómada perdido en el asfalto solitario y húmedo.

Retomó algunas calles, preparándose para penetrar al

túnel. Se trataba de una construcción subfluvial, que abarcaba casi todo el recorrido del río Rhodax, abriéndose en múltiples ramificaciones que desembocaban en diferentes sectores de la ciudad. El pasajero seguía envuelto en su paño de humo y silencio, en tanto Frank sentía alternativamente náusea y pánico por separado. Jamás había experimentado algo similar, era como si la acumulación de lágrimas que nunca derramó estuvieran confabulándose, ahogándolo en su propio desierto. Descubrió también que conducía de un modo muchísimo más lento a lo que era habitual en él. Una ira prodigiosa se apoderó entonces de su pie izquierdo clavándose con fuerza en el acelerador. Cuando vio acercarse el túnel dobló bruscamente y se alejó una vez más de la casilla de entrada. El valor volvía a acompañarlo.

- Doble a la derecha-, lo retó la voz.

- Necesito cambio para pagar el ingreso.

La mano amarillenta del hombre volvió a extenderse y dejó caer sobre el asiento delantero un puñado de monedas de níquel. El tintineo inoportuno sacudió a Frank.

- Doble a la derecha-, repitió el pasajero con voz pausada.

Frank obedeció. Al llegar a la casilla de ingreso arrojó las monedas con furia a la boca metálica del cobrador. Un "gracias-que-tenga-un-buen-día", frío e impersonal, quedó atrás apenas se abrió la barrera de acceso.

"Si salgo bien de ésta me cambio el nombre", pensó Frank. Le divirtió la idea y comenzó a jugar con un par de posibilidades. "Me llamaré Franz", se decidió ya resueltamente divertido. "Es un buen nombre después de todo. ¿Por qué no? Franz, el taxista".

- Oiga, me parece que no vamos nada a El Cairo-, se escuchó decir Frank de modo intempestivo.

- ¿Cómo dijo?

- Nada personal... Pero al fin y al cabo, el taxi es mío y yo voy adónde quiero.

- Se equivoca. Usted va donde se le indica. Por eso recibe su paga.

Si bien la voz del pasajero seguía surgiendo de la misma dimensión espectral, algo delataba un ligero cambio que a Frank no se le escapó. No podía precisar si la modificación estaba dada por la voz, la disminución del aliento congelándole la nuca o una serie de pitadas cortas, alejadas de su ritmo natural, al interminable cigarrillo. Lo cierto era que la química del miedo parecía haber cambiado de bando, o al menos, un nerviosismo insólito se manifestó con suficiente claridad en la última frase del pasajero. "Está perdiendo el control", se dijo Frank. "Y tiene motivos: el taxi es mi dominio, mi arma más certera. Yo puedo manejarlo, puedo exterminarlo incluso si lo deseara".

Tratando de mantener el control, Frank se preguntó si no exageraba. Después de todo, llevaba a un pobre tipo al que le gustaba jugar al misterio en medio de la noche húmeda, pero que en definitiva subió porque no tenía

dónde ir y quería protegerse de la lluvia. "Eso es todo", pensó Frank, cuando notó las luces altas de otro auto siguiéndolo muy de cerca. Volvió a comprobar que la velocidad no superaba a la de una bicicleta. Intentó apretar el acelerador mientras el otro hacía lo mismo al tiempo que las luces brillaban ahora intermitentemente.

- Tranquilo, no tenemos apuro-, dijo el pasajero.

Frank respondió a los guiños y aumentó algo más la velocidad, pero el auto seguía pegado a su paragolpes hasta casi rozarlo. En el colmo de la irritación, Frank sacó el brazo izquierdo y la cabeza por la ventanilla y gritó con toda la fuerza que fue capaz de reunir:

- ¡Pasá, imbécil! ¡Pasá! ¡Qué estás esperando!

El otro auto disminuyó un poco, y se dispuso a pasarlo. Al quedar frente al taxi de Frank, el conductor durante unos segundos mantuvo la velocidad constante a la suya, sin apartar los ojos del túnel bañado en el mercurio amarillo. Frank sintió por un momento que se desmayaba, luego se vio

a sí mismo como bebé, después tuvo arcadas. Le faltaba el aire. Apenas el otro auto le sobrepasó, fue Frank quien hizo lo imposible por pegarse a su paragolpes trasero.

- ¡Bruno! ¡Bruno!- gritó Frank entre el bramar de los motores. Estaba fuera de sí. A través de una arriesgada maniobra consiguió equipararse al otro auto. Entonces Bruno le sonrió con la mitad del rostro, la única mitad visible, y levantó su pulgar a la noche oculta. El caucho de sus ruedas traseras chilló con violencia antes de separarse nuevamente del asfalto. Frank metió la quinta.

El auto de Bruno parecía flotar. En la obsesión por darle alcance, Frank no calibró bien la distancia y dio con todo el lateral derecho contra una de las columnas de salida. El cemento no perdonó al chasis, que se estremeció con un lamento de lata herida. Frank disminuyó un poco la marcha y recobró el control del vehículo. Nuevamente en camino, volvió a acelerar a fondo dispuesto a dar caza al amigo que desaparecía en una de las curvas. ¿Era realmente Bruno? Sí. Frank pudo reconocer el auto, los íntimos detalles que nadie percibía: el árbol enano de navidad cuyas luces diminutas brillaban todo el año colgando del espejo y el escudo de los Metz pegado en el cristal trasero. Sólo Bruno podía simpatizar por los Metz y encima hacerlo público.

- ¿Alguien que conoce?-, preguntó el pasajero.

Frank casi lo había olvidado. Otra vez el aliento refrigerándole la nuca, la voz pastosa, el silencio espeso. Afuera de ese túnel había gente creyendo enamorarse o no, imaginando una fuga, tal vez, simplemente dejándose llevar por la corriente de un sueño pesado y reparador. Pero Frank no estaba fuera del túnel.

- Es Bruno. Sabés muy bien que es Bruno,



cerdo. ¡Te voy a matar!

- Si piensa que le sirve de algo, inténtelo... Aunque debo advertirle que no se esfuerce mucho: yo ya estoy muerto.

La voz sonaba un poco más baja. El hombre parecía muy cansado. Frank ganó unos metros respecto al auto de Bruno. Bajo el capó, el V8 aullaba fuera de sí. Frank vio como su perseguido tomaba por un pasaje a la derecha y le imitó.

- Tome la próxima curva a la izquierda. Encontrará un canal que le servirá de atajo-, indicó el pasajero.

Frank notó que Bruno hacía lo que había señalado el hombre y se aprestó a ejecutar el mismo movimiento. De pronto lo invadió una calma absoluta y frenó de golpe, a centímetros apenas de una maciza capa de cemento gris. Allí no existía ningún canal ni atajo ni nada que asumiese la forma de una abertura. No existía más que la pared gris, frontal, soberana. Frank vio desaparecer el auto de Bruno en los límites imposibles de esa masa provocadora y terminante. De oscuridad a oscuridad. Ni siquiera rastros de las huellas ni sombras de confusión. Nada.

- No quiero morir-, susurró Frank con la cabeza hundida en el volante.

Al intentar dar marcha atrás se le trabó la palanca de cambios y el radiador besó el muro con violencia. Logró retomar el circuito principal del túnel haciendo rechinar las gomas y una fracción de segundos más tarde se encontraba con las poderosas luces altas de un camión que venía en sentido contrario cegándolo por completo. El taxi giró sobre sí mismo y volvió a sentirse sacudido por el impacto del cemento. Frank mantenía los ojos cerrados y las manos se aferraban con fuerza al volante. Su taxi era una diagonal lastimosa en el centro de la pista. Frank procuró recobrar, pero el medio rostro de Bruno no se alejaba de su mente.

- ¡Conduzca!-, escuchó decir imperativamente en el asiento trasero.

El hombre parecía inmovible. "Claro que te voy a conducir, perro", pensó Frank fuera de sí.

- OK., dijo.

Nuevamente se sentía tranquilo, como si estuviese en otra parte, como si alguien lo esperase en un balneario, en un sitio con sol. Toda su vida se abría en ese momento como una flor carnívora: dentro suyo latía una posibilidad, palpataba algo nuevo que no era el reloj del taxímetro ni la noche mojada. El era la noche mojada, la ciudad abandonada a sus fricciones ociosas y sus juegos banales. El era un taxi volador por los sueños en blanco.

- OK. Vamos, dijo Frank.

No había recorrido más de trescientos metros cuando el motor lanzó un gemido infernal. Siguió avanzando y luego el vehículo comenzó a sacudirse como atacado por una tos fatal. Frank detuvo el auto y sacudió la cabeza. "Mi yugular es una serpiente imposible", pensó y miró por el espejo retrovisor antes de abrir la puerta.

- ¿Adónde cree que va?-, interrogó el pasajero.

- ¿Quiere viajar o no? Debo controlar cuál es la falla. ¿OK?

- OK.

Frank descendió y se detuvo ante la rueda trasera. Volvió a su asiento, dejó la puerta abierta y encendió el motor.

- ¡Mierda!-, exclamó tratando de parecer preocupado.

- ¿Qué pasa?

- Necesito ayuda.

El hombre intentó abrir la puerta izquierda.

- Está trabada debido a los golpes. Tome la

El pasajero emergió por la derecha y Frank no lo pudo creer: no se podía decir que fuese alto porque parecía hecho solamente de altura. El impermeable aleteaba haciendo vanos intentos por ocultar el vacío que debía llenar la caja torácica. Algunos anillos de humo se concentraban bajo el ala del sombrero.

El brillo oscuro que partía del rostro fue lo último que Frank alcanzó a ver antes de zambullirse en su asiento y hundir el pie en el acelerador. Por el espejo retrovisor Frank vio a la figura de pie, con gesto incrédulo, detenida en mitad de la pista. Ya no parecía tan amenazante. Gritó, una y otra vez Frank gritó golpeando el volante. No lo podía creer. Abandonó el túnel y se encontró nuevamente con la noche cascada de estrellas. Tomó en dirección hacia el Riverside. Conducía con lentitud, saboreando el placer de la humedad pegajosa, de las calles desiertas vigilando la duración de las horas que les quedaban para sí. Descubrió el cigarrillo negro sobre la guantera. Se lo llevó a los labios y apretó el encendedor del panel. Un minuto después arrojaba el cilindro por la ventanilla sin haberlo prendido. Se sintió en paz. Manejaba sin destino fijo, como un nómada mecánico por el enjambre silencioso. Quería seguir así. "Hasta el alba", pensó Frank.

- Lo engañé... Lo engañé...-, no dejaba de repetirse.

Imaginó a Bruno. Bruno lo saludaba con el pulgar en alto, aprobando. También lo había hecho por él. "También lo hice por Bruno", se dijo Frank al filo de algo que jamás había sentido. Era un homenaje absurdo, como sólo pueden serlo los homenajes. Cada nudo del volante, cada basura de su taxi le parecieron reliquias de un pasado divino. Decidió dar por terminada la jornada, pero una euforia sorda se empeñaba en acompañarlo. Vio un par de vagabundos durmiendo abrazados en el umbral de una charcutería en Östermalm, un viejo masturbándose ante un maniquí encerrado en la vitrina de una casa de artículos ortopédicos en el Clot, el cielo ruborizándose sobre el río Rhodax a la altura de la Rua de Ouro. Volvía a llover. Dejó a los parabrisas danzar sobre las gotas finas como agujas en el cristal. En Fisherton, detrás de un ombú añejo, distinguió una mano agitándose con desesperación. Las señas, era evidente, no podían estar dirigidas a nadie más que no fuese él.

- Está bien-, dijo Frank. Esta vez me toca a mí. Por una vez tienen que escucharme a mí.

Frenó unos metros más adelante con la mirada perdida en el vaivén de los parabrisas. Momentos después escuchó cerrarse la puerta trasera.

- Tomamos el Alto, ¿no es cierto?-, preguntó Frank sin esperar respuesta.

- No sabe lo que me pasó. Esta noche no se me olvida más.

Usted quizás no me crea, pero es como si hubiese vuelto de una parte donde nunca estuve... Apenas levanté al tipo me di cuenta de que no sería un viaje como los demás. Llevo años en esto y uno se da cuenta enseguida de esas cosas... Quería viajar al Cairo... ¡Al Cairo, se imagina! También mi ingenuidad tiene barreras...

Siguió hablando sin comprender del todo qué decía, hasta que sorprendió de reojo una mano amarillenta sosteniendo un arrugado paquete de cigarrillos.

- ¿Fuma?-, invitó el pasajero.

Aceptó. El encendedor saltó y prendió el cigarrillo sin dejar de observar la calle. Dió una profunda pitada y arrojó el humo al vapor del asfalto. No le sorprendió descubrir que se trataba de tabaco negro. "Este es el último viaje de la noche", pensó Franz.

Identikit

1- Christian Kupchik.

2- Buenos Aires. Diciembre 25, 23.50 horas.

3- Periodismo, traducciones...

4- Un seleccionado ideal lo conformarían: Jorge Luis Borges al arco (por su seguridad y visión de campo); una línea de cuatro fuerte y expeditiva, con dos marcadores que se proyecten como Kafka y Joyce, un zagüero que recupere y juegue corto, al estilo de Carver y un stopper que quiebre a todo aquel que se anime, al modo de Celine; un mediocampo lírico, que bien podrían formar el sueco Gunnar Ekelöf, Ezra Pound en la recuperación y Fernando Pessoa en la creación; arriba, tres tipos rápidos, que roten y la metan, digamos Cortázar, Gombrowicz y Philip K. Dick. El banco sería amplio: Virgilio (como arquero suplente), Freud, Oesterheld, Percec, S.I. Witkiewicz, Chejov, Faulkner, Onetti, Auster, Bernhard, Saer, Huidobro, etc. Como técnico, Willy Shakespeare. Aunque esto es una selección ideal y bien sabemos que lo ideal no existe.

5- En mi Parque Jurásico personal supieron convivir Gargantúa y Pantagruel, de Rabelais, con una versión para niños de La Odisea y las revistas mexicanas, en particular las de Supermán dedicadas a la Legión de Superhéroes que publicaba Editorial Novaro. Con el descubrimiento del fuego llegaron Todos los fuegos el fuego de Cortázar, Los Cantos de Maldoror, de Lautremont, el Corto Maltés, Richard Matheson (Soy Leyenda), Cien años de Soledad, El color que cayó del cielo, de Lovecraft, Las palmeras salvajes, de Faulkner y todo Artaud (destacaría El Pesanervios) y algunos surrealistas (Peret, Soupault, Michaux). Ya en la revolución industrial se hicieron presentes toda la obra de Bruce Chatwin, Elvio Gandolfo, Akutagawa, Carta breve para un largo adlós, de Handke, V., de Thomas Pynchon, La Serpiente, de Stig Dagerman, y una serie de escritores viajeros del siglo XIX,

como sir Richard Burton, Lafcadio Hearn e Isabelle Eberhard. Para el apocalipsis aguardan una cantidad de títulos junto a mi almohada. Albergó concretas esperanzas en ciertos autores que figuran en esta muestra.

6- Un día que, al no poder concentrarme en un trabajo, fui tocado por un rayo verde. La acción de la composición tema "Mis últimas vacaciones" transcurría en una dimensión témporo-espacial paralela a las coordenadas euclidianas conocidas. Entonces el señor Pellón, mi maestro de cuarto grado, suspiró, puso su mano sobre mi cabello, y me dijo con aire compasivo: "Muchacho, estás perdido". Fue la primera señal.

7- No tengo circunstancias particulares para escribir. Cuando se trata de poesía, indefectiblemente es a mano y con lapicera a tinta. En prosa me es indistinto. Siempre la noche.

8- Considero a la literatura un hecho vital. Desde esta perspectiva, mis proyectos se llaman Kimy Mikaela K., y datan de seis y cuatro años atrás respectivamente. Como suele ocurrir, ellos se van escribiendo y así, me escriben. Bajo sus haces de luz surgen poemas, relatos, novelas, crónicas de viaje y ensayos. Digamos que el compás de su proyección es mi proyecto.

9- No tengo primeros lectores (tampoco últimos). Cuando mi pudor lo permite, acudo eventualmente a algunos amigos. Entre las personas por las que siento más confianza por su erudición y calidez humana se encuentran Elvio Gandolfo y Alvaro Buela.

10- Soy muy permeable a cualquier manifestación, por mínima que ésta sea (un perro perdido, un beso ajeno, etc.). Entre las de mayor relevancia, para bien o para mal, destacaría el campeonato logrado por Chacarita Jrs. en 1969, el retorno del General Perón (Ezeiza, 1973), el golpe militar del '76, las dos expulsiones sufridas en el país en el que habría de habitar por 11 años, Berlín entre mayo y junio del '82, el asesinato de Olof

Palme. También tuvieron especial significación un par de personajes a quienes tuve la suerte de conocer por motivos profesionales: Bruce Chatwin y Tom Waits.

11- Si mal no recuerdo, un disco es una esfera llena de sonidos. En tal caso, se asemeja a un planeta. Los planetas presentan continentes y subcontinentes. Algunos de ellos forman galaxias. Me interesa la galaxia del barroco (Haendel, Telemann, Marcello), del blues, y el jazz (habría que hacer matizaciones, ya que Miles Davis, por ejemplo, es todo un universo), la música gaélica (irlandesa, celta y bretona). Luego, sí, planetas: Schubert, Bach, Requiem for Queen Elizabeth, de Purcell, el primer Manal, Pescado Rabioso, el Spinetta de Artaud y Kamikaze, Frank Zappa, Beatles (White Album & Abbey Road), Stones (Exile on Main Street & Sticky Fingers), Negresses Vertes, John Cale, Nick Cave (Your funeral... My trial), Ryuichi Sakamoto, Tom Waits, Jan Garbarek, Jaime Ross y el finlandés Tuomari Nurmio.

12- Los primeros fotogramas que surgen: Nosferatu, de Murnau, Jeanne d'Arc, de Dreyer, todo Max Linder, Fritz Lang, L'Atalante, de Vigo, Double indemnity y Sunset Boulevard, de Billy Wilder, Tener y no tener, de Hawks, Hitchcock, Kiss me deadly, de Aldrich, La noche del cazador, de Laughton, Godard, El increíble hombre menguante, de Arnold, el primer Torre Nilsson (hasta La Piscina), Profesion reporter, de Antonioni, Leonardo Favio, Los duelistas y Blade Runner, de Ridley Scott, La serpiente alada, de Larry Cohen, Bertolucci, Stalker, de Tarkovski, Scorsese, Zelig, de Woody Allen, Monsieur Hire, de Patrice Leconte, Carpenter... Siendo mucho, lejos de ser todo.

13- Este relato fue escrito en Estocolmo, en 1989. Surgió a partir de un viaje en taxi que duró varias noches y me arrojó en una zona abandonada de El Cairo.

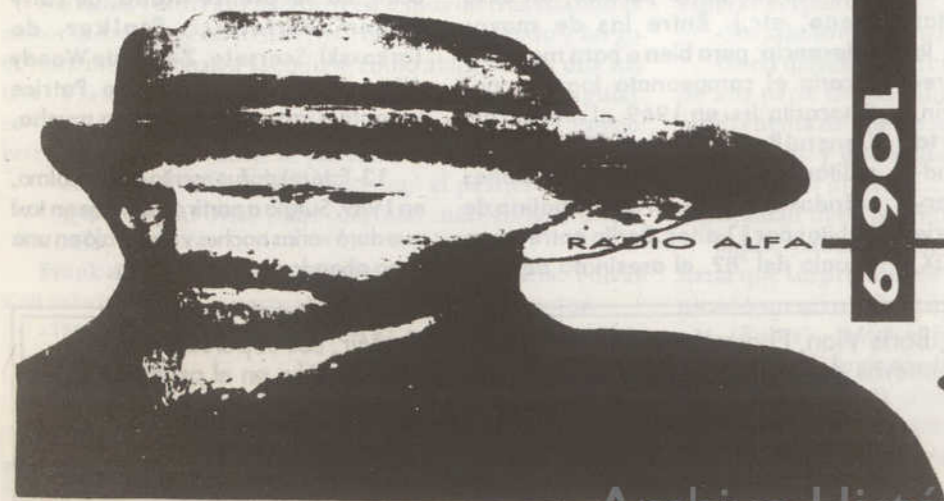
Edgar Morin, Los picapiedras, Boris Vian, El oso Yogui, Haroldo Conti, Lalo Mir, Los supersónicos, las nuevas filósofas feministas, los nuevos dealers, el precio del silencio, Tom y Jerry están en el próximo

V DE VIAN

Aparece segunda quincena de febrero

GRISelda GARFUNKEL

RETTO lunes a viernes 21 a 22 TOM LUPO
RADIO EXPRESS lunes a viernes 14 a 18 ARI PALUCH



RADIO ALFA

6901

FA

el medio tiene

un principio

diferente

en el final

FA

Con V de Vian presenta a

DR. LECTER

La revista que te come mejor

Con V de Vian presenta: Año I N°1 \$ 4,50

Jean-Claude Van Damme
se siente un pedazo de carne

Wes Craven
cuento sus pesadillas diarias

Casa Hammer
el hogar del terror inglés

Irwin Allen
el creador de El túnel del tiempo
y Perdidos en el espacio.

Tom de Finlandia:
el rey de la historieta porno-gay

Russ Meyer
sexo y violencia clase B

El Escarabajo de Volkswagen
el auto que inventó Hitler

TERROR - SEXO - TELEVISIÓN - CIENCIA FICCIÓN - HISTORIETA - TATUAJES - FIERROS

A sólo \$ 4,5

Buscála